

La misma historia de siempre

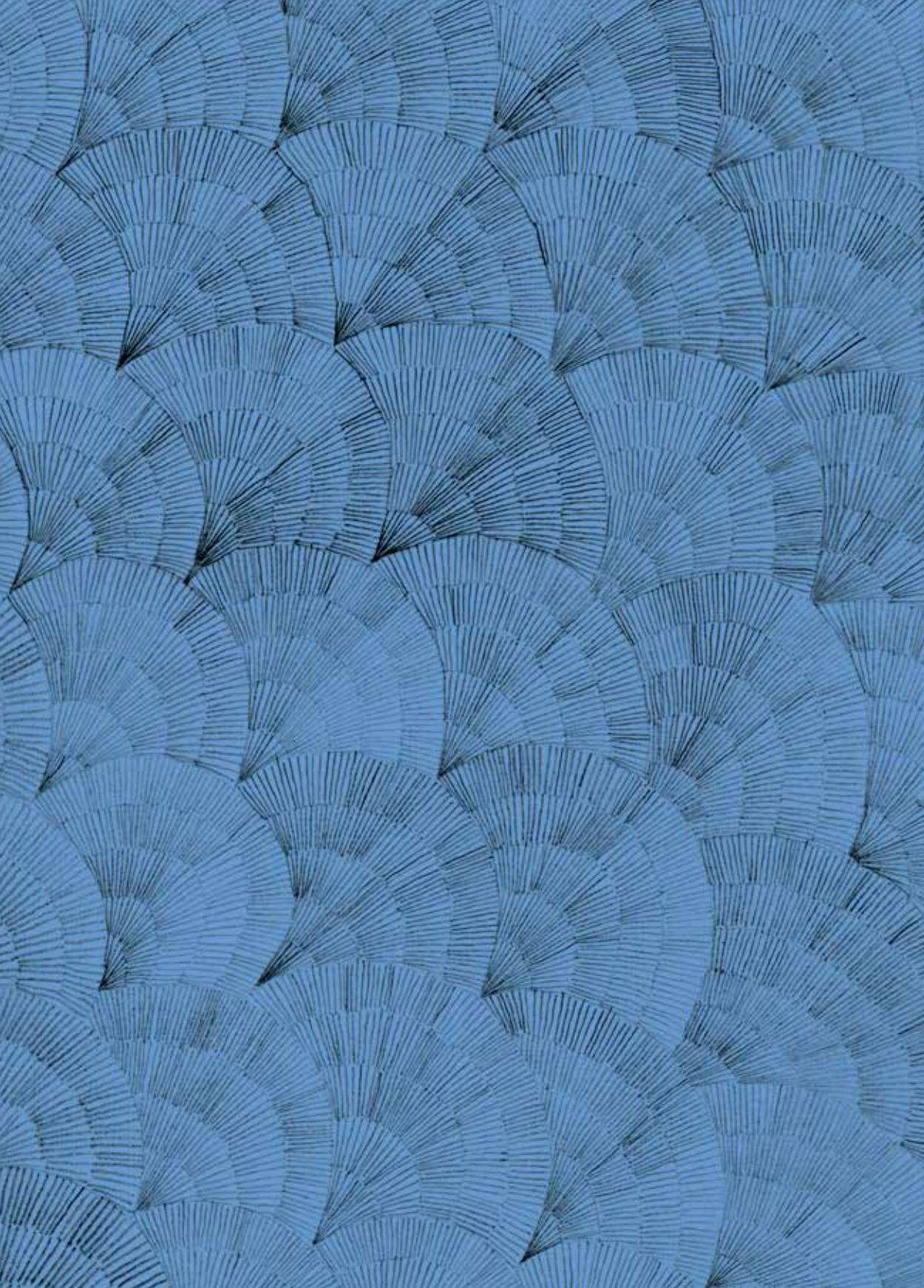
GILBERTO RENDÓN ORTIZ



Ilustraciones:
Rocío Solís Cuevas







La misma historia de siempre

Gilberto Rendón Ortiz obtuvo el premio único de novela corta juvenil en el segundo Certamen Internacional de Literatura Infantil y Juvenil FOEM, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2017. El jurado estuvo integrado por Bernardo Fernández, Jaime Alfonso Sandoval y Alma Velasco.

COLECCIÓN LECTORES NIÑOS Y JÓVENES

Literatura juvenil

La misma historia de siempre



GILBERTO RENDÓN ORTIZ

Ilustraciones: Rocío Solís Cuevas



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

La misma historia de siempre

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Gilberto Rendón Ortiz, por texto

© Rocío Solís Cuevas, por ilustraciones

ISBN: 978-607-495-634-4

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 205/01/47/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.





El fandango



Así es mi vida, piedra,
como tú;
como tú,
piedra pequeña;
como tú,
piedra ligera;
como tú,
canto que ruedas
por las calzadas
y por las veredas...

LEÓN FELIPE
"Como tú"

La tarde era fría y tenía el aire sabor de nísperos. Suaves rachas de ese aire cargado de la fruta exótica, que maduraba en las huertas, soplaba a ratos con el lejano golpeteo rítmico de los sonos de la tierra. Un tuntún peculiar que, alzándose del valle abajo, se mezclaba en la memoria con los más vagos recuerdos de la primera infancia y la borrosa imagen de su padre escupiendo un hueso del pequeño fruto que, ahora sabía, llegó en la Nao de China con la dulce acidez que paladeaba. El níspero, se dijo, era una metáfora de una existencia, la suya, llena de contradicciones.



Cuando salió de la ciudad de Méjico creyó que tropezaría con sus recuerdos y que algo se iba a remover en su alma al arribar a San Miguel, el terruño, pero a su paso por Amecameca y luego por Tamoayan comprendió que en realidad la calesa arrea- ba los caballos hacia otro espacio temporal, indefinido y tal vez inexistente. Un raro entusiasmo, cierta tensión nerviosa, la invadió entonces; no desandaba un camino, sino que seguía el hilo de araña en otro sentido, en pos de un destino todavía incierto, diferente, si fuera posible al asignado por los planetas que regían su nacimiento o por los hombres que trataban de ordenar cada paso de su existencia. Pero a lo mejor era imposible sustraerse de unos y otros, y los pasos en que andaba eran dictados por los astros, en oposición a todas las casas planetarias, y ella simplemente era como una piedra pequeña que se deslizaba, sin siquiera meter las manos, por gravedad, ladera abajo. O a lo mejor no era así y había alguna posibilidad de libre albedrío, una rendija que dejaran las estrellas para hacer ella su propia vida. Sí, San Miguel Nepantla era ya un cromo en su libro de vida. Podía andar en él, como en un decorado de teatro. De todas formas lo agridulce la reconfortaba en la finca y escupía los huesos de la fruta con el gozo de una aventura inédita en puerta. Diego, a su lado, prestaba atención a la lejanía.

—¿Son ellos? —preguntó el muchacho.

Sin responder, Juana Inés lo tomó de la mano, lo haló hacia una angosta vereda tapizada de hojas muertas que bajaba la loma, y, soltándolo de nueva cuenta, se lanzó adelante con paso ligero



entre los nispereros hasta detenerse, en un mirador que dominaba el valle entero.

—Las Amilpas —dijo.

La tierra caliente abajo se extendía en una ancha llanura tras una precipitada sucesión de lomeríos y barrancas hasta descender ochocientos metros en altura en cosa de unos cuantos kilómetros. Diego tropezó con una visión maravillosa de verdes y amarillos deslumbrantes extendiéndose sin fin en campos de caña y arrozales, en contraste con el verde oscuro de los bosques que acababan de dejar atrás. Se hallaban justo en medio, en Nepantla, en una zona de transición geográfica entre dos territorios muy distintos. Versada en Astrología, Juana Inés explicaba el derrotero que llevaba su vida a partir del lugar de nacimiento, entre dos mundos opuestos. Su padre vino de España, su madre nació en la tierra caliente, en el pueblo indio de Yecapixtla, no lejos de la hacienda de Santa Inés. En la niñez, entre indios y mulatos, arrullada por una nana indígena de la que mamó el náhuatl, se había impregnado de los sabores exóticos de la tierra y, ahora, aunque degustaba los manjares exquisitos de la más alta posición social en el propio palacio real, su faz en el espejo era la misma de siempre. No había nada artificial en ella, seguía siendo auténtica, sencilla, no mejor que todas, ciertamente, a lo mejor la peor, pero definitivamente ella misma. Y eso, en parte y por ahora, tranquilizaba su conciencia; la dejaba en un estado de tensa calma, a la espera de que la dialéctica por sí sola lograra conciliar los contrapuestos que la llenaban de tantas dudas y cavilaciones sobre su andar aquí en la tierra.



Tomaron asiento en el borde del mirador a la espera del arribo de los guías indios, pero más tardaron en acomodarse en el lugar que en divisar en la barranca a un hombre a pie que se abría paso entre la vegetación y ascendía la empinada cuesta. Conducía tres caballos, en el último de los cuales, destinado a llevar el equipaje de los viajeros, montaba un niño como de diez o doce años.

—*Cualli teotlactin* —saludó la muchacha.

Diego, sin entender el diálogo que se dio entonces, miró complacido los soberbios animales que les ofrecían. Pelo negro uno, de color bayo el otro, ambos de cinco pies de alzada, cabeza pequeña, orejas finas, ojos grandes, de hermosa estampa. El negro, que era el más hermoso, llevaba una silla lateral, propia para montar de mujeriegas. Se los mandaban de la hacienda. El indio Gaspar Cuitlacotzin, como dijo llamarse, explicó entremezclando el náhuatl y el español que el destino estaba tras lomita. Para entonces el lejano tuntún de los bombos indios, víctima de su propia lejanía, se había silenciado, y los viajeros bajaban en fila, casi en completo silencio, las innumerables barrancas que se sucedían en las faldas de la sierra que bordeaban el Valle de Méjico y daban paso a los valles de Cuautla y de Puebla. Las lomas pasaron y pasaron sin que el indio dejara de responder que la hacienda estaba tras lomita hasta que de pronto, a pesar de un cielo ligeramente nublado, sintieron el brusco cambio de temperatura y apreciaron el repentino cambio del paisaje. Tropezaban sus ojos con un grupo de palmeras, las torres de una iglesia y el clima tropical. “Atlatlahucan”, consignó el indio, pero se desviaron hacia



el calor casi insoportable de unos campos de caña que se extendían sin fin ante el fondo azul de la sierra nevada. Era aquél un cuadro extraño, mezcla de trópico y polo, el Popocatépetl erguido ante los cañaverales de azúcar, como si el paisaje quisiera mostrar que las contradicciones no son exclusivas de los seres pensantes, sino el *leit motiv* del universo.

Apenas se internaron entre los sembradíos, divisaron a lo lejos los blancos muros de la hacienda y obtuvieron un panorama completo de la comarca, salpicada por dondequiera de caseríos y haciendas, cuyas capillas emergían de entre un conjunto ininterrumpido de verdura. No pudo menos que llamarles la atención el buen aspecto de la finca: los cañaverales en perfecto orden, los caminos lisos, las cercas bien establecidas, los animales atendidos por los hombres, los caseríos de los indios cómodos y aseados, los trabajadores diligentes.

Salió a recibirlos el administrador, quien los esperaba desde hacía una hora, y al punto mandó que prepararan un almuerzo, pese a que la hora del almuerzo había quedado muy atrás. Entretanto, los acomodó en sendos aposentos en donde se hicieron un tocado a la ligera y después de comer echaron una siesta.

Al lado de la cama, en un precioso cofre con pies elevados, Juana Inés encontró una carpeta de cuero negro destinada a su persona, como lo atestiguaba una nota manuscrita con la firma familiar, casi ilegible, del conde de Artocha. “Para mi querida amiga”, se leían unas cuantas palabras, pero Juana Inés se hubiera sorprendido de ver alguna más. Era una precaución necesaria entre

los miembros de la Sociedad de los Herméticos cuando se trataba de un asunto delicado, como lo era aquél.

El manuscrito de marras se hallaba en el interior de la carpeta de cuero. Al abrirla, la muchacha encontró a un lado un escrito suyo que reconoció al instante, otro encuentro con el pasado, una loa satírica escrita en la villa de Tlayacapan cuando era una niña. Sonrió al leer los primeros versos.

Una mezcla de castellano y náhuatl, pero no del que se hablaba en la capital del país, sino una lengua más cantada y suave. Una deferencia del conde con ella.

Al otro lado, bajo una tira de cabritilla para contenerlo, un escrito cuyas primeras letras la hicieron palidecer a pesar de que ya lo esperaba. Un caso de la Inquisición en contra de un pobre cristiano. ¿Qué tan grave y urgente sería? Lo sabría más tarde; en ese momento Diego llamó a la puerta. Preguntaba si ya estaba lista.

Juana Inés respondió. Guardó la carpeta y se reunió con su amigo.

Ambos salieron con Gaspar Cuitlacotzin, hombre de confianza del administrador y no un simple sirviente, a dar una vuelta por la posesión. Estaban sembrados de caña hasta muy lejos todos los campos que se extendían en derredor de la





casa, la cual por sí sola era un establecimiento muy vasto. Para entonces la tarde caía, los trabajadores, indios en su mayoría, se apresuraban en el corredor del piso bajo a pasar lista y dar cuenta de sus actividades en el día, a dar las gracias al patrón y elevar alabanzas a la virgen, y luego se alejaban en pequeños grupos hacia su aldea, por los campos de la llanura. Y a medida que la hacienda quedaba quieta y en el cielo asomaban las primeras estrellas, la aldea se reanimaba y comenzaban a escucharse los sonecitos de la tierra, aquellos que a veces cabalgaban a medias en un viento travieso a las faldas de las montañas, y que ahora resonaban enteros siguiendo las voces de un clarinete, una flauta y un bombo legüero.

Diego escribiría en su diario:

“Nos juntamos unos cuantos y fuimos al fandango. Habían transformado en salón de conciertos el interior de una cabaña grande, en que ya se hallaban reunidos los ejecutantes cuando nosotros aparecimos. Estaban afinando sus instrumentos. El director de la orquesta era un indio muy respetable, y decentemente vestido, que tocaba el violín; el clarinete era el afortunado propietario de una camisa y pantalones de algodón; el contrabajo llevaba pantalones, pero camisa no; el serpentón era el indio de aspecto más salvaje que he visto en mi vida, con larga cabellera negra y desmelenada y ojos dignos del nombre de su instrumento; el bombo era un negro de talla gigantesca; en cambio el flautín era un rapaz que no pasaría de los doce años, el diablejo de cara más pícara que pueda imaginarse, pero de talento eximio y músico consumado.



”La noche era demasiado cálida para que nos fuese posible quedarnos mucho rato en un aposento colmado de indios, pero a Juana no le importaron las incomodidades y en vez de salirnos a sentar en las sillas de afuera dispuestas en torno de una gran tarima, hube que quedarme a su lado, seguirla entre calores y sudores *ad nauseam*. No lo lamenté, a pesar de sufrimientos olfativos y estomacales, porque ahí estaba ya, mezclado entre los indios, como si fuese uno de ellos, el venerable y santo padre Gregorio López. No dejó que le besáramos la mano, ni se separó de la hermosa mulata que, más elegante que una señora de la corte, lo flanqueaba y de un indio viejo que estaba con él, pues entre ambos acaparaban su atención y su plática. Diré simplemente que nos ignoró por el momento y por mucho rato.

”Corría el aguardiente de la tierra mientras la banda regalaba trozos de óperas recientes, ejecutados en un estilo digno de una buena banda militar. Calentaban el ambiente, pues lo principal estaba por acontecer, una vez que medio mundo estuviese medio borracho.

En efecto, Diego andaba medio mareado cuando salieron al patio a congregarse alrededor de una tarima alzada a pie y medio de altura en donde ya bailaba frente a frente una pareja de indios a los compases de un cuarteto de cuerdas compuesto por viejos violines y no menos gastadas guitarras. Una india regordeta de trenzas, descalza, con una falda de colores y un rebocito a la cintura envolviendo sus dos brazos morenos, se balanceaba suavemente, incitando a su pareja con el cálido movimiento de caderas. El indio desgarba-



do y flaco, con esas sandalias de la tierra que llaman huaraches, llevaba en la cabeza una botella destapada llena de aguardiente y zapateaba con energía contra el tablado sin que se derramara una gota de licor en las vueltas vertiginosas y otros movimientos rapidísimos del baile.

Subieron otras parejas a bailar en diferentes estilos, más briosos o sensuales o chuscos, siempre marcando con sus pies el estruendoso tableteado del atronador jarabe. Diego, hipnotizado por el monótono tuntuntón del zapateado, tardó en comprender que el baile alternaba momentos a dúo con exhibiciones alternadas de cada uno de los danzantes, mientras que el otro se limitaba a marcar el ritmo sobriamente. La maestría de los ejecutantes era festejada con aplausos, gritos y voces que semejaban aullidos.

A la medianoche en punto, la hermosa mulata subió al tablado y se paró solitaria en medio. Se hizo el silencio, los músicos empezaron a tocar con desgano. La mujer, quieta, garbosa, se dejó admirar un momento, comenzó a mover lentamente los pies, resonando suavemente la tarima mientras su mirada recorría el rostro de los espectadores. De pronto se detuvo en Juana Inés. El público exhaló el aire contenido y se puso al filo de los asientos. Era un reto a subir a su lado. La expectación crecía. Juana Inés no podía rehusarse y no se hizo esperar. Cuando la muchacha subió a la tarima, la mulata dejó el suave balanceo y empezó a zapatear con mayor salero y fuerza contoneándose bravucona, al tiempo que la música la seguía con igual energía.



Juana Inés, delante de la mulata, y a falta del rebozo que la otra llevaba a la cintura, se puso en jarras, quieta, esperando, encarando a la bailadora que simplemente arreció el zapateado y el ritmo de las caderas entre los aplausos y aullidos de la gente.

Diego recobró la lucidez por un instante. Tuvo temor de que Juana Inés estuviera ahí fuera de lugar, que se quedara engarrotada o que iniciara un baile cortesano y no supiera hacer lo que todos esperaban, pero el temor se desvaneció al instante, con sólo verla erguida ante su oponente. Cuando fue su turno, respondió con igual gracia y salero que la mulata. Para entonces el ambiente estaba cargado de electricidad y él lo sentía en todo el cuerpo, como seguramente los indios lo sentían: coreaban cada movimiento y se balanceaban en sus asientos como hipnotizados por el tuntuntón del tambor de tarima.

¿Lucidez? No, Diego seguía mareado, el fuerte aguardiente de la tierra lo hacía alucinar. No era posible que aquella bailadora de ritmos primitivos, salvajes, ajenos a la civilización, fuese Juana Inés, la damita favorita de la virreina. La que tenía enardecidos a los indios con sus provocativos movimientos de cadera era su doble. No, ya estaba borracho. Esos indios desdichados lo habían emborrachado y ahora veía visiones.

La misma Juana Inés se sentía hipnotizada por el ambiente colectivo y nunca supo cuánto tiempo estuvo bailando en dúo con la mulata o alternándose con ella para cimbrar la madera con el ritmo primitivo de sus pies calzados, en perfecta comunión una y otra, porque lo que en principio parecía un duelo, era un encuentro que,



las dos sabían, los dioses habían preparado. Las había presentado el padre Gregorio López.

—Un ángel me pidió que estuviera aquí para acercarlas —había dicho el santo varón—. No quería moverme de Huaxtepec, porque estoy redactando un libro útil para curar todas las enfermedades, pero el ángel amenazó con traerme de los pelos, y eso sí que no fue de mi agrado, y vine por propio pie a este lugar de perdición a hablar con una curandera mágica y una niña escéptica.

Lo que menos cuestionaba Juana Inés era la santidad del padre, si bien no dejaba de preguntarse si de verdad lo visitaban los ángeles, como era noticia vieja, y por qué esa deferencia que tenía con una personita como ella, no mejor que otras por cierto. Pero, fuese cual fuese la respuesta, se llenaba de gozo con la sencilla presencia de Gregorio López, el santo varón que dejó la corona de España para vivir muchos años entre los salvajes e indómitos chichimecas. Una vida para pensarse, imposible de imitar cuando no se tiene madera de santo, pero que la iluminaba en cuanto aquellas contradicciones que la colmaban por entero.

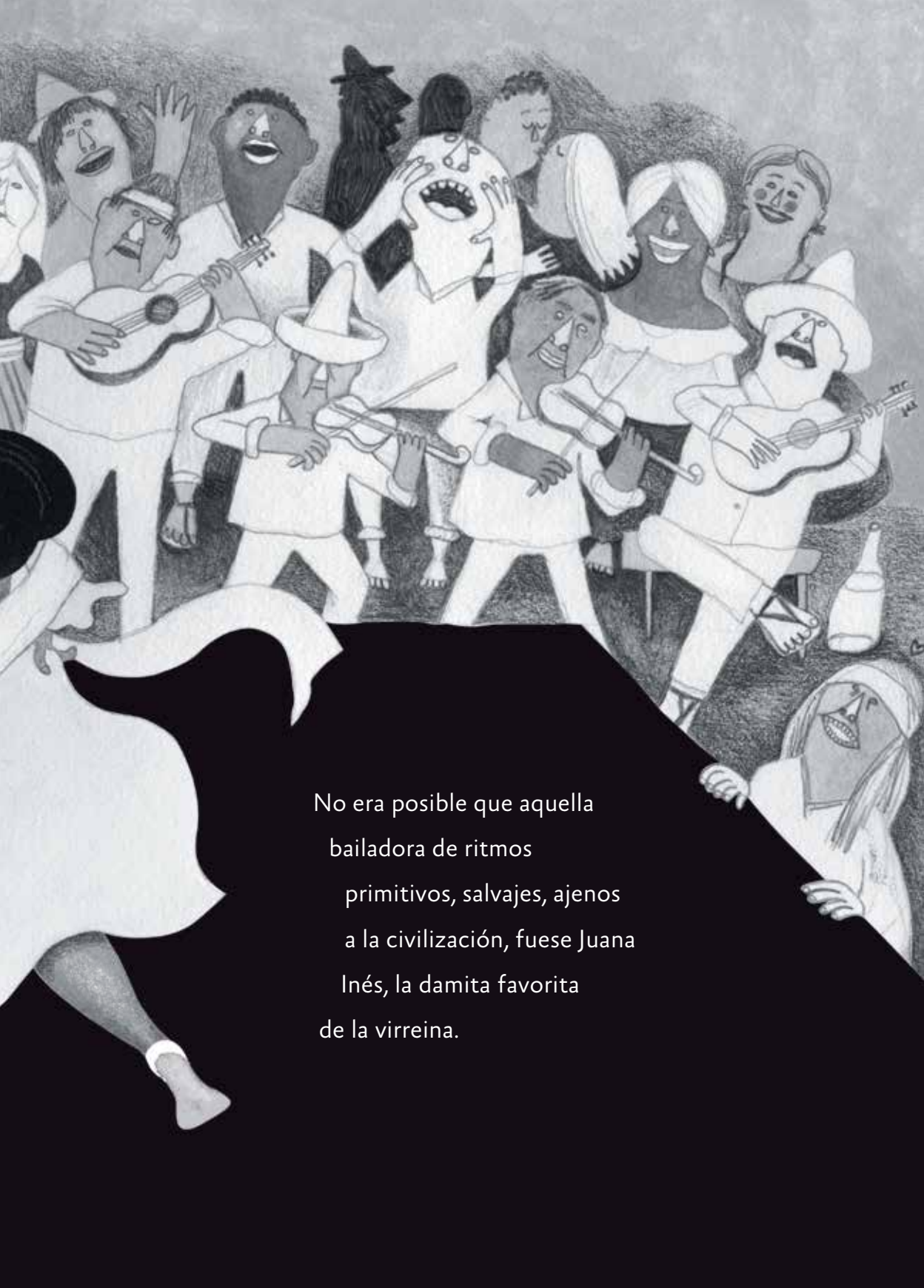
—Llenarse de los humildes, de los condenados de la tierra —decía el santo—, es acercarse al Señor, porque el Señor camina al lado de los humildes. Es ahí donde se encuentra su luz, la libertad, el entendimiento de las cosas.

—¿La ciencia...? —musitó tímida Juana Inés.

—La luz del Señor es lo que tú, niña ingenua, llamas ciencia, lo que está permitido conocer.

—¿El Señor pone límites?





No era posible que aquella
bailadora de ritmos
primitivos, salvajes, ajenos
a la civilización, fuese Juana
Inés, la damita favorita
de la virreina.



—Límites los hay, como lo demuestra la torre de Babel, límites puestos por el Señor, que no por los hombres. ¿Quién entre los hombres podrá decir “Hasta aquí es la voluntad del Señor”? Yo no, y tal vez ninguno. La libertad es eso, hija: alas para volar, alas para alabar al Señor y su luz.

Y la mulata se sonreía en silencio como si adivinara adónde llevarían sus reflexiones a la muchacha.

Luego nunca estuvieron a solas para decirse lo que el baile había despertado en todo su ser y lo que pensaban sobre su condición de mujer. Diego, al lado de Juana Inés, y un negro flaco y menudo, pegado a la mulata, se miraban comprensivos mientras ellas conversaban sobre planetas y maíces pintos, un lenguaje ajeno a sus acompañantes.

Muy pasada la medianoche se despidieron, se desearon lo mejor y se llenaron de bendiciones una a otra.



Teódulo Margarito



Guajolote, guajolote,
¿Eres el pájaro del próximo
amanecer?

D. H. LAWRENCE
“Guajolote”

El viejo anduvo toda la tarde buscando la hierba del diablo. Uf, antes salía de la choza y caminaba apenas un centenar de pasos para encontrar un campo lleno de *tolozin*, el toloache de los ladinos. Ahora hay que internarse en el monte para encontrar una matita aquí y otra mucho más allá, pero no siempre por parejas, macho y hembra como hace falta, sino que a veces hay que andar muchísimo más para juntar la parejita. Gracias a Dios, la hierba del diablo siempre se encuentra en algún lado, aunque se gaste uno los huaraches yendo de aquí para allá en su búsqueda.

Abstraído como andaba, o mejor dicho concentrado en su labor, había llegado a los límites de una antigua propiedad, un lienzo de piedras amontonadas tras el cual un hombre de su edad lo observaba desde hacía rato. ¿Desde cuándo? El viejo se sintió más viejo; se acordó que tenía sesenta años, y lamentó no haber tomado precauciones para acercarse al rancho Salastrova. Ya qué.





Ahora hay que internarse en el monte para encontrar una matita aquí y otra mucho más allá, pero no siempre por parejas, macho y hembra como hace falta, sino que a veces hay que andar muchísimo más para juntar la parejita.



Entonces exclamó para que lo oyera el otro viejo tras el tecorrer.

—Son unos bárbaros, esto era puro bosque y en menos de cinco años dejaron un llano pelón.

La respuesta llegó enseguida.

—Es la civilización, Teódulo, la misma que hace a tus demonios irse en estampida de estas tierras. Y no se les ha de ver más.

—Usted escucha la palabra bárbaro y se pone el saco, como buen hijo de gachupín. Su madre india no le dio a usted más que lo prieto, y su padre, que nunca lo reconoció, lo pellejo.

—Anda, sigue ladrando, que si caigo que andas en brujerías... A mí no me engañas; estás buscando una de esas hierbas malélicas.

—¡Estafiate para su abuela...!

El viejo maldijo su mala suerte y se alejó lo más rápido que pudo, mientras el otro, su enemigo personal de toda la vida, seguía gritando cosas.

—Nomás que sepa ha vuelto el guajolote endemoniado...

—Infeliz —dijo para sus adentros—, ¿qué come que adivina?

Regresó a casa con dos espléndidas raíces. Ni hojas ni flores ni tallo. Ésos tienen otros usos. Las flores sirven para las malas artes de los diableros y brujas; en cambio, el tallo y las hojas curan muchas enfermedades; bien usadas son un don para la humanidad. Pero un brujo, un verdadero chamán, sólo las toma si anda enfermo; él prefiere la raíz y las semillas por razones de alta magia, de suprema necesidad espiritual o material. Y, ahora, en el año del cometa, había muchas de esas necesidades manifiestas en el anti-



guo reino de Méjico. Los signos cabalísticos tanto en el cielo —lo que decían los astros— como en la tabla pintada profusamente con figuras de aves, peces, reptiles y seres fantásticos —lo que decían los granos de maíz pinto— auguraban muchas calamidades para los habitantes de los viejos señoríos; unas se referían al mandato de los astros; las otras, al gobierno de los hombres. Unas eran de suyo irremediables, las otras podían evitarse de alguna manera con el concurso de los mismos hombres. Él, pese a todo, era uno de esos hombres. No igual ciertamente a los demás, no peor que todos, tal vez el mejor. ¿Por qué no reconocerlo? La falsa modestia es para los espíritus débiles, y él, digno sucesor de Tezumpantecutli, señor de Cuitláhuac, versado en seiscientos diez ciencias, había llegado a superar al tatarabuelo con el dominio de las novedades que llegaban de Europa y las ideas que se iban gestando recién en todo el mundo, inclusive en la lerda Nueva España. La Nueva Física, que pregonaban los iluminados con Newton a la cabeza, le era bien conocida, por citar algo. Pero él hacía su vida en una choza con tres cuartos con piso de tierra y trabajaba una pequeña parcela para procurarse el sustento y cualquiera diría que era un indio pobre que sólo se distinguía de los demás inditos que llegaban a los portales del mercado, por el limpio traje de manta, huaraches siempre en buen estado y sombrero impecable con una pluma fina de guajolote, la misma desde hacía cuarenta años.

No, nadie notaría algo especial en Teódulo Margarito, a menos que se fijara bien en su rostro y fuera capaz de penetrar algunos milímetros en el espejo de su mirada oscura. Podría entonces cap-



tar que no era un hombre común, sino una suma de misterios inimaginables. Pero, hasta entonces, nadie había penetrado ni superficialmente en esos ojos achinados que le daban un aire oriental, como si hubiera bajado del tornaviaje en el Galeón de Manila. Para nadie era un enigma, porque nadie se había fijado en él, excepto su vecino de toda la vida, su enemigo público número uno, el buen Chacho Salastrosa. Para Chacho Salastrosa, Teódulo Margarito era un pobre diablo en la doble acepción de la palabra, es decir, metafórica y literalmente. Y por esa simple razón lo traía entre ojos. Cuarenta años antes lo denunció por brujería a la Santa Inquisición, pero al final retiró sus acusaciones porque, gracias al guajolote, salvó su vida, que estuvo en manos de unos bandoleros, y se restableció la tranquilidad en la región.

Sí, para Chacho Salastrosa, su vecino era un indio supersticioso, cargado de todos los vicios propios de los naturales de la Nueva España, que secretamente adoraba a sus espantables ídolos. Estaba convencido de que éstos, por gracia del demonio, le concedieron el poder de hipnotizar a los animales, como al guajolote justiciero que anduvo poniendo las cosas en orden aquella vez. Hacía ya mucho tiempo. Hasta ahí llegaban sus elucubraciones, sin rasgar ni la superficie, pero dando crudamente en el clavo.

La sabia tradición chamánica postulaba la no injerencia en los asuntos de los demás, si hemos de entender por no injerencia los encuentros deliberados o fortuitos de la vida cotidiana y las muchas interferencias casuales y causales que se dan quiérase o no en las relaciones humanas. Pero de eso a pensar en influir positiva



o negativamente en los individuos o dirigir los destinos de la humanidad o intentar cambiar el mundo, nada. El chamán era un cazador de conocimiento en la contemplación y la acción personal, nada más. A diferencia de los diablos y falsos chamanes, prefería pasar inadvertido para dedicarse con mayor tranquilidad a sus asuntos personales y permanecer ajeno al mundo que lo rodeaba.

Teódulo Margarito era un caso excepcional entre los chamanes. La regla que se rompe, pues siempre se hallaba involucrado en otros destinos humanos; desde muy joven empezó a meterse en los asuntos ajenos. De aquella época data la historia del guajolote justiciero, Huey Xólotl. Una aventura chamánica para llevar la paz a la rica y conflictiva región entre Valle Frío y Monte Huehuenche, no lejos de la capital novohispana; seis años, casi siete, de pequeñas batallas contra el mal, la injusticia, el abuso de los fuertes... Hasta que los pueblos colindantes empezaron a asustarse de las bolas de fuego que veían saltar de un sitio a otro en el monte o en los bosques, y a fijarse en el tamaño del guajolote que a veces se aparecía por ahí, y a tejer historias supersticiosas y a espantarse





con sus propias invenciones. Entonces dejó sus andanzas por los alrededores, se guardó sus ganas de aventura y dejó de consultar a la jícara con pulque azul para no involucrarse más en los problemas ajenos. Sólo de vez en cuando, por mera curiosidad, miraba el azul espejo.

Ahora, gracias a pequeños ajustes que Huey Xólotl hacía de vez en cuando, Valle Frío seguía siendo un buen lugar para vivir. Sin embargo, un día 13 Cocodrilo, esto es a principios del pasado mes de enero, asomó a la jícara de pulque azul y encontró el aviso de la estrella viajera y su cauda de presagios funestos. Se asomó al espejo de obsidiana y el numen protector asintió: “Que salga como sea”. Tal vez quería decir que si se volvía a meter en dificultades, las cosas no iban a salir tan bien como la otra vez, pero que, igual, no se detuviera, que hiciera lo que había que hacer. O tal vez no quería decir nada. Así es a veces con esos presagios. El caso es que Teódulo Margarito Xochiquetzahua, corrió a recoger la hierba del diablo y comenzó a preparar el brebaje magistral.

Siete días y siete noches para domar las siete secciones de las raíces, serenarlas a la luz de la luna, cocerlas en agua de manantial y machacarlas en el molcajete una por una para obtener los siete jugos preciosos y combinarlos en las debidas proporciones. Trece gotas de uno, medio vaso de otro, un cuartillo de agua, cinco semillas de la planta hembra y todos los demás ingredientes en el orden preciso y la dosis exacta. Y, al final, todavía caliente, casi quemante, beberlo en el jarro que parece florero. ¡Oh, Dios mío; oh, Espejo que humea; oh, Cristo resucitado; oh, *my goodness!*



Aquello sabe a cucarachas, pero te llena de energía, de poder, de todo lo que quieras. Y de pronto te golpea y te deja tundido en el piso, envuelto horas enteras en horribles pesadillas, hasta que se hace la luz y comprendes que la hierba del diablo te ha dado todo su poder.

Teódulo Margarito se lavó el rostro, se secó las manos y salió al patiecito. Los viajeros estaban por llegar y tenía curiosidad de saber exactamente quiénes eran y por qué el espejo de pulque azul insistía en traérselos una y otra vez. Se encontraban a un cuarto de legua, en la carretera polvorienta que cruza el valle; dejaron la caleza para ir a pie a encontrar la piedra pintada en las afueras del camino. Van entre las piedras y el tepetate hasta dar con el seco arroyo torrencial en cuyas márgenes se alza la gran roca inclinada de granito. En una de sus paredes algunos rufianes de siglos pasados pintaron una sarta de majaderías en lenguaje jeroglífico que los sabios novohispanos no acaban de descifrar. Las pintadas de este tipo tienen sus orígenes en la edad de las cavernas, y en los tiempos antiguos de esta tierra se llamó en el idioma náhuatl “pintarraजार con el trasero”, en tanto que los arqueólogos modernos los llamaron “grafitos”.

El viejo corrió a la piedra que sobresalía en el patiecito y, simulando que se trataba de la gran roca inclinada, se sentó en ella con las piernas colgando y una pipa de barro en los labios echando blancas volutas del humo del piciate. Entrecerró los ojos y entonces, como si en verdad estuviera encaramado en la piedra pintada, los vio avanzar a duras penas en la barranca bajo el sol brillante.



Sudaban a mares. Ella, una guapa moza de dieciséis o diecisiete años; él, un jovenzuelo de la misma edad; atrás de ellos los dos criados, viejos; el dibujante de edad madura, y el guía, un indio de la región.

—Ja, tú no sabes nada, Juan Cacama —exclamó al reconocerlo al pie de la roca.

Lo dijo para sí mismo, pero Cacama y Juana Inés lo escucharon. Se vieron ambos y el indio explicó:

—Son ecos que de pronto se desprenden de los rincones...

—Los ecos te conocen, Juantzin.

—En efecto, señora. Soy harto conocido.

Teódulo se aguantó la risa.

Diego se trepó a una saliente del propio monolito para observar mejor las pinturas. Los otros estiraban el cuello y buscaban un punto de apoyo para encaramarse.

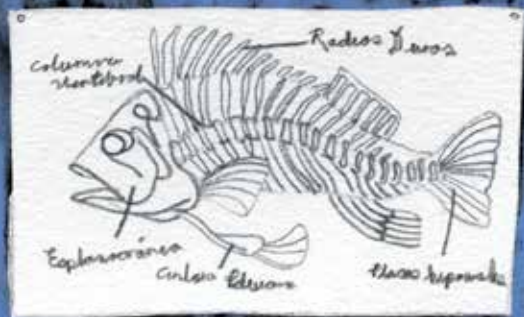
La niña hizo unas preguntas en el melodioso náhuatl del sur, más cantado que el náhuatl del centro, y el viejo la examinó con atención. ¿Venía de la tierra caliente o de en medio? Una niña ilustrada, sin duda, criolla tal vez. El joven soltaba la lengua en castellano con algunos latinajos. Petulante. ¿Qué había de notable en ellos? ¿Que se interesaban en las antiguallas de indios? Era la moda en el virreinato. No en balde Chimalpahin escribía en esos días las noticias de los reinos de Chalco Amaquemecan y don Carlos de Sigüenza y Góngora andaba a la búsqueda de documentos para terminar de armar su *Genealogía de los reyes mejicanos*. Así estaban las cosas en la Nueva España y la moda era soltar frases en náhuatl

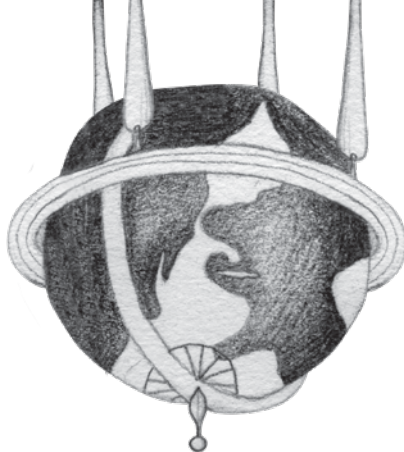


de vez en cuando y descubrir códices antiguos en las rancherías más distantes de la mano de Dios.

Era algo muy divertido verlos. Primero examinando detenidamente las pinturas, exclamando unas veces “¡Oh!” y otras “¡Ah!” cuando sacaban alguna deducción del tipo “Parece referirse a Cuicatláhuac”, “Sí, sí, hay muchos signos que significan excremento”, “Y sobresale el signo de agua, esas volutas”, para luego ir a sentarse a la sombra mientras Juan Noel, el dibujante, copiaba cuidadosamente los jeroglíficos. Cacama explicaba que eran pinturas muy antiguas y seguramente valiosas, de la época en que sus antepasados escribían con monitos y garabatos. Los jóvenes asentían y se refrescaban con el abanico plegable de cabritilla y varillas de carey que llevaba la muchacha.

De golpe, así de repente y con la violencia propia de lo inesperado, Teódulo Margarito lo tuvo claro. Era un caso para Huey Xólotl. O mejor dicho, varios casos si atendía a lo que había visto en el curado de moras silvestres y lo que parecía traerse entre manos la niña bonita.





La buena Física

Nada diré en particular (porque ya otros lo han dicho) de las mujeres, sexo inicuaamente abandonado y despreciado como inútil para las ciencias no más que por haberlo querido así los hombres y no por otra razón.

JOSÉ IGNACIO BARTOLACHE

*Verdadera idea de la buena
Física y de su grande utilidad*

Rojas se complacía en lavar la pizarra con un trapo que humedecía en la fuente. Hacía largas pasadas rítmicas en forma de elipses y espirales imitando órbitas planetarias y giros de galaxias. La suya era la primera clase de la mañana y casi siempre encontraba el pizarrón plagado de las huellas de tiza que habían dejado los esfuerzos educadores del día anterior. A veces se detenía un instante a leer y apenas vislumbraba la materia de enseñanza, se sumía de hombros y aceleraba el movimiento del trapo. Ahora borraba algunas expresiones latinas de la clase de Gramática, y se imaginaba al doctor Alanís de las Heras, gordo y cebado, sintiéndose muy orondo mientras escupía frases en latín. Eso, para los peripatéticos, era sabiduría. Por eso el Real Colegio de San Ildefonso estaba como estaba.



Sí, borrar, limpiar el pizarrón le complacía en parte, y le amargaba también. De pronto, tropezó con unos signos rúnicos sobrepuestos en diagonal. Las runas le hicieron pensar en la noticia del día, en el gran cometa que empezaba a alejarse en el cielo, pero se fijó bien en la inscripción y tradujo: “Descubierto, huye”.

Fue como un golpe súbito en la boca del estómago. Se quedó sin aliento, abrió la boca como un pez fuera del agua y, tras un momento en el que se quedó paralizado, aspiró un aire cargado de los aromas de la mañana. Barro mojado. Chocolate espeso. O tal vez atole champurrado. Sintió ganas de vomitar.

Un grupo de muchachos entró al salón y comenzó a acomodarse en sus asientos. Rojas acabó de borrar la negra pizarra con movimientos cansinos. Apenas respondió al saludo de los alumnos. ¿Descubierto? ¿Qué diablos significaban esas runas? A su mente llegaron en tropel ideas desbocadas, imágenes descompuestas, emociones encontradas. No podía pensar con claridad porque todo se agolpaba al mismo tiempo en su ser como un puño cerrado que le golpeaba la masa encefálica. Un frío reptante avanzaba en la columna dorsal. Trató de controlarse. ¿Descubierto? ¿Salir huyendo? El pizarrón se secaba con prontitud de modo visible. Alguien se burlaba de él. O alguien hacía una advertencia o amenaza. Para recuperar la calma, y retrasar el comienzo de la clase, se puso a dibujar en el pizarrón letras muy garigoleadas que un coro de muchachos comenzó a deletrear:

—L-a b-u-e-n-a f-í-s-i-c-a —algunos se sonrieron, otros se frotaron las manos; un rumor, mezcla de murmullos y de roces



metálicos, llenó la sala. La frase, pensaron, prometía un ataque contra la enseñanza tradicional.

Rojas dejó que el rumor creciera. Era un grupo disparejo con dos o tres chicos brillantes, tres o cuatro con posibilidades y los otros verdaderos pelmazos. Todos, o casi todos, prontos a la broma y la risa fácil. Si uno de ellos era el autor de la criptografía, quería decir que era un juego sin destinatario concreto. Ninguno de esos chicos podía imaginar qué diablos pensaba y hacía secretamente.

—El asunto de hoy es dar una justa idea de la Física y ponderar cuan útil es ella —alcanzó a decir y, mientras explicaba que el deseo de saber es propio de todo ser humano, fijó su atención en los rostros de sus alumnos. No. Debería fijarse en sus manos, si conservan huellas del gis en los dedos o en las uñas. Los rostros nunca revelan nada en un salón de clases. Solo aburrimiento, burla, escepticismo.

Ernesto evade la mirada cuando siente que Rojas lo observa. ¿Conocerá la criptografía de las runas el más grande de los mentecatos del mundo? El más robusto y grande de sus alumnos, y también el más pelmazo y escandaloso, el más necesitado del aprecio de los demás, el más molesto de la clase, el único que lo hace suspirar aliviado cuando falta a clases.

—Digo de verdad que cuando veo algunos iletrados entrar en cuentas consigo inquirir, tantear, averiguar, tomar diferentes medidas ajustadas a su negocio, discurriendo de un modo precisamente natural y razonable, no puedo menos que tenerles como mejores filósofos que muchos que enseñan o estudian en colegios prestigiados y creen tener luces superiores a todo el mundo.



Mateo, siempre en primera fila, impaciente, tamborilea con los dedos sobre el manual de versificación de Rengifo. Tiene el ritmo de un baile gitano en su ser y el cuerpo de un acróbata de circo. No es mucho lo que sabe de ciencias, pero ha vivido mucho en sus escasos dieciséis años. Goza de una beca de merced, que paga arreglando el desorden de la biblioteca del colegio y con otras labores manuales. Tampoco dice nada su rostro. Tal vez en su mirada Rojas sorprenda las ganas locas que tiene de andar a esas horas zascandileando en alguna otra parte.

—La base y fundamento de la buena Física es la historia natural—continuó explicando—, esto es, las exactas y bien averiguadas noticias de la existencia de los cuerpos que componen el mundo: se entiende en particular de los que comprende nuestro globo o están cerca de él en la atmósfera que le hace ambiente.

El limpio rostro de Nicolás no dice nada. Es el más lúcido de la clase y de los más jóvenes. Un ratón de biblioteca que no sale de los libros. De pronto el chico respinga, salta de su asiento y la clase entera ahoga una carcajada. Ernesto le ha picado el trasero con la punta de una pluma.

—Puede decirse que la Física es Celeste y Terrestre, y que su estudio se divide en tres partes, que llaman reinos no sé por qué alusión. Y éstos son, ¿señor López Icaza?...

Diego se encontraba totalmente distraído pasando una nota por debajo al Gitanillo.

—¿Eh? —acertó a balar el aludido.

—¿De qué reinos hablamos?



—¿El reino de la Nueva España?

Rojas, sin ganas de regañar a nadie, alzó la voz para hacerse oír entre las risas que estallan.

—El reino vegetal, el reino animal y el reino mineral.

El muchacho se puso serio, sin poder disimular que por dentro se reía también de haber sido pillado. Era hijo de una noble familia que tenía una hacienda en Tacubaya, heredero de una fortuna que sería capaz de dilapidar cuando tuviera la mayoría de edad y tomara posesión de ella. Atrás de él se acomodaba el rostro afilado de Irineo Carabias y dos de sus incondicionales. A Rojas el pulcro y fino Irineo le resultaba irritante por algún motivo inconsciente que ahora, cuando una desagradable sensación merodeaba su estómago, saltaba a la vista: era el aire inhumano de su mirada, un algo animal en mezcla perversa con lo que había de humano en él. Retrocedió en el examen que hacía de sus alumnos hacia el otro lado de la clase, en donde se juntaban Cándido, Diego, Nicolás y Ernesto, quienes parecían arropar con un halo protector a Mateo y Camilo.

—En la Física Celeste entra la Astronomía empírica historial, y en la Física Terrestre, lo que modernamente se llama *historia del globo*, lo que será la más perfecta Geografía.

Camilo era tan pequeño y menudo como Nicolás y por lo tanto blanco fácil de las bromas de los demás. Sin embargo, a diferencia del otro, sabía, de modo zalamero, granjearse la protección de sus amigos. Ernesto, quien siempre estaba molestando a Nicolás, nunca se metía con Camilo y más parecía obedecerlo que mandarlo. Cán-

dido y Mateo, le trataban con cierta indulgencia que no tenían con Nicolás, a quien parecían estar probando con retos y exigencias. La de Camilo era una inteligencia sutil, femenina casi, brillante. Era el único rostro que parecía preocupado por algo, pero vaya uno a saber lo que piensan los adolescentes.

—El gran instrumento de la Física es la Química, ciencia también de una vasta extensión, cultivada en este siglo por muchos hombres sabios que nos revelaron los misterios de los grandes alquimistas, y la han puesto en estado de contarse entre las más útiles. Trátase en ella de descomponer o analizar los cuerpos naturales, de hacer varias combinaciones con sus resultas o productos, componiendo otras sustancias mixtas, verdaderas producciones del arte, por medio de instrumentos que ofrece la naturaleza como fuego, aire, agua, y otros artificiales, como vasos y hornos.

Cándido venía de lejos, de Monclova, de las Provincias Internas de Oriente. Era un rústico de familia adinerada, y en él se notaba el desparpajo y el engreimiento de muchas de estas familias mineras que han hecho su camino a base de fuerza y de los beneficios del poder. Era casi tan vivo como Diego y casi tan talentoso como Nicolás, pero falto por completo de la malicia de uno y de la





agilidad mental del otro a pesar de poner mucho empeño en imitarles.

—Para una Física importante, sólida y fructuosa, se necesita como previo estudio el de las Matemáticas Jefes, Aritmética y Geometría, sin las cuales no podrá estudiarse aprovechadamente la Física.

Era la palomilla que dominaba el lado derecho de la clase. Cubrían el espacio que comunicaba al claustro con una puerta siempre entreabierta. Al lado izquierdo se reunía otro grupo de cinco muchachos y en la parte media, Irineo Carabias con sus dos amigos, y al fondo otros estudiantes sin filiación alguna o en grupos indefinidos o mutables. Todos andaban entre los quince y los dieciocho años.

Estaba tentado a revisar las manos de cada uno de ellos y con esa intención empezó a pasearse entre las bancas, pero su exposición llegaba al punto donde expondría el pensamiento de Descartes y los hallazgos científicos de Newton, cosa muy reciente en Europa y casi desconocida en la Nueva España; una exposición que tendría que hacer cuidadosamente, y mejor regresó a su sitio, enfrente de la clase, donde se sentía más seguro.

—Ahora, quiero aquí su atención, que guarden en la memoria los nombres que voy a escribir en la pizarra, porque son los de grandes hombres cuyos logros personales en el conocimiento sobrepasan al entero de las generaciones pasadas. Comenzaremos hoy a iluminarnos con sus luces.

La tiza con un chirrido se partió en dos pedazos cuando empezaba a escribir en el pizarrón. Rojas se quedó paralizado. Diego se



puso de pie de un salto, los demás giraron la cabeza a la entrada principal en donde habían aparecido cuatro guardias armados en compañía del alguacil don Rodrigo de Mendoza y Miel, quien con aire severo extendió un papel que llevaba enrollado y se dispuso a leer algo.

Una orden de aprehensión en su contra, se imaginó Rojas.

Ya no había duda. Las runas eran una advertencia de la que debió haber hecho caso en su momento. Ahora ya no podría escapar. Tenía a cinco pasos la puerta que daba al claustro. Por el claustro era imposible la escapatoria, a menos que... Sí. ¿Qué otra cosa podría hacer, aparte de dejarse aprehender? Subir al segundo piso y luego al tercero y al techo, y del techo lanzarse al vacío en la calle trasera sin importar que se matase o... ¡Ya lo tenía! Lo pensó en un segundo, cuando el alguacil apenas abría la boca y los guardias armados se ponían firmes. Y en un segundo se lanzó hacia la puerta entreabierta y la alcanzó en un instante en el que no se dio cuenta cómo cruzó entre los seis muchachos que estaban en el paso. Comprendió, al mirar atrás de reojo, que los chicos, probablemente confundidos, se habían puesto todos de pie y con ello facilitaron su paso, y luego, en medio del escándalo, obstaculizaron sin querer el del alguacil y los guardias. En efecto, los estudiantes parecían estar fuera de sí, asustados, sin comprender las órdenes y amenazas que vociferaba el alguacil, favoreciendo de algún modo al prófugo de la ley.

“No”, se decía Rojas, mientras cruzaba a la carrera el claustro. Ninguno de sus muchachos estaba asustado de verdad, fuera

de sí. La confusión era intencional. A él le habían dado el paso sin dilación.

—¡Diego! —pensó.

El Hacendado, como le decían sus amigos, se había puesto de pie el primero, en apariencia alarmado, pero ello no había sido más que una señal a sus compañeros para que abrieran paso a Rojas y crearan la confusión después.

—Tuvo que ser Diego —se repetía Rojas pensando en las ruinas—. Pero, ¿cómo es posible que él...?

En las escalinatas al fondo asomaban curiosos el señor rector y un hombre de negro que no reconoció. Pasaría encima de ellos si era preciso, pero cuando estaba a diez pasos el hombre de negro le apuntó con una pistola y gritó alto.

Rojas parecía no tener escapatoria, pero la desesperación le hizo desconocer el peligro y seguir corriendo en la misma dirección. En un segundo ya había recorrido los diez metros que lo separaban del rector y su compañía y fue cuando se escuchó el disparo a quemarropa. Rojas sintió un intenso ardor en el costado al momento que caía sobre el pistolero, lo hacía chocar contra el rector y mandaba a los dos al suelo. El propio Rojas cayó, pero pudo incorporarse con rapidez y tomar las escaleras con presteza.

Para entonces el alguacil y sus hombres salían al patio seguidos por la curiosidad de los muchachos. Diego alcanzó a ver cómo Rojas, tomándose el costado derecho con una mano, desaparecía en la última vuelta de la escalera y cómo los cuatro guardias, con el señor alguacil al frente, se tropezaban con el rector y su acom-



pañante que no acababan de ponerse de pie tras el choque con Rojas.

Las clases se suspendieron ese día. El rector se puso enfermo y los alumnos fueron amonestados por no permanecer en sus lugares y haberse puesto nerviosos, comportándose como si fueran mujercitas. Rojas, finalmente, y de modo incomprensible, había logrado escapar. Se le acusaba, como se puso en claro esa mañana, de conspiración y herejía, delatado, al parecer por el cocinero del virrey. Lo último que se supo de él era que había alcanzado a trepar a la azotea del edificio. Había una almena tras la que sus inmediatos perseguidores pensaron se había ocultado; pero ahí no había nadie escondido en esa parte. La calle estaba tres pisos altísimos abajo y en ella no se veía a nadie tirado en el suelo ni movimiento inusual alguno. Una carroza muy elegante se alejaba en la calle siguiente y un par de indias, con canasta al brazo, cruzaban abajo con pasos pequeñitos. Ni un alma más deambulaba a esas horas tempranas por el lugar. ¿Qué se había hecho Rojas?

—Escapó —concluyó el alguacil—, con ese viejo truco de saltar parado en su sombrero y luego tomó la carroza que pasaba. Ya lo encontraremos.

En la esquina de Moneda y Reloj donde se reunían a jugar rayera los estudiantes de San Ildefonso, Diego y Cándido conversaban por lo bajo sin prestar atención a los jugadores.

—El padre Rojas está herido —decía Diego—. No sé por qué no huyó antes.

—Tal vez no comprendió el mensaje —arguyó Cándido.



—Hay que encontrarlo, no creo que su herida sea grave cuanto que subió a la carrera las escaleras. Si no se atiende pronto, podría agravarse.

—¿Y cómo lo vamos a encontrar?

—Tengo una idea sobre lo que hizo. Llevaba tanta ventaja a sus perseguidores, que pudo subir la escalerilla que conduce a la azotea, abrir la puerta para que pensarán que había salido al terrado, para tirarse a la calle como hacía la banda de los sombrerudos, ¿te acuerdas?

—Él no llevaba sombrero adecuado para esa clase de saltos.

—Porque no saltó, sino que, fingiendo salir a la azotea, volvió sobre sus pasos. Está escondido en la planta alta.

—Es posible. ¿Y cómo dar con él? No sabe que estamos de su lado.

—Si pudo ver el mensaje, está prevenido de nosotros. Lo buscaremos los cinco después del almuerzo, a la hora de la siesta.

—¿Y si Nicolás nos sigue?

—Le das un pescozón o lo metes a un libro.





La cosa en la noche

¡Ay, qué bonito es volar
a las dos de la mañana!
Subir y dejarse caer
en los brazos de una dama.

“La bruja”, canción popular

—Aquí espantan —dijo el cabo Yáñez antes de dar el primer paso en la oscura callejuela.

El guardia Ochoa, que de manera irreflexiva se había adelantado unos pasos, se detuvo enseguida.

—¿De verdad? —susurró con un hilo de voz.

—Eso dicen.

—Y usted, cabo, ¿cree eso?

—Pos no mucho, pero algo ha de haber. Por eso nos mandan a nosotros a hacer estos rondines. Ya sabe, guardia, órdenes expresas del comandante Aguilera. Los alabarderos están de puro adorno.

Ochoa esperó a que el cabo le diera alcance y juntos, hombro con hombro, con suma precaución, avanzaron unos pasos más. La calle era una boca de lobo; apenas se insinuaba el empedrado ante la densa oscuridad que reinaba. Ni una luz se miraba en las casas; todas las puertas y ventanas cerradas y sólo el eco de sus propios



pasos rompía el silencio sepulcral. Arriba, el cielo tachonado de estrellas minúsculas brillaba sin brillar con una luz mortecina y una escasa claridad.

—Siempre nos toca bailar con la más fea —masculló con rencor el guardia Ochoa al volver a detenerse.

El cabo Yáñez asintió con un gruñido. Ahora que se lo recordaba, tenía razón. Siempre ellos iban al frente, antes que nadie, exponiendo el pellejo. Por un instante su mente se avivó con imágenes de otras misiones igualmente temerarias en las que, con riesgo de la vida, participara la guardia secreta del virrey.

—Pos sí, ¿qué le vamos a hacer? —repuso resignado ante el recuerdo de aquellos hechos heroicos— Somos los mejores.

—Eso digo yo.

Envalentonados por sus propias palabras, dieron nuevos pasos en el empedrado.

Al eco de las pisadas se sumó de pronto el rumor del viento que, desde la laguna, empezó a soplar levantando polvo y alborotando la basura tirada en la calle.

—¿Qué fue eso? —brincó el guardia Ochoa.

Ambos se detuvieron. Ahora estaban en medio de la calle y frente a ellos revoloteaban pequeños objetos voladores no identificados. De manera instintiva los guardias se pusieron espalda con espalda y desenfundaron el estoque uno y la espada el otro. De pronto, un remolinito de viento los envolvió y algo se estampó en el rostro del horrorizado cabo Yáñez. Se hubiera desmayado en ese momento si no es porque comprendió al instante lo que era aquel objeto volante.



—Una hoja de maíz...

El guardia Ochoa suspiró aliviado y se animó a decir reprobatorio:

—Esos indios dejan las calles hechas un muladar. Y ahora que está soplando el viento...

—Sipi —asintió Yáñez igualmente aliviado. Se deshizo de la hoja de *tamalli* y, recobrando el valor, se dispuso a reanudar la marcha.

Dieron cinco o seis pasos, y en ese momento el viento arreció y el suave rumor se transformó en un gemido triste y pavoroso que volvió a contener el andar de los guardias.

—¡El viento! —gruñó Yáñez— Es sólo el viento.

Ochoa asintió, se puso al parejo del cabo para continuar la marcha pegaditos y, de pronto, al escuchar una especie de aleteo sobre su cabeza alzó la vista al cielo y soltó un grito horrible que se prolongó en la garganta del cabo Yáñez al contemplar ambos una figura alada cruzar volando el negro del cielo. La endemoniada figura, sombra que echaba chispas, revoloteó casi sobre ellos a escasa altura, de un lado a otro de la calle para luego deslizarse en el aire calle abajo. Unos segundos más tarde se escuchó un ruido seco, como si hubiera caído del cielo un costal de papas.

—¡El demonio! —echaron a correr. Uno calle arriba y el otro en círculos sin saber adónde meterse. En una de esas vueltas el guardia Ochoa se percató que su compañero se alejaba, rectificó el camino y, hecho una bala, no tardó en alcanzarlo. Pararon su carrera al final de la calle, no porque se sintieran a salvo de la horrible visión, sino porque las otras calles que confluían estaban igual de



oscuras. Ni una vela ni un triste farol alumbraba esa noche las calles de la capital novohispana. El ayuntamiento de la ciudad, en vista de las protestas de los criollos a causa de los impuestos, había decidido recortar los gastos en aceite para los faroles: un tanto para escarmentar a los inconformes y hacerles ver la necesidad de pagar y otro tanto para ahorrar algo para la caja chica que era la de los gastos personales.

—¡Viene por nosotros! —exclamaba Ochoa con el corazón saltando en el pecho— ¡Auxilio!

En efecto. Si Ochoa se callara un momento y nos permitiera escuchar, diríamos que algo se acercaba meteóricamente, si no es que endemoniadamente, con un creciente ruido de pasos en tropel, como si se tratara de la caballería ligera o de una guardia de corps.

Yáñez, sofocado aún, no podía articular palabra, y cuando recuperó las fuerzas fue para halar a su compañero, decirle que se callara y buscar un refugio, pues ahora, en el fondo de la calle, donde cruzaba un débil rayo de luz procedente de la rendija de una ventana, creyó distinguir una sombra deforme con muchas cabezas y muchos brazos.

Los dos hombres se tomaron de la mano, retrocedieron de espalda y se metieron bajo el enorme pórtico de una casona. Ahí había unas columnas tras las cuales podían ocultarse. ¿Pero no era demasiado tarde ya? Así como ellos pudieron distinguir el bulto que se acercaba en las tinieblas, esa cosa podría haberlos visto, ¿no es cierto, guardia?



—¡Cruz, cruz, que se vaya el diablo y venga Jesús! —susurraba Ochoa haciendo con los dedos de la mano el signo de la cruz.

El cabo Yáñez, en cambio, tan sólo se persignaba una y otra vez.

¿Qué habían visto un minuto antes? ¿Qué creían ver ahora? O al revés: ¿qué creyeron haber visto y qué veían ahora? No, no eran capaces de razonar nada. Lo único que pasaba por sus entendaderas era que habían visto una cosa voladora y ahora parecía acercarse una cosa con muchas cabezas y muchas patas. Semejante poder de mimesis sólo lo puede tener el demonio. Era cierto entonces, no un engaño de sus sentidos: el mismísimo demonio en persona se les había aparecido.

Haciendo un breve ejercicio de memoria, resultaba que la cosa horripilante apareció como si hubiera salido volando del techo del palacete del conde de Guardiola. Era ligeramente luminosa en su contorno y se mantuvo ingrávida en el aire, deslizándose suavemente por toda la calle hasta desaparecer en lo espeso de la noche en la misma dirección en que ahora se acercaba. Sí, así había sido. Y ellos, a pesar de la escasa visibilidad, la habían visto con esos ojos que no acababan de regresar a sus órbitas. Uno creyó ver cuernos y cola y otro adivinó patas de cabra y una membrana de murciélago bajo los brazos, tal como el maligno aparece en el *Silabario de San Miguel*.

Ahora el ruido crecía y crecía, se precipitaba a la mitad de la calle; pronto estaría cerca de ellos. Entonces los iba a descubrir acurrucados tras una columna dórica y les caerían encima las garras de Belcebú, Luzbel, el diablo cojuelo, o como se llamase el demonio que rondaba esa noche en la oscura ciudad de Méjico. Yá-



ñez encomendó su alma al Creador, prometió que iría a bailar a Chalma si lo libraba de las garras del demonio y, cuando estaba por agregar promesas de mayor costo, escuchó con toda claridad, entre las rítmicas pisadas, una voz que decía:

—Paso corto, ¡ya!

Y comprendió que estaban salvados. La guardia secreta del virrey llegaba al auxilio.

El propio subcomandante Matienzo, cuya voz había reconocido, marchaba al frente del pequeño cuerpo de esforzados guardias del virrey, cuatro para ser exactos, en perfecta formación en un ejercicio de rutina que, desde que el ayuntamiento impusiera el ayuno de aceite, solían realizar por las calles oscuras de la ciudad. Era la forma más segura de vigilar tanto para los guardias como para los delincuentes.

Ochoa y Yáñez vieron a sus compañeros cruzar ante el pórtico, y por un momento pensaron: *¿No será ésta una trampa del demonio, para engatusarnos y hacernos salir?*; pero al ver que empezaban a alejarse y que Matienzo daba a sus hombres la orden de paso veloz, los dos, como una sola alma, salieron corriendo tras ellos.

—¡Esperen! —chillaba el guardia Ochoa desesperado al no poder alcanzarlos— ¡Les digo que nos esperen, con un demonio!

—¡Alto, alto!, ¡todos en posición de combate! —se escuchó en respuesta la orden de Matienzo.

Los hombres obedecieron con prontitud y, blandiendo la espada en la diestra y una pistola en la mano siniestra, se colocaron precavidos atrás de su jefe.



—¡No disparen, no disparen! —gritaban Ochoa y Yáñez al unísono.

—Son de los nuestros —dijo uno de los hombres.

—Bonito modo de salirnos por la espalda —gruñó el guardia Vélez que era el más veterano—. Por poco y nos matan del susto.

Apenas reanudó su marcha la guardia selecta del virrey, una sombra regordeta y chaparra trepada en un dintel que sobresalía en la esquina siguiente sacudió el plumaje y extendió sus alas. Más que la figura demoniaca del *Silabario de San Miguel*, a falta de patas de cabra y de membranas de murciélago, aquella silueta sobre un fondo de pequeñas estrellas era parecida al pájaro dodo según lo pintara Roelant Savery; un dodo, por cierto, a punto de desaparecer. En efecto, ahí donde se dibujaba apenas la silueta del ave, no tardó en enderezarse en su lugar una figura humana. Las sombras esconden piadosas el estrafalario aspecto de quien ha realizado un vuelo nocturno en medio de una tolvanera; en cambio, la quietud de la noche nos permite escuchar una voz cascada que desde lo alto alcanza a decir:

—Qué momento más angustioso acabo de pasar: ¡por poco y aterrizo en medio de la ronda que hace la guardia!

Teódulo Margarito, el Huey Xólotl justiciero, buscó acomodo en la azotea. En una hora aproximadamente, o sea a la medianoche, saldría una luna en cuarto menguante y podría salir a buscar un refugio temporal. Sus ojos, que en forma de nahual percibían con cierta nitidez las formas de la noche, volvían a tener las limitaciones humanas de un viejo de sesenta años. Sabía que estaba muy



cerca del sitio preciso adonde tenía que llegar, pero al tropezar con la guardia que hacía la ronda y no poder aterrizar como lo había planeado, perdió la ubicación exacta de la casa y ahora tenía que desandar a ciegas cien o más pasos. Tan sencillo que hubiera sido aterrizar en las coordenadas precisas.

Sacó su pipa de barro de entre las ropas y luego, de un atadillo que llevaba, una piedra, un eslabón y una pajuela para encender la pipa y dejarse envolver por el humo del tabaco. Fumaba para pasar el rato, a la espera de los rayos de luna, pero tenía la pipa llena de macuche, un tabaco silvestre bendecido, propio para transportarse a otras dimensiones, para comunicarse con lo sobrenatural y para tener visiones reveladoras del poder. Es un tabaco tan fuerte que el hollín que se acumula en las pipas se usa para matar víboras, curar heridas infectas del ganado y como insecticida. A la primera bocanada se percató de que encendió la pipa equivocada. Pudo entonces cambiarla o hacerse un canuto de hoja de maíz con tabaco suave, pero no le importó, y a la segunda o tercera chupada entrecerró los ojos y se entregó a cavilar sobre lo cambiada que estaba la ciudad de Méjico.

Cuando salió de sus cavilaciones, la luna iluminaba a cuarenta y cinco o cincuenta grados de altitud. Teódulo Margarito se sobresaltó. Ya que la luna caminaba un arco de quince grados cada hora, significaba que pasaban de las tres de la mañana. Si quería evitar ser visto, tenía que bajar a la calle y buscar refugio antes de que la gente empezara a salir de sus casas. Ya se sabe, no faltan los madrugadores que dejan la cama al primer canto del gallo. Y él seguía



adormilado, con más ganas de tirarse sobre un petate a descansar que de iniciar el trajín del día. Se reconcentró en lo que tenía que hacer y, a fuerza de voluntad, no tuvo más remedio que descolgarse al suelo, seis metros de altura que bajó apoyándose en las rejas que guarnecían un gran ventanal barroco que por suerte suya tenía la casona donde aterrizó.

Deambuló por la calle quince o veinte minutos, de arriba abajo, desorientado, todavía mareado por el macuche, hasta que se detuvo frente a un alto muro que formaba la fachada de una casa de triste apariencia. Se sintió atraído por una figura curiosa que había en la aldaba de la puerta y al acercarse a observarla se dio cuenta de que había sido invento de su imaginación ante las sombras que proyectaba la escasa claridad del alba. En efecto, estaba por amanecer y no encontraba dónde guardarse. Reanudó vacilante los pasos y en ese momento se oyó un ruido de cerrojos y cadenas, y la puerta que había llamado su atención se abrió rechinando sobre enmohecidos goznes.

Teódulo se devolvió sobre sus pasos para ver aparecer a un negro flaco y menudo envuelto en un viejo gabán. Entonces comprendió que se había detenido justo en el sitio al que tenía que haber llegado horas atrás y ante la sorpresa del negro, que no esperaba encontrar a nadie al asomarse a la calle, exclamó:

—Buenos días tengas, ¿eres tú, por ventura, José?

A lo que el otro respondió vivamente:

—¿No conoce usted mi jeta?

Aquí y en China proclamo:





Que, por Dios, José me llamo;
llámanme el negrito poeta.
Por más señas: negro congo,
en el aire las compongo.

—Gracias a Dios —repuso el chamán—. Me llamo Teódu-
lo Margarito Xochiquetzahua Tequantepehua, a quien esperan
en esta casa.

—Conoce usted mi nombre y yo no lo conozco ni tengo noti-
cias de su arribo.

—Cierto, yo tampoco te conocía ni sabía tu nombre hasta que
te vi. Me da gusto conocerte. Ahora también tú conoces mi nombre.

El negro lo miró atentamente. Otro desarrapado, igual que
él, imaginó. Indio, además, para acabarla de amolar. Y a esas horas,
cuando los pájaros no han empezado a alborotarse siquiera y duerme
su patrona...

—Se mira cansado, forastero, y como la dueña no recibe a es-
tas horas, tendrá vuestra merced que esperar a que se encuentre
dispuesta a recibir noticias de su llegada y a ver si quiere recibirlo.

—Lo hará apenas sepa que estoy aquí.

—¿Es usted viejo conocido suyo?

—Viejo lo soy; lo otro no. Ni me conoce ni yo la he visto nunca.

—Vaya, ¿y así dice que lo espera? ¿A santo de qué?

—La verdad es que tampoco ella sabe que me espera, a menos
que sea adivina y ya lo haya adivinado.

—Se dice que lo es.

—Bueno, entonces todo está en su sitio.



El negro se sumió de hombros. A pesar de la agudeza de su lengua, no le gustaban los enigmas encerrados en juegos de palabras que más parecían de brujería. ¿O no era un juego verbal?

—Pues a mí no me ha advertido de visitas en la fría madrugada —añadió.

De todas formas lo hizo entrar a la casa y le pidió que esperara en un pobre aposento que se hallaba al fondo de un largo corredor.

—Descanse; si quiere algo de comer, ahí tengo pan y queso y un catre donde reposar. Yo vendré en un rato.

Unas horas más tarde, pasando las nueve de la mañana según el reloj biológico de Teódulo, el negro regresó, se aseguró de que el indio siguiera en el cuarto y luego corrió a dar los buenos días a la dueña.

—José, ¿es verdad que tenemos visitas? —antes de que el negro le informara preguntó la hermosa mulata que conocimos bailando un jarabe de tarima, ya que de ella se trataba.

José Vasconcelos, tal el nombre del negrito, no dejó de sorprenderse: había escuchado docenas de historias fantásticas acerca de su ama, pero él, en el poco tiempo que tenía a su servicio, ni la había visto volar en una escoba ni desaparecer de un sitio para aparecer en otro ni recibir al demonio en sus aposentos... A menos, claro, que el demonio llegase disfrazado de un guapo mozo pidiendo remedios para un amor no correspondido, o de un comerciante desdichado que imploraba salvarse de la ruina, o en la forma de un indio misterioso... Ciertamente, era cosa de abrir bien los ojos o, mejor dicho, de cerrarlos y no inmiscuirse en tales historias.



—Señora, es un indio de facha ingrata.

—Hazlo pasar; siento que el visitante tiene algo interesante que contar.

El negrito se encogió de hombros repitiendo: “Visitante, interesante”, y antes de cumplir la orden, alcanzó a rimar no de manera tan afortunada como otras veces:

—Parece un indio viejo,

más que Matusalen.

Huele feo, a petate;

carga el viejo un ayate

y trae sombrero. Valen

igual sombrero y viejo.

La mulata se sonrió imaginando que algo había turbado el ánimo del negrito poeta.





Mirones



Los caballos lozanos, bravos, fieros;
Soberbias casas, calles suntuosas
Ginetes mil, en mano y pies ligeros;
Ricos jaeces de libreas costosas
De aljófar, perlas, oro y pedrerías
Son en sus plazas, ordinarias cosas.

BERNARDO DE BALBUENA

Grandeza mexicana

Eran años difíciles en la Nueva España.

Las malas cosechas assolaban los campos; la escasez de granos hacía crecer el hambre en las clases bajas; la amenaza de inundaciones, ante las obras del desagüe que no tenían fin, seguía latente en la ciudad de Méjico; se sucedían temblores de tierra, y el viejo Popocatépetl lanzaba grandes humaredas; los piratas acechaban en uno y otro océano los galeones que salían al viejo continente cargados de oro y plata o las naos cargadas de exóticas mercaderías y se atrevían a atacar los puertos de Veracruz, Campeche o Acapulco; los criollos conspiraban y no sólo los criollos: los indios se rebelaban en Tehuantepec y todavía se temblaba en las casas ante el nombre de Yanga, el



capitanzuelo que encabezó la rebelión de los negros, apaciguada un par de años atrás... Y, bueno, para acabar pronto: era el año del cometa de infaustos presagios.

La guardia del virrey se hallaba más alerta que nunca, vigilante de cuanto acontecía en el reino. Cualquier rumor o chismecillo estaba obligada a investigarlo dentro de la mayor discreción si fuera posible. Todo el día, y hasta en la noche, estaba alerta.

Esa tarde, por ejemplo, el subcomandante Matienzo simplemente esperaba las órdenes del comandante Aguilera para reforzar un evento en el palacio virreinal, y mientras esperaba lo hacía en cierta plazuela cerca de la calle de las Canoas, para echar un ojo al gato y otro al garabato, como se dice vulgarmente, vigilando el tráfico informal de mercancías y a la espera de las órdenes superiores.

Tenía fundadas sospechas de que el lugar se prestaba para que se mezclaran, sin tapujos, toda clase de personajes, desde la más rancia aristocracia hasta el más ínfimo de los pordioseros. Las grandes señoras, con el pretexto de acudir a los dos templos cercanos, y los caballeros reales, o supuestos, con cualquier excusa se cruzaban de manera sospechosa, lo mismo que con mesoneros, criados de librea, artesanos, frailes, mercachifles, labradores, indios, esclavos, mendigos...

A veces ocurría que un señor magistrado se detenía a dar una moneda a un limosnero, intercambiaban algunas palabras en voz baja y luego el pordiosero alzaba la voz para agradecer la bondad del caballero y besaba el duro que le había dado, de modo que todos los transeúntes vieran esta acción propia de los hombres de su es-



pecie. O el caso de la dama cuya esclava compraba algunas flores, pagaba con una moneda a la vez que entregaba un papel doblado que luego el negro de las flores entregaba al caballero que, tras ella, compraba otras flores... En fin, Matienzo se entretenía con estos hechos curiosos que no escapaban a su experta y discreta vigilancia.

El subcomandante era el clásico oficial de carrera que ha tomado enorme cariño a su profesión. Eficiente, honesto, inteligente, bien preparado, entregado totalmente a su labor. Pocas veces vestía el elegante uniforme de la guardia real por no convenir a sus labores de inteligencia, sino que usaba algún ingenioso disfraz que le permitía mezclarse tranquilamente en todas partes sin ser reconocido. Esta vez vestía su disfraz de barbero flebotomiano y mientras observaba discretamente el movimiento de unos y otros, trataba de explicarse otra clase de sucedidos más cercanos a su trabajo.

En la noche, los guardias asustados por una lechuza tamaño extragrande, a la que confundieron con el diablo. En el día, el alguacil burlado por un herético judaizante. Dos casos distintos a los que Matienzo trataba de hallar semejanzas. La ilusión por obra y gracia del miedo (conocía bien a su gente) confundió a dos de sus hombres; ¿no sería en los casos del alguacil y de sus guardias que se dejaran engañar los sentidos por alguna clase de emoción? Un hombre no puede desaparecer de una azotea así como así. Aun si se hubiera lanzado al vacío provisto de un sombrero para saltos de altura, los alabarderos lo hubieran visto correr calle arriba, calle



abajo. Pero encontraron la calle vacía. Lo más probable es que hubiera algún refugio secreto en ese edificio. ¿Lo revisaron a fondo? Seguro que no. No todos hacían las cosas como las hacen los profesionales.

De pronto sus reflexiones se fueron con la última bocanada de humo y sus ojos se detuvieron en una dama que cruzaba frente a uno de los portales en donde el subcomandante de la guardia virreinal, de pie, fumaba un largo cigarro de hoja en compañía del cabo Yáñez y el guardia Vélez, disfrazado uno de poeta bucólico y el otro de monja carmelita.

—La mulata... —se dijo.

Sí, era la mulata de la que hicimos antes referencia.

Ya la había visto antes dos o tres veces y hasta ahora se le antojó que pudiera ser sospechosa. Sí, sí, vivía sola; a veces, le habían contado, tenía algún sirviente y a veces ninguno. Se llamaba Soledad y se decía que el nombre se lo pusieron quienes la conocían de años atrás, sola, siempre sola, que su verdadero nombre nadie lo conocía; había sospechas inclusive de que no tuviera nombre alguno. ¿Se puede vivir así, sola, sin marido, padre, hermano, tutor, sin familia...? Sin nombre que nos distinga no se puede vivir en esta tierra. Por su condición de mujer tendría que depender de un hombre y ella parecía depender de sí misma. Ya el Santo Oficio, cosa que Matienzo no sabía, la tenía en la mira por esa razón aunada a su fama de adivinadora.

Alta, esbelta, de un color chocolatoso suave, entre veinticinco y treinta años de edad, apresuraba el paso con una gracia y donaire



que, muy a pesar suyo, atraía las miradas curiosas y daba pie a toda clase de comentarios de admiración o envidia.

—¡Madre mía! —exclamó el cabo Yáñez al verla.

El guardia Vélez, distraído como siempre, saltó sorprendido. ¿Qué no vivía en España la madre de su compañero? Volvió la mirada y se quedó con la boca abierta al tropezar sus ojos con el andar de la mulata.

—¡Qué mujer! —pensó, y tuvo que santiguarse enseguida, pues en su disfraz de monja carmelita no podía permitirse esos pensamientos.

Por unos cincuenta segundos, el tiempo justo en que la hermosa mulata permaneció a la vista antes de entrar a la droguería de don Facundo, los uniformados, embebidos en la maravillosa visión, guardaron oportuno silencio. Pasos menudos, sin mirar a nadie, a pesar de un ligero titubeo suyo al cruzarse con un parroquiano que la saludó atentamente. A Matienzo no le pasó inadvertido el aire mundano del hombre que había causado un ligero sobresalto a la mujer.

Al entrar la dama a la botica, la atención de Matienzo se trasladó de inmediato al sujeto que tenía de perfil. Alto, delgado, nariz grande afilada, cabellera bajo un sombrero de fieltro y ropas de buena calidad rematadas con una capa con esbozos de felpilla. Facha de rico comerciante, tal vez provinciano. ¿Qué hacía ahí? Matienzo no tardaría en averiguarlo porque unos minutos después pudo observar que la bella mulata salió de la droguería y el tipo corrió a su encuentro cerrándole el paso con audaz galantería. La





—¡Qué mujer! —pensó, y tuvo que santiguarse enseguida, pues en su disfraz de monja carmelita no podía permitirse esos pensamientos.



mujer se detuvo, lo miró altiva y respondió al saludo con un “déjeme en paz” que llamó la atención general. El hombre, sintiéndose blanco de las miradas, dejó libre el paso y, antes de esfumarse del lugar, acabó por cubrirse el rostro con el embozo de la capa.

Hubiera querido seguirlo o encargar a uno de sus hombres hacerlo y averiguar algo sobre él, pero en ese momento el guardia Ochoa, en su advocación de guardia Ochoa —esto es, sin disfraz alguno, embutido en su uniforme de guardia—, llegó corriendo, sudado y sofocado a decir sin ningún recato:

—¡Que dice mi comandante Aguilera que ya ni la amuelan, que tiene media hora esperándolos! —soltó sin siquiera haber recobrado el aliento—. Por culpa de ustedes, dice, vamos a llegar tarde. Ya está él en la mera puerta del palacio, esperándolos, y ustedes aquí de pe... nitentes.

Matienzo soltó una maldición que enrojecería a nuestros atentos lectores si osáramos reproducirla. Movi6 la cabeza, primero por la indiscreción del guardia Ochoa y luego por las arbitrariedades de su jefe; se dijo que un día de éstos se iría a la gorra el comandante, quien precisamente los mand6 esperar sus órdenes en ese lugar.

Allá, a siete cuerdas de distancia, los esperaba el encolerizado comandante Aguilera. Los tres sabían que no tenían culpa de nada, pero así era con los de arriba: siempre tenían la razón, y si algo salía mal, ellos la pagaban.

—Andando, pues —se puso Matienzo a la cabeza.

Y andando a toda prisa, el subcomandante no dejó de pensar en el sujeto que andaba molestando a la bella mulata. ¡Dios santo,



qué mujer! Una rosa, no; una orquídea, sí. Una orquídea negra, silvestre, misteriosa. Suspiró. Ya estaba ante el comandante Aguilera.

—Muy bien, Matienzo: arréglese el sombrero y métase la camisa; abotónese bien la chaqueta. Ponga el ejemplo a sus hombres; mire nada más cómo vienen, con la lengua afuera, todos sudados y con las ropas ajadas.

—Así es el disfraz, comandante.

—De todos modos, no deben andar sudados de esa manera.

—Venimos a paso veloz, comandante.

—Tienen diez minutos para acicalarse y mezclarse en su puesto con la gente que vendrá de mirona a las afueras del palacio. Los invitados comienzan a llegar en media hora. Que no se diga que la guardia secreta del virrey no está a la altura.

Aguilera hizo un gesto para despedir a sus hombres, pero enseguida se acordó de algo y los contuvo.

—Por cierto, ¿está enterado de que el padre Rojas salió del Real Colegio de San Ildefonso, por su propio pie, a la hora de la siesta de los estudiantes? ¿No? Bueno, pues ahora es un caso nuestro. No pudo salir sin ayuda. Alguien, un gramático o un retórico, si no es que alguno de los sacerdotes seculares o los criados, le ayudaron a salir. Iba herido, se encontró un reguero de sangre en su escondite del segundo piso y más sangre en un trapo tirado en la calle. A ver si se da una vueltecita por ahí.

—A la orden, mi comandante.

—Espere, no salga que ahoritita va para allá: aquí va a empezar la fiesta.



En efecto, a las seis de la tarde en punto, los invitados del virrey comenzaron a arribar en sus carrozas a las puertas del palacio virreinal. El comandante Aguilera fue el primero en colarse al salón principal, un tanto para cuidar de cerca al virrey y otro tanto para ocupar el mejor lugar de todos, mientras que Matienzo y sus hombres, con la excepción de Ochoa, que hizo guardia a la entrada, se mezclaron con el mar de gente que empezó a reunirse curiosa.

Las fiestas de palacio tenían como preludeo el desfile de personalidades en sus carrozas por la vía pública y el arribo a pie en un corto paseíllo que despertaba la admiración, envidia y el gozo de una multitud boquiabierta ante el derroche y ostentación de las galas principescas de los invitados, cuyos coches y caballos eran, como dice Gage, “muy superiores a los mejores de la corte de Madrid”.

Matienzo, naufragando a ratos entre las olas de curiosos que se empujaban unos a otros para ver mejor, tenía especial sentido para andar cerca de la gente que externaba los comentarios más sabrosos acerca del marqués de Saltillo, mientras obstruía la calle con una gran carroza y seis caballos de gran alzada, o sobre el ministro Anduradián de la Barrera que pasaba llevando del brazo a la señora duquesa de Baranda, una vieja hermosa vestida a todo lujo con un vestido color canela con aderezos de diamantes y topacios... En esas expresiones se podía medir el grado de animosidad social existente contra los privilegios reales y tomar medidas para prevenir que creciera demasiado. La verdadera misión de la guardia secreta del virrey, era trabajar secretamente en contra de todas las conspiraciones, motines, asonadas, conjuras, revueltas, mitotes y



manifestaciones que pusieran en peligro la paz social y el buen gobierno del reino. Ya se sabe: si no son los criollos conspiradores, no faltará una horda de indios o de negros esclavos que fragüen un intento de sublevación. Precisamente, en esos días se hablaba mucho de negros que preparaban un gran motín con matazón contra todo lo que no fuera de su color, pero el desfile de personalidades que nos mantiene en estos párrafos, era el centro de las murmuraciones en esa ocasión: las grandes carrozas, el montón de criados, los vestidos de seda, las joyas, la belleza de las mujeres, la panza de los caballeros, la gordura de la condesa y toda clase de comparaciones. Cual si fueran expertos en modas y jueces de belleza, la chusma repartía calificaciones a diestra y siniestra, hasta que por último, cerrando el desfile, arribó una calesita con la criatura más hermosa que se viera esa tarde y muchas otras.

—Doña Luisa Guadalupe —soltó alguien por ahí.

—Una parianista —se oyó decir enseguida.

—Sí —reafirmó la primera voz—, hija de don Luis Ricalde, el del Parián.

Había mucha precisión de parte de la plebe en casi toda la clase de alusiones que se hacían sobre tal o cual personaje.

En efecto, la hermosa muchacha era hija de uno de los más acaudalados comerciantes del mercado que, a imitación del de Filipinas, se llamaba Parián. Precisamente, el señor Ricalde era dueño de la gran sedería en donde se encontraban los encajes de Flandes, los rasos de China, los canelones y terciopelos y lo más rico en telas y primores que traía la Nao de China. Por lo mismo, la niña lucía





como una reina y llegaba al palacio en una sencilla calesa descubierta causando mayor impresión que el carromato del marqués de Saltillo.

En esta época los parianistas eran la flor y nata de la sociedad mercantil de Méjico. Tanto los dueños de los distintos comercios o cajones, como los dependientes, daban el tono de la riqueza, de la influencia y de las finas maneras de la gente culta.

Y mientras doña Luisa Guadalupe hacía la entrada al palacio del brazo de su propio padre, hubo una voz que resonó gangosa y llena de maledicencia:

—Con la plata que hay en esos zapatos —se refería a las hebillas del comerciante—, me mantendría yo todo un año.

Matienzo buscó al dueño de la voz y mientras se abría paso hacía la dirección que la escuchara, alguien respondió de otro lado:

—Con el hambre que tengo yo, no me duran esas hebillas ni una semana...

Se armó un barullo, risas, comentarios de toda clase y el desorden de la retirada una vez que la fiesta para ellos había acabado.

El valor en duros de aquellas hebillas de plata al que hizo referencia el vivales, no sería suficiente para mantenerlo durante un año entero, pero sí, al menos, dos o tres semanas. Lo cierto es que después de asistir al paseíllo de lo más granado de la sociedad local, quedaba al populacho la idea de que vivían en el país más rico de la Tierra. Encantados unos por haber sido testigos del paso de la belleza y los lujos, llenos de contento otros por haber tenido la fortuna de contemplar de cerca tantas personalidades, no faltaban





quienes se sintieran orgullosos de vivir en semejante reino ni quienes quedaron embelesados casi al enamoramiento por una dama o un caballero, sin faltar el desconcierto de algunos y la maledicencia de los pícaros criticones de siempre, se dispersaban todos con la impresión de haberse asomado por un instante a una de las cuevas repletas de oro de Alí Babá.

En efecto, si no era el país más rico del mundo, por los menos sus ricos sí eran lo más ricos. Nada más habría que ver las joyas de las esposas o hijas de mineros, hacendados y comerciantes acaudalados que alternaban en esa fiesta con la nobleza: la cantidad de collares, aretes, pendientes, pulseras, sortijas, dijes y medallas que llevaban, sin contar los brocados y damascos, galones, cintas y encajes de oro y plata, las incrustaciones y bordados de perlas y piedras preciosas sobre los vestidos, las hebillas, botones, cadenas... y, bueno, no haría falta una fiesta en palacio para contemplar aquel despilfarro de lujos, pues con andar de arriba abajo por la ciudad y contemplar los destellos del oro y la plata maciza derrochados en retablos, rejas, arañas e incensarios de los templos, las vajillas señoriales y, sobre todo, las joyas que adornaban las imágenes sagradas, podía uno darse idea de lo que podría encontrarse en las casas palaciegas. Como apunta nuestro cronista:

de manera ordinaria, tanto hombres como mujeres vestían con sedas finas y lino. Remataban sus atuendos con listones y con hilos de oro y plata y llevaban además cintas en los sombreros y se adornaban con broches, collares y aretes de perlas y piedras preciosas.



Hasta las esclavas y sirvientas en esas casas se engalanaban con joyas y el traje de montar de cualquier ranchero era todo un muestrario de platería.

Si hemos de creer a Thomas Gage, las tiendas que frecuentaban las clases altas de la Nueva España, “eran las más opulentas de la cristiandad. En la calle de Plateros, por ejemplo, los ojos de un hombre pueden contemplar en menos de una hora muchos millones en oro, plata, perlas y joyas”.

Y mientras el tumulto se deshacía, Matienzo logró pescar algunas habladurías sobre los negros y su motín, el tema predominante cuando la gente dejaba de fantasear y volvía los pies a la tierra. Para él la fiesta no había terminado. Ahora le tocaba vestir el uniforme ordinario de la guardia real, hacer los rondines acostumbrados y estar listo para cuando comenzaran a arribar de nuevo las carrozas para recoger a sus amos.

El guardia Ochoa y el cabo Yañez harían guardia en la puerta del palacio, mezclados con los alabarderos, mientras que Matienzo y el resto de sus hombres harían los recorridos acostumbrados, a todo correr, por las calles de la ciudad.

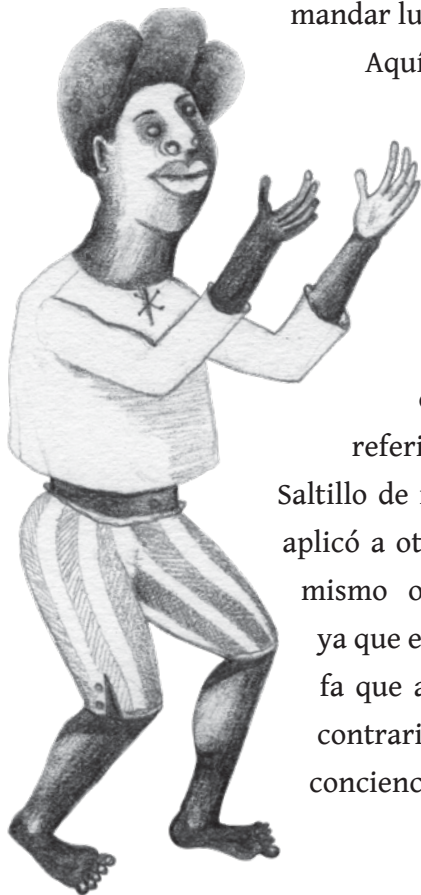
El guardia Vélez refirió entonces un suceso que le tocó presenciar al paso de la gran carroza del marqués de Saltillo, dueño de una de las minas de plata más ricas de la Nueva España. Uno de los protagonistas había sido un barbero, uno auténtico, y otro, un negro desarrapado al que retó a decir unos versos en referencia al paso del marqués de Saltillo, de nombre Juan Belmonte. El negro, que como



adivinó ya el amable lector, no era otro que el negrito poeta, soltó de inmediato este cuarteto:

—Esa carroza, Juan, advierte,
que sobre ejes de oro gira,
es el carro de la muerte
que te conduce a la pira.

El barbero celebrando mucho la rápida respuesta dio entonces de recompensa una moneda al negrito poeta y repitió para sí, una y otra vez, la ocurrencia del negro para poder escribirla y mandar luego al propio marqués.



Aquí podría detenerme un instante para revelar uno de los trucos que solía hacer José Vasconcelos ante algunos de los retos de improvisación que solían los necios presentarle: siempre que era posible se repetía. No hacía falta gastar su talento con algunas gentes que ponían retos parecidos una y otra vez. Y digo esto porque los referidos versos llegaron al otro día al marqués de Saltillo de manos del barbero y, años más tarde, se los aplicó a otro Juan, al virrey de Casafuerte, a causa del mismo objeto, cambiando “carroza” por “estufa”, ya que el prelado salió de paseo en una elegante estufa que acababan de regalarle. Este segundo caso, al contrario del primero, tuvo el efecto de remorder la conciencia de don Juan de Acuña y Casafuerte, quien



procedió a regalar la elegante estufa a la iglesia parroquial del Sagrario para el uso público del Divinísimo al visitar a los enfermos de gravedad. Pero ya que contamos esta anécdota, conviene referirla completa y decir que, antes de hacer el regalito, el virrey de Casafuerte mandó llamar a José Vasconcelos a fin de cerciorarse de

la capacidad del versificador, en la difícil facultad de improvisar de acuerdo a la consonante que se le daba, con la que regularmente desenlazaba sus ocurrencias métricas. Para el efecto, dijo el señor Casafuerte al vate repentino, que le improvisase un verso, tomando por idea su apellido. Inmediatamente el negrito complació a su excelencia dirigiéndole el siguiente cuarteto:

—¿Sabes que para la muerte
no hay humana resistencia?
No hay valor, no hay excelencia,
No hay, ni ha habido, casa-fuerte.

El cronista del que nos hemos tomado el trabajo de transcribir sus notas asegura que el efecto del par de improvisaciones sobre el virrey fue tal que, a partir de ese momento, no sólo regaló la estufa, sino que disminuyó el fausto virreinal.

Pero el suceso referido por el guardia Vélez ocurrió años atrás, en la época en que situamos nuestra historia, y no hizo mella alguna en el marqués de Saltillo cuando a sus manos llegó el escrito del barbero.





Escribanos



¿Fue en la Luna o en la Tierra donde hace
un momento di con mis posaderas?

EDMUNDO ROSTAND
Cyrano de Bergerac

El padre Pedro se mesó por enésima ocasión la cabellera, enredó los dedos índice y medio en las greñas y de un tirón distraído se quedó en ellos con unos hirsutos pelos castaños. Apenas respingó de manera inconsciente y siguió enrosándose el cabello con uno o dos dedos. No paró de hacerlo sino cuando se detuvo para releer una frase. Se apresuró entonces a mojar la pluma en el tintero, más por hábito de escribano que para hacer alguna anotación; se quedó con la pluma alzada sobre el papel y se dirigió al padre Ruperto.

—¿Qué te parece, hermano, lo que escribe este señor sobre la torre de Babel?

—¿Eh? —pronunció el padre Ruperto que dormitaba sobre un enorme libro abierto sobre la mesa.

—¿Recuerdas lo que dice de Babel? —reiteró el padre Pedro y, tras asegurarse que el otro prestaba atención, hizo un garabato al margen del folio y añadió: —“Y también vine a pensar que si allí se



construyese una torre cien mil veces más alta que la de Babel... caería sobre ellos la cólera divina”.

—No es así; no trates de engañarme —acabó por despertarse el padre Ruperto con una forzada sonrisa.

—Bromeaba: este hombre escribió algo fantasioso: “... vine a pensar que si allí se construyese una torre cien mil veces más alta que la de Babel, se mantuviera eternamente sin vaivén, sin movimiento, sin desunión de sus partes ni inclinación o propensión a centro alguno”. ¡Imagina, colgada en el cielo nada más! Entre la Tierra y la Luna.

—Oh, sigues revisando el escrito del viaje a la Luna... Lo detesto, siempre he detestado la logarítmica y el algebra y a ese fray Ambrosio...

—Ambrosio es el supuesto bachiller, no el fraile.

—Bueno, pues esa historia está llena de cálculos geométricos, creo que para disfrazar la insana intención de vociferar contra el buen gobierno de la Iglesia.

—No lo entiendo así, hermano... Su intención primera es fantasear, por eso lo de la torre de Babel, y en segundo término es moral: ya ves, manda el alma de un materialista al infierno.

—Al infierno que supone es el sol. Pero, por otro lado, ¿no es Newton con su llamada Física Experimental, un materialista confeso? ¿Acaso los postulados de esa mecánica no contradicen a Tomás de Aquino que proclama que la fe es antes que la razón? Y, mira, sin ninguna sutileza, en labios del lunático...

—Del anctítona, habitante de la Luna...



—Me refiero al francés que hace el supuesto viaje a la Luna. Por intermedio de ese lunático, ¿no llama espíritu de primer orden al físico experimental y luego dice “el incomparable Newton”? Qué mayor confesión de materialismo...

—Todo eso es cierto, hermano, pero no es un texto apologético, sino una novela de figuraciones entretenidas.

—Para entretenimientos prefiero los amadis y palmerines, que no a lunáticos que todo lo miran mal en la Tierra. No me quito de la cabeza la parte que dice que es un milagro que los habitantes de la Tierra no salgamos al aire disparados por el movimiento de rotación y que ésa es la causa de que estemos mareados y el seso no tenga asidero en la cabeza.

—Para mí pretende ser gracioso.

—¿Gracioso? Ya veremos si se ríe al escuchar la sentencia del Santo Oficio.

—Si es por el escrito, no veo una condena grave; otra cosa son las denuncias en su contra, que es mal cristiano, que no lleva las llaves de la Iglesia, que cultiva la Física Experimental... Pudieran ser calumnias de sus enemigos, como alega él mismo. Pero eso no lo examinamos nosotros, sino que consta en todos estos papeles acumulados.

—Su carta de arrepentimiento no me parece sincera.

—Tampoco nos concierne. Límitate a pensar en tu informe del escrito, que es nuestro trabajo. Por mi parte, me parece algo divertido. Contrasta mi punto de vista sobre la novela con argumentos que encuentro en las diligencias que se han hecho en los diez años que lleva el trámite.



La luz de los candelabros se agitó entonces, chisporroteó una vela y luego la otra y los hermanos volvieron a su lectura uno y a sus meditaciones otro. Ninguno de ellos rebasaba los treinta y cinco años de edad, de modo que, a pesar del ambiente lóbrego, recargado de libros y de las duras disciplinas del sacerdocio, ofrecían una estampa amable, fresca, extrañamente juvenil, pese a la máscara de seriedad que usaban. No olvidaban que ambos estaban adscritos al Santo Oficio no sólo porque escribían a la velocidad de los hablantes, sino como una disciplina para moldear su carácter y castigar una avidez de lectura que podía compararse al pecado de la gula. Dos años y no acababan de disciplinarse, seguían leyendo, seguían con ánimos de vivir. De pronto, el padre Ruperto dijo:

—Ahora cuenta con setenta y tres años, los mismos que tu padre, ¿no es ésa la causa de la compasión o simpatía que muestras?

—No lo había pensado siquiera pero no es compasión lo que siento, ni me es simpático...

—De cualquier modo, nuestro informe no cambiará nada. Nos lo encargan para mantenernos ocupados o quizás para medir nuestra estatura. Los inquisidores son doctas personas y al requerir nuestra calificación de esta pieza escrita, prueban nuestros alcances. Escribimos más rápido que ninguno, se preguntan qué tanto sabemos penetrar en la lectura.

—Curiosa, y tal vez acertada, observación la tuya.

Una nueva corriente de aire sacudió la flama de las velas tras escuchar que alguien entraba al cuarto vecino. Guardaron silencio por un momento; contemplaron el chisporroteo de las velas. Pedro se



levantó a despabilarlas y una vez que quitó las pavesas, Ruperto dejó que el otro aplastara en la silla su pesado cuerpo antes de decir:

—De cualquier forma, la sentencia está en puerta. El Tribunal tiene previsto celebrar un auto de fe antes de que el año llegue a su término y querrá el señor fiscal tener resueltos el mayor número de casos.

—¿Crees que...?

—No lo sé; pero luego del auto de fe de Sevilla y otro que hubo en Lima aquí, están ansiosos de hacerse notar con un número grande en el patíbulo.

—Tienen pocos casos avanzados.

—Ya saldrán a su tiempo. Cuando quieran, llenarán los calabozos de herejes confesos. Ahí tienes el caso de la mulata que acaba de denunciar un comerciante de Córdoba.

—¿Es grave?

—Es la misma curandera que acusaron unos vecinos suyos de la calle de la Perpetua, donde vive.

—¡Ah, ésa! Me tocó registrar las primeras declaraciones en su contra: una hermosa mujer de piel oscura, según contaron... El abogado de la Real Audiencia sigue los trámites con tiento. A lo mejor tiene presente lo ocurrido con ese muchacho Maqueda, que caminaba sobre brasas y luego curaba con las manos. Sigue tan campante en el reino; ahora cuentan que anda en Puebla y ha estado varias veces bajo el severo interrogatorio del Tribunal.

—Diego Maqueda, saludador, o sea dador de salud, como aquellos que abundan en nuestra querida España. Me agradaba el



muchacho y creo que lo mismo ocurrió a los inquisidores. Por más lejanos que estemos del acusado, somos seres humanos con ojos que ven, corazón que siente y una cabeza llena de preguntas sin respuesta. El chico, con su desparpajo y sencillez, se granjeó el favor de jueces con fama de implacables que, sin embargo, acabaron mirándolo entre divertidos y complacientes.

—Lo que le valió fue la edad. Para el inquisidor Francisco Estrada y Escobedo, si no hay calabozo del tormento, el caso no vale la pena y pierde interés. Tal vez por eso lo dejó absuelto. No se puede atormentar a menores de catorce años. La ley es la ley.

—¿Y de verdad tendría trece años? Yo le calculaba quince o dieciséis.

—¿Cómo comprobarlos? Nació en Cádiz y no lleva papeles. La mulata, en cambio, es mayorcita, ¿no?

El hermano Pedro sonrió para contener la risa y una vez que lo consiguió, recitó engolando la voz:

—¿Quién sabe de dónde vino?

¿Quién sabe cuándo llegó?

En Córdoba...

¡Desde cuándo!

Apareció de improviso...

por ella no pasa el tiempo

¿Es muy joven?

¿Es ya vieja?

Joven cuando la miramos.

Vieja si la recordamos.



*Siempre ha estado aparte,
sola, trabajando en el portal.*

¿Para quién trabaja tanto?

No tiene padres ni amigos...

¡A fuerza de verla sola

se le llama Soledad!

Para luego añadir:

—Así declaró el hombre, comerciante avecindado en Córdoba, quien la anduvo buscando por muchas partes hasta tener noticias suyas y encontrarla en esta ciudad. La acusa de hechicería, de no envejecer jamás, de tener pactos con el enemigo, de enloquecer a los hombres con sus coqueterías, para luego rechazarlos, y del asesinato de uno de sus enamorados.

—Vaya caso, promete mucho.

—Los inquisidores remitieron dieciséis proposiciones a los calificadores y no dudo que los padres maestros de las cuatro órdenes las juzguen heréticas. En veinte o treinta días, si los hermanos atienden pronto el caso, tendremos aquí a la mulata. Por lo pronto se está abriendo un proceso en contra del propio acusador. Confesó haber dado muerte a su amigo por tratar de salvarlo de las artes de esa mujer; el demonio, en ella encarnado, le desvió la espada cuando intentaba atravesarla a ella...

—¿El demonio? A buen amigo se alía en su causa. Ante el gran inquisidor, el demonio cobrará forma de embuste de un amante despedido.



—Y no sólo atrae hacia ella una turba de enamorados que la siguen implorantes; se dice que en Córdoba vive al mismo tiempo que aquí en Méjico y en otras partes donde se le mira a menudo, siempre sola; a veces la acompaña un viejo que dicen es el diablo, y nadie más. En la soledad de su casa prepara filtros mágicos y amuletos para sanar dolencias del espíritu, curar los males del amor, casar a las solteronas...

—La clásica curandera de las rancherías... Las buenas e incomprendidas mujeres que han aprendido de la madre naturaleza. ¿Acaso no declaró Paracelso no saber nada fuera de lo que había aprendido de las brujas?

—¿Lo dijo?

—En aquella famosa reunión con cientos de estudiantes en la Universidad de Basel, al quemar los libros de Avicena y Galeno que, decía, no servían para nada.

—Un escándalo. Pero no, no te confundas; no es la naturaleza de nuestra mulata la de una humilde curandera. No hay mujer más altiva y arrogante, siempre vestida como una gran señora, a pesar de que unos dicen haberla visitado en una caverna, otro en una accesoria y no falta quien diga que la ha visto en un modesto cuarto de vecindad. Siempre joven, nunca vieja, ¿cómo se explica haberla visto hace veinte o treinta años, igual de joven y hermosa?

—Si miras a los negros por vez primera, parece que todos sus rostros son iguales. Me pasó en Filipinas con los chinos. No distinguía a uno de otro. Todas las mulatas bellas han de ser muy parecidas a quien las mira después de mucho tiempo.



—No, no, hermano. Ésta es, a mi parecer, una bruja de verdad. Se dice que se ha desposado con el diablo y se le ha visto salir volando de su casa, montada en una escoba, volverse un globo de fuego y perderse en la lejanía... Es una Circe, una Medea, una pitonisa, una sibila, una bruja cuyo poder alcanza para trastocar las leyes de la naturaleza...

Se hizo el silencio y cada uno se quedó quieto, esperando volver a sus ocupaciones.

Fray Pedro volvió a mojar la pluma y se quedó pensativo un momento antes de seguir rasgueando unas letras en su escrito. Parecía estar calibrando las confianzas que se hacían entre ellos. Más que escribanos en el sentido de certificar o dar fe por escrito de un asunto, eran secretarios que anotaban cuanto se decía en el Tribunal, cual si fuesen una máquina, obligados al secreto que debían guardar en el desempeño de su oficio. Entre ellos dos, sin embargo, no había secrecía, pues se alternaban a veces en el mismo proceso y hasta en el mismo pliego cuando un interrogatorio duraba horas y horas y siempre estaban inmersos en lo mismo. Tenían dos años trabajando juntos y a fuerza de pequeñas confianzas nació entre ellos una sincera amistad. La maquinaria humana, que registraba por escrito con toda precisión y a velocidad hasta el último suspiro de reos e inquisidores, requería de válvulas de escape para mantenerse saludable en lo posible. Su papel era maquinal ciertamente, pero hoy tenían un mayor pretexto para el intercambio de confianzas: la calificación de las *Sizigias* y *cuadraturas lunares* que un supuesto anctítona o habitador de la Luna había dirigido a un tal Ambrosio de Echeverría, nativo de la ciudad de Mérida.



Los médicos solían juzgar sobre la salud física y los desvaríos mentales de los reos, así como los hermanos de las cuatro órdenes eclesiásticas calificaban las intenciones heréticas o blasfemas de sus acciones; por primera vez a ellos dos se les consideraba para calificar la fábula por sí misma y diferenciar al hombre de letras del farsante. Menudo lío en el que comenzaban a trabajar.

El padre Manuel Antonio de Rivas había escrito, para su entretenimiento, una historia de imaginación a imitación de plumas europeas, en donde finge que los habitantes de la Luna, o anctítonas, habían recibido por un apostillón aéreo una carta escrita por un cantor de iglesia, en la que se encontraba registro de las *Sizigias y cuadraturas lunares*. Sorprendidos por la sabiduría del terrícola, el ateneo lunar realiza un congreso en el país de las quimeras para constatar en los archivos que conservaban desde el incendio universal de Faetón, la exactitud de los cálculos del atisbador terrestre. En pleno congreso, vieron de pronto un carro o bajel volante, que instruido de dos alas y un timón, cruzaba la atmósfera a gran celeridad. Los anctítonas apenas lo pueden creer, pues nunca habían visto algo semejante. El carro volante lo conduce un habitante de la Tierra, el sabio francés Onésimo Dotalón. Mantienen con él una charla docta que a fray Ruperto hace bostezar cada vez que intenta leerla con atención y luego de esa charla aburrida el terrícola sigue la exploración del globo lunar. Cuando vuelve al Ateneo y el francés se dispone a regresar a la Tierra, los anctítonas aprovechan la ocasión para corresponder al cantor de iglesia que, al igual que el autor de esta fábula, reside en Mérida,



con un escrito que no es otro que el mismo que tiene la Inquisición en sus manos.

Tocaba a los hermanos Pedro y Ruperto emitir una calificación sobre la literalidad de la fábula. ¿Qué esperaba el Tribunal de la resolución de los escribanos? ¿Que desenmascararan al farsante o que comprobaran sus méritos retóricos? ¿Para qué? De pronto, la tarea encomendada parecía una pesada losa sobre sus espaldas. ¿Para qué?, percutía en el cerebro. ¿Para tomar la decisión final o para aclarar un punto oscuro en el largo formulario del fiscal, o para enriquecer alguna otra cuestión? Había una lista de casi dos mil libros prohibidos por el Santo Tribunal, ¿esperaban una recomendación de tal naturaleza? Siempre su labor había sido testificar, registrar las sutilezas del interrogatorio, las claras advertencias de los inquisidores, la torpeza de las respuestas, los balbuceos temerosos de los acusados. Hoy se les pedía participar activamente en el enjuiciamiento y posible condenación del reo.

La conversación había decaído momentos antes y mejor se sumieron en las lecturas que hacían: Pedro con la pluma lista para transcribir alguna frase o palabra significativa que saltara de pronto; Ruperto haciendo el esfuerzo por no dormirse.

De cualquier modo, cuando volvieron a cruzar palabras terminaron hablando del motín de los negros que se incubaba en la negra imaginación de los blancos y de las bolas de fuego que se habían visto repetidas veces cruzando el cielo de la capital novohispana.





Negros



¡Tumba, la-lá-la; tumba, la-lé-le;
que donde ya Pilico, escrava no quede!
¡Tumba, tumba, la-lé-le; tumba, la-lá-la
que donde ya Pilico, no quede escrava!

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Villancicos a San Pedro Nolasco

No era solamente la negra imaginación de los blancos. Los negros eran un peligro real para las instituciones novohispanas.

Nunca antes hubo, ni habría después, tan crecido número de esclavos negros en la Nueva España, al grado que apenas había una familia acomodada que no tuviera muchos de ellos a su servicio. Negros inconformes con su estatus, negros que conservaban muchas de las supersticiones de su tierra, negros que contaminaban a los indios y mestizos que de por sí estaban hechos de patrañas y supercherías. Negros que llenaban las calles de la ciudad de Méjico, negros que interpretaban sus danzas tradicionales bajo cualquier pretexto en plena vía pública. Negros congo, angoleños y guineos, negros esclavos a la fuerza, negros del alma y el cuerpo, negros negros.

Acababa de someterse la rebelión de Yanga y Francisco de la Matosa y los negros cimarrones en las selvas de Veracruz; acaba-





ba de azotarse públicamente a docenas de negros para calmar los ánimos de la gente de calidad; acababa de decretarse una ley para prohibir la práctica de danzas negras en las plazas públicas entre las horas del mediodía a las seis de la tarde. Acababa de hacerse todo lo posible para que reinara la tranquilidad. Y los negros amotinados seguían en la blanca imaginación de los blancos.

Caía la tarde, Diego y Juana Inés apuraban el paso. El escapulario comenzó a la hora nona y ya resonaban las vísperas aquí y allá. *Deus, in adiutorium meum intende*, se cantaba en los templos, mientras ellos corrían a un oratorio clandestino. *Domine, ad adiuvandum me festina*, clamó Juana Inés.

Sí, Señor, date prisa en socorrerla porque va derecho a una reunión de pecadores. La ha invitado al festejo don Juan de Galde, paje del virrey, padrino de escapulario de Margarita Harana, esposa del contador Joseph de Villaurrutia, todos ignorantes de que las fiestas privadas están en la mira del Santo Oficio porque no es lícito suplantar los ritos y devociones cristianas con bailes, borracheras y comidas. Pero ¿cómo va a escribir auténticos villancicos si nunca se ha dejado envolver por el ritmo sincopado de la calabaza, la pandere-ta y el sacabuche? No basta lo que escucha cantar a sus esclavas negras ni lo que se mira en las procesiones y en los templos; hace falta llenarse de la atmósfera que se respira en las fiestas populares. Y allá va.

Diego la toma de la mano y no quisiera soltarla cuando cruzan la puerta de la casona y los golpea el tumba, la-lá-la, tumba, la-lé-le, del canto negro, pero no puede retenerla. Juana Inés es un espíritu libre y aunque él quisiera atraparla en sus brazos y adorarla por




siempre, ella se aleja y se mezcla con todos con el pretexto de saludar a los anfitriones y a los conocidos. El paje del virrey, un joven señor apenas mayor en edad que los recién llegados, la lleva a conocer el oratorio cargado de velas encendidas y de imágenes santas y luego a degustar los dulces, las aguas y el chocolate.

Le viene a Diego la memoria de aquel fandango en la tierra caliente, entre indios, negros y unas cuantas personas de calidad, y apenas puede creer que en aquella casa de la capital, entre criollos y españoles, se reúna una chusma parecida a aquélla, destacándose entre las “castas” los negros y mulatos de ambos sexos. En efecto, los Reina, un pequeño grupo de músicos negros, amenizaban la fiesta con la zarabanda y el portorrico y otros ritmos lujuriosos y desordenados.

—*Zarabanda tengue que tengue, zumba casú cucumbé...* —cantaba el negro bien negro y respondía una pareja conga saliendo a bailar.

Diego hizo de tripas corazón y se dedicó a vigilar a Juana Inés a la distancia que ella marcaba, mientras que el atronadero musical reverberaba en su pecho queriéndole atrapar como a los demás atenazando su corazón con un tuntuntún primitivo. No, él no era de éstos. No se dejaría. Pero no bien se lo dijera, los músicos rompieron a tocar el chuchumbé y él empezó a inquietarse porque era un baile escandaloso, no sólo por sus deshonestas palabras y modo de bailar, sino porque se acostumbraba que todos los asistentes salieran a bailar por turno de dos en dos sin quedar nadie al margen, ni niños ni niñas. Estaba a punto de salir pero corriendo de la casa



cuando Juana Inés se cruzó
en su camino y él cambió de opi-
nión. Si habría de bailar con su
querida amiga, lo haría de mil amores.
Sin embargo, en esta ocasión el chu-
chumbé lo bailaron de la forma primitiva
y no como se había vuelto costumbre: los
Reina cantando y tocando y cuatro mujeres y
cuatro hombres de color, bailando con ademanes, me-
neos, zarandeos “contrarios todos a la honestidad y mal ejemplo
de los que lo ven como asistentes por mezclarse en él manoseos, de
tramo en tramo, abrazos, y dar barriga con barriga”.

—*En la esquina está parado* —soltó el cantor.

*un fraile de la merced
con los hábitos alzados
enseñando el chuchumbé.*

Juana Inés sonrió a pesar de que no quería hacerlo y le susurró
a Diego en el oído:

—¿Por qué se meten con los mercedarios?

—*Que te pongas bien* —repuso una voz femenina.
*que te pongas mal,
el chuchumbé te he de soplar.*







La orden fue fundada por Pedro Nolasco en 1235 bajo la regla de San Agustín y con el propósito de rescatar a los cristianos que eran esclavos en naciones hostiles a la cristiandad. Sus miembros se obligaban, por un cuarto voto, a entregarse como rehenes para la liberación de los cristianos cautivos si no tenían el dinero necesario para su rescate. Los mercedarios pronunciaban cuatro votos: pobreza, castidad, obediencia y, cuarto, “estar dispuestos a entregarse como rehenes si ése fuera el único medio de cumplir con su promesa”.

—Esclavos blancos, Diego, ¿lo ves? No negros.

—*Eres Marta la piadosa* —seguían cantando—:

en cuanto a tu caridad

que llega peregrino

que socorrido no va.

—*Que te pongas bien*

que te pongas mal,

el chuchumbé te he de soplar.

Muchos eran, por entonces, los cristianos que eran capturados y vendidos como esclavos a los musulmanes de África, lo que siguió ocurriendo hasta que desapareció la piratería. Los mercedarios cumplieron con la promesa hecha y en su historia constan, perfectamente documentadas, trescientas cuarenta y cuatro redenciones y más de ochenta mil redimidos.

—Y aquí en el reino, ¿sumarán ochenta mil esclavos negros? Que ya son más que los blancos.

—*Cuando me parió mi madre*

me parió en un campanario



*cuando vino la partera
me encontraron repicando.*

*—Repique y repique le han puesto a vuestra merced
si no se enoja se lo diré.*

Y así, con dobles sentidos, chascarrillos y alusiones indecentes, iba el chuchumbé resonando.

—Lo entiendo, Diego, y duele porque no es crítica insana, sino un natural desfogue a quien no le queda sino reírse, burlarse, por no poder hacer otra cosa. ¿Quién no iba a clamar en condición esclava por romper las cadenas?

—¿Estás diciendo, Juana, que la sublevación de Yanga...?

—¿Yanga? —escuchó el platero Pineda, quien puso la casa para festejar el escapulario de doña Margarita Harana.

—¿Yanga? —repitió uno de los invitados, criollo, soldado él— Me tocó ir contra ese demonio, bajo las órdenes del capitán Pedro González de Herrera. Y pese a que éramos un ejército disciplinado y bien armado, daba horror mirar a esos endemoniados.

Salieron de la selva, armados como Dios les dio a entender, con flechas y arcos de los aztecas, arcabuces y espadas del tiempo de la conquista, mazas, macanas, hondas, hachas, escopetas, balles-
tas, puñales, alabardas y palos afilados. Pretendían tomar la población de Córdoba por lo que marcharon día y noche hacia su objetivo, hasta que chocaron con el ejército del rey.

—Gracias a Dios los derrotamos.

—¿De modo que osaron marchar contra Córdoba...? —quiso conocer más detalles el platero Pineda.



Y mientras los demás contertulios celebraban el chuchumbé, el soldado se extendió en una narración que satisfizo ampliamente la curiosidad del platero y del pequeño grupo que se formó entonces para escucharlo.

A las nueve de la noche, la fiesta había acabado. Uno de los últimos invitados que abandonó el lugar corrió a su casa, tres calles adelante, con el Jesús en la boca.

—Que Dios nos agarre confesados —explicó a sus parientes— si es que esos negros endemoniados no se quedan en Córdoba y se siguen hasta Méjico...

El hombre no había estado en el círculo cercano al soldado y sólo escuchó por terceras personas lo de la marcha de los negros a Córdoba. Sin embargo, creía haber escuchado bien, que los negros sublevados iban de nuevo por los caminos del reino. Al otro día era un rumor creciente: los negros se amotinan, ya vienen, ya están por entrar a Méjico.

Nuestro cronista cuenta lo que ocurrió días después, tras la fiestecita, de la siguiente manera:

Mil noticias, o más bien dicho, mil consejas a la cual más extravagantes circulaban por la ciudad de Méjico y por las ciudades vecinas. El nombre de Yanga y de Francisco de la Matosa pasaban de una a otra boca pronunciados con espanto.

Quién aseguraba que en uno de los bosques del camino de Méjico a Veracruz había un campamento en el que se contaban los negros por millares; quién decía que durante las frías noches de febrero,



misteriosas tropas rondaban alrededor de las ciudades como ejércitos de fantasmas evocados por un conjuro, algunos afirmaban que cuando todos los habitantes de Méjico dormían, ellos desde los terrados de sus casas habían visto en las montañas de los alrededores, hogueras que no podían menos de ser contraseñas, y habían escuchado los salvajes aullidos de los negros liberados.

Todo esto se creyó y todo esto dio margen a decir que los negros esclavos, ayudados por los liberados, trataban de alzarse, y hasta se fijó como plazo para esta sublevación el jueves de la Semana Santa.

El rumor no se quedó en las calles. Alcanzó los estratos más altos del gobierno: la Real Audiencia gobernadora participó también del creciente temor y comenzó a dictar medidas de seguridad que generaron más miedo.

Ni Diego ni Juana Inés relacionaron los rumores con lo ocurrido en la celebración del escapulario de la doña de Harana. Uno estaba deprimido por mal de amores no correspondidos y otra no tenía descanso en la corte, componiendo arcos triunfales, sonetos y redondillas y enseñando a la virreina nuevos pasos de baile. En uno de esos días atareados revisó secretamente, en compañía de don Carlos de Sigüenza y Góngora, el caso del autor de las *Sizigias* y *cuadraturas lunares*, y expresaba su confianza en que el Tribunal obsequiaría una sentencia de absolución, con todo y caballo blanco en el desfile del auto de fe.

—El arte es intocable, don Carlos, ¿no le parece? No puede haber censura del Santo Oficio a las obras artísticas, a menos que el artista transgreda algún asunto teológico.



—No la ha habido, por lo menos en el reino. Por eso estamos muy vigilantes del proceso que se sigue al padre Rivas.

—Una herejía contra el arte no la castiga el Santo Oficio —remarcó Juana Inés— sino los discretos con risa y los críticos con censura.

—Exacto, exacto —repitió don Carlos, que en todo asentía a la muchacha.

—Pero supongamos que el Tribunal dicta sentencia de relajación. ¿Qué hacer, don Carlos? No podemos permanecer con los brazos cruzados si el hombre va al patíbulo.

—No tenemos plan alguno al respecto, ¿crees, querida, que debemos ocuparnos de una posibilidad tan poco probable, como que sea relajado nuestro protegido?

Juana Inés asintió. Relajado en el lenguaje inquisitorial significaba entregarlo al brazo ejecutor de la pena capital.

El otro caso, descubierto a tiempo por la Sociedad de los Heréticos, era mucho más delicado, cuanto que el padre Rojas era de origen portugués y de ascendencia judía, lo que significaba, atendiendo a los últimos autos de fe, segura relajación. Lo único que podía hacerse por él, era crearle una nueva personalidad, lejos de la Nueva España, tal vez en Nueva Galicia. Por lo pronto estaba oculto y protegido.



Bolas de fuego



—¿Y de dónde vienen las bolas que hemos visto, hacia dónde van, qué objeto persiguen, cuál es su nombre?

MARTÍN CORTINA

Un rosillo inmortal

Los doctos sabios de la Nueva España, las más celebradas inteligencias del reino, declararon que las bolas de fuego que se vieron en esos días no eran otra cosa que emanaciones del cometa; mientras que el populacho, esto es, la bola de peninsulares, criollos, indios, mestizos, castizos, negros, mulatos, moriscos, albinos, saltatrás, coyotes, harnizos, chamizos, chinos, cambujos, tentenelaire, no-teentiendo, albarazados y las demás castas en que se dividía la sociedad novohispana, el populacho pues, decía que se trataba de brujas. Sí, sí, de brujas. Una conseja que pervive hasta nuestros días.

Lo cierto es que las luces o fuegos esféricos se habían visto repetidas veces en distintos puntos volando ya sobre la laguna, o los canales o sobre los llanos o las casas. Demos nuevamente voz al cronista para que nos dé su versión de lo visto en el pueblo de Izta-calco a las orillas del canal de la Viga:



Dicen los indios,
dicen los mestizos,
dicen las castas: hay
brujas volando sobre
la ciudad de Méjico.





Entre oscuro y claro, canal arriba, muy arriba, aparece un punto luminoso; a medida que se aproxima se va acrecentando hasta convertirse en un globo de fuego, grande, imponente; viene por las vegas en veloz carrera; de repente como que atraviesa con algún accidente del terreno, salta, pierde su esfericidad y le saltan melenas de fuego; recobra el equilibrio, sigue corriendo, sereno, firme, perfecto; a veces, corre como si fuera un punto que se moviera sin alteraciones, pero luego cambia y produce la impresión de que al mismo tiempo que corre, gira sobre sí mismo, pasa frente al puente. Inmediatamente después otro globo corre en la misma dirección; otro y otro más, cuatro, cinco, diez, quince, veinte, uno tras otro; pasan frente a nosotros y allá, muy adelante, el primer globo tropieza, el segundo choca con el primero, todos chocan entre sí, se revuelven y se convierten en una masa informe de fuego; pero como si los globos viniesen impelidos por un soplo vigoroso, la lumbre sigue la dirección que traían aquéllos; las formas vuelven a precisarse y de nuevo sigue el desfile de los globos en rauda carrera.

Esas bolas, al decir de la gente, vienen de más arriba de los puentes de Pipis y Jamaica; van a lugares a veces lejanos, con el fin de causar daño a las gentes. Aquí conocemos esas bolas de lumbre con el nombre de las brujas de La Viga.

Y por otro lado, esto lo decimos nosotros y no el cronista, no faltó quien llamara a esos globos de fuego “las brujas del Paseo de Bucareli” o “las brujas del puerto de San Lázaro” y así con nombres



propios del lugar donde se vieron, porque en esos días se divisaron en todas partes.

Lo cierto es que, aun ahora, no existe una explicación sobre el origen del curioso fenómeno de las bolas de fuego. El populacho afirmaba que eran brujas y de ahí no se le podía sacar. ¡Qué rayos globulares, qué partículas de silicio incendiadas, qué emanaciones de metano ni qué nada: son brujas y ya! Las brujas más poderosas se vuelven bolas de fuego para ir de un lugar a otro, mientras que las segundonas sólo pueden volar como nahuales, ya sea lechuza, gallina o guajolota. Dicen los indios, dicen los mestizos, dicen las castas: hay brujas volando sobre la ciudad de Méjico.

—La gente, a veces, sin querer da en el blanco —dice Teódulo Margarito.

Se encontraba fumando piciate fuerte en un pequeño salón en compañía de la hermosa mulata, quien, bajo la luz de un candelabro, bordaba unas servilletas en punto de cruz. La mujer completó el zigzag de la puntada, alzó la vista, se abanicó el humo del cigarro y se apuró a señalar antes de volver a su labor:

—Se refiere usted al guajolote, por supuesto.

—Exacto, niña; en lo demás andan muy errados.

—Me lo imagino.

—¿Has oído lo que se dice en el Parián? ¿No has andado por ahí?

—No, don, estoy muy ocupada con estas servilletitas. Las quiero para antes de la Semana Mayor. José hace las compras y no me ha comentado nada.



—Pues andan diciendo, para explicarse las bolas de fuego, que hay personas que, a escondidas, devoran gran cantidad de brasas; a medida que las devoran se van convirtiendo en lumbre hasta transformarse en bolas de fuego; ya en esas condiciones salen a volar por todas partes. También se dan otras explicaciones, pero todos coinciden en llamarlas brujas, brujas malvadas que sólo piensan en hacer daño, chuparse a los niños y cosas así... de absurdas.

—¿Absurdas? —repitió la mulata quien había perdido el hilo de la conversación al picarse un dedo con la aguja.

—Sí, ¿o has chupado alguna vez a una criaturita?

—No, claro que no; es absurdo. No hay quien lo haga, usted lo sabe. Ni falta que hace.

Teódulo Margarito asintió; ambos quedaron pensativos y por un momento sus pensamientos se cruzaron y trasladaron al viejo continente a aquellos países civilizados donde tenía lugar una locura colectiva llamada caza de brujas.

—Por eso, niña, ¿estás en la que llaman América española? —pensó el indio.

La mulata no respondió y, posiblemente, ni siquiera escuchó el pensamiento del otro.

—Sí, aquí —siguió mascullando el indio para sus adentros— al menos, la Inquisición sigue un complejo proceso judicial, y no prosperan con facilidad las acusaciones falsas de brujería, como ocurre en el territorio del Sacro Imperio Romano Germano donde labora el padre Kircher, en la Francia de Moliere, en la Inglaterra de Newton, y no se diga en la Helvetia de Rembrandt. ¿Irán ellos a ver con el



populacho la quema de brujas o esconden la cara bajo la almohada o les importa un cacahuete? Allá, sí, ante cualquier acusación falsa, no hay defensa posible. Lo malo aquí es cuando las acusaciones son ciertas, como en nuestro caso, niña.

En efecto, pese a que técnicamente ni los chamanes ni las curanderas caerían dentro de la categorización de brujería, cuanto que no tenían tratos de ninguna clase con el demonio, lo cierto es que sería muy difícil explicar a los inquisidores el origen de sus conocimientos y poder energético y salir bien librados en el intento.

En ese mismo momento, Teódulo Margarito se recuperaba de un vuelo guajolotero sobre las afueras de la ciudad de Méjico. Salía últimamente a otear los caminos, sabedor de que algo especial se avecinaba por ellos. Aún no sabía qué, pero la jícara de pulque azul le mostraba una y otra vez una piara de marranos y nada más. ¿Qué demonios significaría esa visión? Cerdos, marranos, cochinos. Pudiera tratarse de algo simbólico que tuviera que ver con los marranos, los judíos españoles, o un mensaje a interpretar como los sueños (un cerdo gordo y sano anuncia éxito en los negocios), o interpretarse según el horóscopo chino (las personas nacidas bajo este signo son los más honestos y generosos) o buscarle significados al coyámel, el sancho indígena, el pecarí (lluvias tempranas, inundaciones). El caso es que la jícara de pulque azul lo conminaba a estar atento a la piara de cerdos y por eso, desde hacía una semana salía su nahual a volar a distintas horas de la tarde noche. El guajolote volaba raudo y veloz a baja altura. Su constitución física le impedía alzarse sobre las torres de las iglesias; apenas lograba



sobrevolar las azoteas o terrados de las casas, pero pasaba como un rayo, casi sin ser visto. Y eso le bastaba a Téodulo para tener una vista privilegiada de la ciudad y era la causa de que al atravesar su nahual, que es una forma energética superior, sobre ciertas condiciones atmosféricas se produjera un peculiar fenómeno entre electrostático, cuántico y magnético, que daba origen a los globos de fuego que tanta curiosidad y alarma despertaron en los doctos estudiosos de los cometas y el populacho crédulo de todo.

—¿Nada? —salió la mujer de sus pensamientos.

—Nada —repuso el indio—, nada que ver con los cerdos.

El humo del piciate lo revivificaba, pues había quedado exhausto después del vuelo de esa tarde noche. Lo bueno era que contaba con la hospitalidad de la mulata, conversación amena, chocolate espeso, galletas y panecillos de las hermanas clarisas todos los días y el apoyo incondicional en la misión a la que estaba entregado. Misión que todavía no alcanzaba a comprender, por cierto. Tenía piezas sueltas, como si se tratara de un rompecabezas, pero ninguna encajaba en el asunto que lo había echado a caminar y que más tenía en mente: el caso del fraile retórico cuya sentencia estaba a punto de ser dictada por el Santo Oficio. Había intentado acercarse a Juana de Azbaje para informarse del caso, pero al buscar referencias en el pulque azul, éstas lo habían conectado con la hermosa mulata y luego con la piara de cerdos que corrían en desbandada. Su intuición le decía que estuviera atento a los cerdos y no a otra cosa, y eso era lo incomprensible, pues ¿qué tenían que ver los cerdos con el autor de las *Sizigias y cuadraturas lunares*?



La hermosa mulata había soñado con Circe, la hechicera de la isla de Eea, el mismo día en que Teódulo Margarito llegó a su casa. Recibió al chamán indio con mucha deferencia y mayor curiosidad. El viejo contó que tenía una misión en puerta, una misión sugerida por las visiones que le proporcionaba la vasija azul de Tezcatlipoca, el Espejo Humeante de los aztecas, mismas que lo impulsaron a buscarla aun sin conocerla. La mulata acostumbrada a vivir sola, no le hizo gracia hospedar a un extraño y encargó a su criado que buscara una posada para el indio; sin embargo, cuando Teódulo Margarito consultó la jícara de pulque azul en su presencia y apareció por primera vez la piara de cerdos en presuroso desorden, ella comprendió que deberían trabajar en equipo. Lo acomodó en una habitación y mandó comprar un género de algodón para ponerse a bordar servilletas, convencida de que el asunto que el indio traía entre manos era también de su incumbencia y que la piara de cerdos y Circe eran una clave que habría que interpretar juntos.

Un día los bordados estuvieron completos, las servilletas terminadas y la Semana Mayor en puerta.

Teódulo Margarito hizo el enésimo vuelo sobre la ciudad de Méjico y, por primera vez, encontró algo extraño: las calles vacías desde temprana hora, luna a punto de llenarse sin trasnochadores, sin fiestecitas ni jolgorios, las iglesias cerradas...

Hasta entonces repararon en el populacho, el que creía en brujas que chupaban a los niños y en toda clase de supersticiones y rumores.

—Que los negros cimarrones preparan un sangriento motín.



Sí, la famosa sublevación de los negros que se rumoraba desde aquella fiestecita.

Los detalles del motín eran escalofriantes: había un ejército de negros fantasmales rondando las ciudades a la espera de la señal que daría el mismo Yanga, para atacar las ciudades, liberar a los esclavos y asesinar a todos los blancos, hombres, mujeres y niños. Luego nombrarían un rey negro y una reina negra y su corte negra. Se repartirían los títulos nobiliarios entre ellos y ocuparían los palacios, las casonas, los palacetes de los blancos. No habría lugar en ese reino para nadie más que puros negros. Hasta los indios se sintieron amenazados y acordáronse de que un negro de nombre Gudela, muy gracioso truhán al decir de Bernal Díaz del Castillo, trajo las viruelas a la Nueva España en la expedición de Cortés.

Todo esto lo sabía el tendero, el peluquero, los alabarderos, las monjas clarisas, los hermanos de la Merced, los estudiantes de San Ildefonso, todo el mundo. Hasta el día preciso de la sublevación era bien conocido: el Jueves Santo a la hora de la procesión.

Ante esto se suspendieron las procesiones y las fiestas de la Semana Mayor, las iglesias permanecieron cerradas y en todos esos días a las oraciones de la noche no se encontraba en las calles a un solo transeúnte.

Despistados como eran, o mejor dicho concentrados en otras cosas, hasta entonces la hermosa mulata y el indio se enteraron del asunto.

Muy a tiempo. Ahí estaba la clave.

Sí, en efecto, la piara de cerdos... y la sublevación eran una.



¿Cómo había que explicárselo? ¿Cerdos y negros? ¿Circe y Odiseo?

No había forma de saberlo a través de la jícara azul, ni con las suertes de maíz pinto ni con los humos del piciate; se requería algo cien veces más fuerte: la hierba del diablo. Llevaba consigo una pequeña dosis de los brebajes preparados en su choza, listos para combinar los siete jugos preciosos en las debidas proporciones. Trece gotas de uno, medio vaso de otro, un cuartillo de agua, cinco semillas de la planta hembra y todos los demás ingredientes en el orden preciso y la dosis exacta. Y, al final, todavía caliente, casi quemante, beberlo en cualquier jarro que le presten porque el suyo, aquel que parecía florero lo dejó en su choza. ¡Oh, Dios mío; oh, Espejo que humea; oh, Cristo resucitado; oh, *my goodness!* Aquello sabe a cucarachas, pero lo llena de energía, de poder, de todo lo que quieran. Y de pronto lo golpea y lo deja tundido en el piso envuelto horas enteras en horribles pesadillas hasta que se hace la luz y comprende que la hierba del diablo le ha dado todo su poder. Sin embargo, no despierta, sino que empieza a soñar y mira el horror que viene con la piara de cerdos y lo que ve es aquello que contaría el cronista en un futuro:

Por casualidad, el Jueves Santo a medianoche entró a Méjico una piara de cerdos, y como todos los ánimos estaban preocupados y esperando el terrible acontecimiento, el primero que oyó el gruñido de aquellos animales se figuró que eran las voces de los negros que entraban a la ciudad, y esparció la alarma, y aquella alarma fue tan



grande y tan espantoso el pánico que se apoderó de todos los vecinos, que nadie se atrevió a salir de su casa a cerciorarse de la verdad, hasta la mañana del día siguiente.

En estas zozobras se pasaron la Semana Santa y los días de Pascua.

No puede saberse con seguridad si la Audiencia descubrió realmente alguna conspiración, o quiso con un ejemplar ruidoso calmar los ánimos y acobardar a los negros por si pensaban en rebelarse; lo cierto es que apenas pasó la Pascua, Méjico presencié una de las más horrosas ejecuciones de que haya memoria.

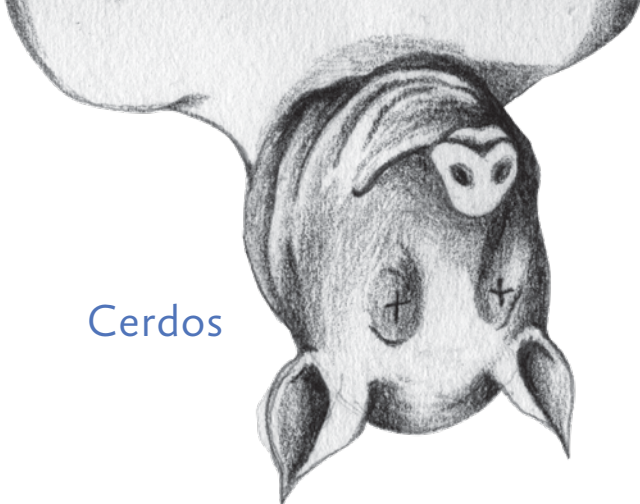
Veintinueve negros y cuatro negras fueron ejecutados en el mismo día y hora en la plaza mayor de la ciudad.

Se despertó bañado en sudor, temblando y con lágrimas en los ojos. Era de espanto el espectáculo que vio ocurriría en la ciudad de Méjico.

Y si esto era la crónica del futuro inmediato, ¿se podría cambiar, afectar por las acciones del presente? Y si no, ¿para qué se las mostraban?



Cerdos



Después que se lo hubo ofrecido y lo bebieron, golpeólos con su varita y los encerró en las pocilgas. Quedaron éstos con cabeza, voz, pelambre y figura de cerdos, pero su mente permaneció invariable, la misma de antes. Así quedaron encerrados mientras lloraban; y Circe les echó de comer bellotas, fabucos y el fruto del cornejo, todo lo que comen los cerdos que se acuestan en el suelo.

HOMERO

Odisea

—Anda, José, a ver a esa niña Juana Inés, dama de la virreina, para entregarle una nota de nuestra parte.

El negrito poeta se encogió de hombros, a disgusto; no pudo ocultar su malhumor y repuso con majaderías, la menos soez de las cuales era la que reproducimos como respuesta suya:

—Vaya usted, indio igualado, que no soy criado suyo.

Y echando pestes en contra de Teódulo Margarito, el negrito poeta salió a la calle a vagar como acostumbraba.



La razón de la contrariedad del vate, tenía que ver con una de las anécdotas suyas más celebradas que se referían en ese tiempo en Méjico.

Eran tiempos en que la poesía reinaba entre las artes y en todos los estratos sociales, de suerte que el barbero era una autoridad en versificación, lo mismo que el cura y el boticario o el simple estudiante de bachillerato y, por lo mismo, la habilidad del negrito poeta para improvisar unos versos a partir de alguna sugerencia extravagante era muy apreciada por sus contemporáneos, quienes no sólo celebraban su ingenio, sino que constantemente lo retaban a demostrarlo.

Así que un día llegó a una botica a comprar un bálsamo magistral y, al momento de entrar, el boticario, que hablaba con un cura acerca de los cabellos que difícilmente brotaban en su calva, dijo: “Los cabellos penden de...”

Al aparecer el negrito poeta, el boticario interrumpió la frase y el cura, que conocía al negro, por excitar su habilidad, le dijo:

—Tienes un peso como troves esto que acaba de decir el señor, a saber: “Los cabellos penden de”.

El negrito con su acostumbrada prontitud dijo:

—*Ya ese peso lo gané
si mi saber no se esconde.
Quítese usted, no sea que
una viga caiga, y donde
los cabellos penden, dé.*



Esto fue muy público en Méjico y tan celebrado por la dificultad del pie, que no faltó quien diera a Juana Inés el mismo para que lo trovara. Juana Inés, dama de la virreina, célebre ingenio y literata famosa desde muy joven, no pudo trovarlo sin hacer verbo la nota de posesión de genitivo, como lo hizo el negro. Se disculpó en una décima y elogió la facilidad del negrito poeta.

Lejos de envanecerse por haber sido alabado por la poetisa mayor de la Nueva España, quien con el tiempo merecería el epíteto de la Décima Musa de Apolo, se avergonzaba de haber sido involuntario rival suyo, él un pobre negro que ni siquiera sabía leer ni escribir. Se dejaba celebrar por el común de la gente, porque a través de su ingenio lograba unas monedas o unas tortillas, pero era consciente de que sus rimas por más ingeniosas que fueran, jamás serían comparables a las églogas, elegías, sonetos, redondillas, villancicos de los laureados poetas líricos, dramáticos, retóricos, satíricos... Lo suyo era la rápida improvisación, el disparate ingenioso, el trovar un pie dado por difícil o rebuscado que se lo dieran. Y cuando retaron a Juana Inés, la favorita de la virreina, con el mismo pie que él acababa de trovar, lejos de envanecerse porque la joven doña no pudo hacerlo, el pobre diablo que era él, ante los elogios que Juana Inés le dedicara, se sintió pequeño, arrepentido de haber trovado aquel pie al parecer imposible. Maldecía a quienes habían llevado el reto a la muchacha, porque entonces se hacía más evidente la pobreza y majadería suya. No podía hacerse presente ante ella, por temor a revivir la anécdota que lo avergonzaba acrecentando su bochorno.





Ésta era la razón por la que se negó a llevar la nota.

Sin contar con un criado de confianza, el indio tuvo que hacerse presente en el palacio virreinal. Entonces no hizo falta la nota, sino que cobrando confianza refirió con palabras la necesidad que tenían de ayuda para evitar una enorme tragedia.

Juana Inés, rodeada de sus esclavas negras, recibió al indio en la antecámara, transformada en una prolongación de su biblioteca y su cuarto de estudio; Teódulo Margarito explicó brevemente en lengua náhuatl que llevaba un gran secreto a compartir y la joven dama despidió a las negras. La conversación siguió en el mismo idioma y se prolongó por más de hora y media, tiempo que Juana Inés hizo aguardar a los amigos que esperaba. Cuando despidió al indio, los recibió muy excitada.

El primero en saludar fue Diego, su enamorado número uno y a quien hemos conocido ya; enseguida pasaron Camilo, Cándido, Mateo y Ernesto, sus enamorados dos, tres, cuatro y cinco, respectivamente. Compañeros de estudios, no pasaban de los diecisiete años. Estudiaban en San Ildefonso y con ella constituían el brazo juvenil y armado de la Sociedad de los Herméticos. Acudían a su estudio todos los segundos martes del mes, en las tardes, para recibir instrucción sobre temas diversos que iban desde razones de física hasta propiedades de las plantas; en ocasiones se veían en el local de la sociedad de la que eran miembros, para tratar asuntos delicados. La Sociedad de los Herméticos se había formado ante el acoso que sufrían, por parte de autoridades mayores y menores, los artistas y sabios, los miembros de cátedra de la universidad y en



general los librepensadores. El propósito de la sociedad era proteger a la comunidad científica y artística de la Nueva España y, si el caso ameritara, llegar al extremo de enfrentar a la misma Inquisición. Los principales herméticos eran personas de edad proveyta, inútiles para el manejo de las armas en caso de que no tuvieran más remedio que, por ejemplo, asaltar los calabozos de la Inquisición. Para eso estaba la rama juvenil de la sociedad.

Unos niños, se dijo Juana Inés al saludarlos. Siempre se lo decía, pero ahora los miraba complacida cuanto que habían logrado salvar de ser apresado a un buen hombre. Por lo pronto, lo mantenían en una casa recuperándose de una herida que, por suerte, no era fatal. Es verdad que corrieron con demasiada suerte, que el alguacil, furioso, sintiéndose burlado, no mandó montar guardia en el colegio ni en las calles aledañas y eso facilitó la fuga. Todo había sido tan sencillo que no podía creerse. El padre Rojas simplemente esperó la hora de la siesta para salir de su escondite. Cuando bajaba temeroso las primeras escaleras, se topó con Mateo quien lo encaminó después a la salida. Llevaba las ropas ensangrentadas, pese a que había taponado la herida con un pañuelo y hubiera tenido que cambiarse de ropas de no haber sido porque se cubrió con el manto del uniforme de Ernesto para salir sin despertar sospecha. Resultó tan sencillo que el único mérito de los muchachos fue estar atentos y haber sido oportunos.

—Siento recibirlos con este atraso —se disculpó con ellos—. Es poco el tiempo que tenemos antes de que empiece a anochecer y tengan que retirarse.



—Es verdad, nadie debe andar en las calles cuando caiga la noche —señaló Camilo, el más joven de los estudiantes.

Diego saltó inconforme y exclamó:

—Patrañas, sólo buscan meter miedo a las gentes...

—Lo han conseguido. Ayer noche, en las calles no había un alma... —pronunció Ernesto. El muchacho pasaba parte de las horas nocturnas en la azotea de la pensión de estudiantes, una vieja casona en la calle de Montealegre, contemplando las estrellas, contabilizando las bolas de fuego y las estrellas fugaces que cruzaban el cielo. Desde su observatorio, sito en una esquina que daba a una plazoleta, tenía una vista magnífica de varias calles de la ciudad.

—¿Y tus bolas de fuego...? —preguntó Camilo un tanto burlón cuanto que no tomaban en serio las observaciones de Ernesto.

—Siguen apareciendo... Me pregunto, ¿no tendrán relación con la sublevación de los negros?

—¡Y dale con la sublevación! —exclamó Diego con mayor vehemencia esta vez— Los negros están muy atareados bailando y cantando, como para pensar en motines, ¿no es así, amiga?

—A lo mejor bailan y cantan para aliviar los rigores de la esclavitud —respondió Juana Inés—, pero no para dejar de pensar.

—¿Crees entonces en el rumor que se ha extendido?

—Pienso que los rumores en sí, cuando se extienden de esa manera, son peligrosos, sobre todo si hay fenómenos incomprensibles, augurios funestos y los planetas no se presentan favorables...



—Eso digo yo —intervino Mateo—, las bolas de fuego han puesto nerviosos a muchos vecinos, incluso a los indios y a los negros. Dicen que son brujas.

—Son emanaciones del cometa; ya lo dijo el padre Calderón y lo repiten otros sabios —repuso Ernesto.

En este tono siguió la conversación y no tardó Juana Inés en afirmar que la Astrología Judiciaria, en la que era versada, encontraba muy mal aspectados a los planetas, para luego añadir con toda intención de abordar el tema que traía en la cabeza:

—Hay muchos cuentos o historias que hablan de espejos mágicos, platos y cazos con líquido mágico, esferas de cristal, anillos mágicos... que permiten ver lo que ocurría tras los bosques, tras los valles, tras los anchos mares y tras el fin el mundo... ¿Y si tuviéramos uno de esos objetos maravillosos?

Diego, soltó de manera irónica:

—Si tuviéramos una esfera mágica podríamos saber la naturaleza de las bolas de fuego y hasta la verdad o mentira que hay atrás de los rumores que mantienen a las gentes en vilo.

—Y no sólo eso, sino que podríamos prever hechos futuros... —agregó Juana Inés sin ironía alguna.

—¿Qué dices? —preguntó Diego.

—¿Qué veríamos...? —exclamó Camilo.

Juana Inés se tomó un momento para responder:

—Algo terrible: la ejecución de docenas de negros, tal vez inocentes, a causa de un simple rumor...

—¿Cómo crees eso?



—Alguien lo ha visto en uno de esos espejos mágicos y me lo ha venido a contar. No puedo dar detalles por ahora, pero es necesario hacer algo para evitar que ocurra una tragedia.

—Si alguien tiene un visión auténtica de lo que ocurrirá en unos días, es que así ocurrirá; el futuro no se puede cambiar —razonó Ernesto—; si se pudiera cambiar lo que se ha visto diciendo que es el futuro, esa visión premonitória sería falsa, ergo nunca ocurrirá ni será futuro.

—Estaría de acuerdo con tu razonamiento —admitió Juana Inés—, pero la misma Astrología Judiciaria nos dice que las estrellas marcan los rumbos, pero es el hombre el que ha de seguirlos, así que el destino de los hombres lo labran ellos, no las estrellas. Ellas te indican hacia dónde marca tu camino y tú decides si sigues la corriente o vas en contra, de suerte que puede, si no cambiarse del todo el destino, sí alterarse favorablemente cuando las condiciones son adversas y hasta arruinarse por algunas necedades cometidas un destino promisorio...

—¿Qué sabes, amiga? —detuvo Diego con un gesto al discutidor Ernesto dando a entender que había que atender a la muchacha.





—Va a entrar este Jueves Santo al atardecer... una piara de cerdos. Las gentes esperan a los sublevados y cuando entren los cerdos, creerán, encerrados en sus casas, sin verlos siquiera, que son los negros. Unos días después, para escarmiento de todos los conspiradores, pero en realidad para tranquilizar al reino, tendrán lugar las ejecuciones más horrosas de que haya memoria.

—Hoy es martes —murmuró Camilo.

—¡Dios Santo! ¿Y qué podemos hacer nosotros?

—Nada, es cosa de que don Carlos de Sigüenza o la virreina, si se deja convencer por mis alegatos, solicite a la Real Audiencia que acepte el ofrecimiento de una gran hechicera para salvar a la ciudad.

—¿Hechicera?

—Conocen la historia de Circe. Imaginen pues que los negros sublevados son convertidos en cerdos ante los ojos de los oidores y magistrados... Sería un justo castigo para quienes atentan contra el rey. Pensamos, el informante y yo, que la Real Audiencia quedaría complacida con este escarmiento al grado de evitarse el baño de sangre.

—¿De verdad tiene tanto poder esa hechicera?

—Dije que entrará una gran piara de cerdos, todos creerán que son los sublevados, y la hechicera sólo fingirá que los ha transformado en cerdos.

—¿Y quién fingirá ser esa hechicera?

—No habrá fingimiento, la hechicera existe, es real. Tiene fama.



—Insisto: es martes ya —clamó Camilo—, ¿hay tiempo para convencer a la Real Audiencia...?

—Empezaré las gestiones apenas hable con don Carlos, de modo que tendremos que despedirnos.

Se produjo un minuto de desconcertante silencio hasta que Mateo lo rompió con una pregunta.

—Y nosotros, ¿qué haremos en tanto?

Diego se apuró a responder:

—Estaremos al frente; si de verdad vienen los cerdos, los dejaremos pasar; si son los sublevados, haremos algo para detenerlos.

Camilo respiró profundamente, soltó el aire en un suspiro y masculló:

—Correr.

Y enseguida abandonaron el salón.

Contra todo pronóstico, la Real Audiencia, gobernadora del reino, acogió con entusiasmo la propuesta de don Carlos Sigüenza y Góngora una de las cabezas secretas de la Sociedad de los Herméticos, si bien al principio la idea de aceptar el ofrecimiento de una hechicera para aplastar la sublevación de los negros se recibió con extrañeza y escepticismo.

—¿Convertir al ejercito de negros en una piara de cerdos? —era algo que no cabía en la cabeza—, ¿puede hacerlo?

—Excelencia, es una moderna Circe, una hechicera muy poderosa, según me cuentan.

—Considere que si llega esto a oídos del Tribunal del Santo Oficio, tendría que declarar cuál es su relación con esa bruja...



—Lo bueno, Excelencia, es que hoy, en esta reunión apresurada, el Tribunal tiene oídos sordos, tal como fue su promesa.

Finalmente, los argumentos que esgrimió el sabio doctor en Ciencias, Historia y Literatura acabaron por convencer al señor corregidor, cuyo parecer era siempre imitado por los altos prelados, en esta ocasión, porque nada se perdía por dejar por el momento el motín en otras manos.

—Bueno, que se dé permiso a la hechicera para proceder en contra de los sublevados.

De por sí no había fuerzas suficientes para enfrentar a los miles de negros que se decía rodeaban ya la ciudad de Méjico, y si se les derrotaba de esa mágica manera, qué mejor; y si la magia no tuviera efecto alguno sobre la rebelión, sólo quedaría demostrado lo falsa que era la hechicera. Hasta podría entregársela al Santo Oficio.



Jueves Santo



—¿Cómo dices eso? —respondió don Quijote— ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

—No oigo otra cosa —respondió Sancho— sino muchos balidos de ovejas y carneros.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Don Quijote de la Mancha

Desde temprana hora las calles de la ciudad de Méjico, ese Jueves Santo, eran las de una ciudad fantasma, vacías; ni por equivocación deambulaba un alma por ellas. Todo el mundo esperaba a los negros sublevados en el refugio de sus casas, bajo trancas, candados y las Llaves de María. Nadie osaba hacerles frente de otra manera sino escondidos en sus habitaciones. Ni siquiera la compañía de alabarderos de la Guardia del Excelentísimo Señor Virrey, como se le nombraba, ni la guardia de alguaciles y regidores; todos los defensores del reino se guardaron en sus cuarteles, bien atrancadas y aseguradas las puertas.



A punto de caer la tarde, cuando en los templos resonaban las vísperas, el guardia Vélez se unió a la oración de la tarde.

—Dios mío, ven en mi auxilio... —rezaba, y él mismo se respondía mentalmente con la mayor devoción— Señor, date prisa en socorrerme.

Y tras la oración del atardecer, encomendó su alma al Creador, y al momento un halo luminoso empezó a alzarse en el oriente, más allá de los canales, lagos y charcos que aún subsistían en la ciudad de Méjico, como si el Creador respondiera a sus oraciones. Era la luna. Grande y redonda, llena, resplandeciente.

—Tendremos iluminación natural —dijo el cabo Yáñez.

—Qué suerte, eso de andar a tientas por las calles, aun para la guardia real, es bastante arriesgado.

En efecto, bajo un portal de la plaza de Santo Domingo, ante el magno edificio de la Santa Inquisición, el subcomandante Matienzo y sus hombres se aprestaban a hacer la ronda acostumbrada y a cumplir con una nueva misión: dar fe del arribo a la ciudad de los sublevados.

El lector merece entonces una disculpa por lo que el autor ha escrito en los anteriores párrafos: no todo el mundo estaba encerrado en sus casas, no; seis valientes soldados estaban a punto de hacer su labor de vigilancia nocturna, que seguían haciendo noche a noche. A favor del autor que acaba de hablar de calles desiertas, habría que decir que esta vigilancia se hacía tan a la carrera en esos días que su paso por las calles era como una exhalación, verdaderos bólidos humanos que pasaban tan rápido que unos segundos



después las calles volvían a quedar desiertas. Esta vez no sería así, porque se les mandó vigilar la entrada a la ciudad por el Camino Real, hacer guardia toda la noche, por donde se esperaba arribaran los negros sublevados. Iban uniformados en esta misión, tal como era costumbre hacerlo en la ronda nocturna.

Marcharon bajo la espléndida luz de la luna y, antes de abandonar la parte poblada de la ciudad, hicieron alto a las orillas del lago de Texcoco y se parapetaron en las ruinas de una casa abandonada de la que no quedaba sino un muro de adobe y piedra con el marco de una pequeña ventana. Acababa de caer la noche en medio de un silencio pavoroso apenas hollado por los ruidos que traía el viento y el canto intermitente de los grillos y de las ranas que habitaban los pantanos de los alrededores. La laguna iba cediendo terreno cada día, las aguas se retiraban más y más, por causas naturales o por acciones del hombre, y sólo dejaban esos sucios encharcamientos, lodazales y pantanos hediondos.

El guardia Vélez seguía rezando secretamente. Bajo su disfraz de monja carmelita, los laudos, las vísperas y toda la liturgia de las horas le resultaba de lo más natural; metido, un poco a la fuerza por los kilitos que había subido últimamente, en su uniforme de la guardia del virrey, seguía siendo un fiel cristiano, como era de cajón en esa época si quería uno evitarse problemas con la Santa Inquisición. Solía, en los momentos de crisis o peligro, si era de noche, buscar en el horizonte nocturno ciertas estrellas que a veces, tal vez cuando más auténtica era su devoción, formaban una cruz, como si una mano invisible la dibujara en el cielo, en un gesto

de bendición que lo reconfortaba. Las buscó ansiosamente, pero aunque ahí estaban llameando débilmente muy bajo sobre la laguna, él no las pudo ver porque el resplandor de la luna llena que empezaba a alzarse opacaba el cielo. El guardia Vélez ignoraba que se trataba de la Cruz del Sur, una constelación invisible a la latitud de España, pero visible, apenas sobre el horizonte, a la latitud de la ciudad de Méjico, en donde se le puede admirar únicamente en el cielo primaveral.

Por esto en ocasiones la lograba encontrar y otras no, según la estación del año. No ver la cruz en el cielo, le dio mala espina. Algo andaba mal. Este presentimiento aumentó la inquietud que de por sí reinaba en toda la sacrificada guardia secreta del virrey.

Algunas veces, cuando el viento arreciaba, le parecía percibir el galope de un caballo o el rumor sordo de carros que se acercaban. Él y sus compañeros estiraban el oído para poner toda su atención, pero luego todo cesaba, menos la inquietud de los vigilantes que crecía a medida que avanzaba la noche. Nada se divisaba a ambos lados del camino y nada sobre la laguna donde una neblina densa se tendía sobre la superficie de las aguas.

De pronto el viento trajo no sólo un galope tendido y un rumor de carrozas, sino voces y pa-





sos. Procedían del lado de la ciudad. ¿Habrían entrado dando la vuelta por los pantanos o por alguna de las otras entradas posibles? La ciudad tenía accesos por todos lados. Ellos habían escogido el camino real que venía de Puebla y Veracruz, pero no dejaban de ser vulnerables otros sitios, tanto por la laguna como por tierra. Medio siglo después se instalarían trece garitas para controlar la entrada y salida de mercancías y personas a la ciudad, pero en los años en que tiene lugar esta historia no había un control aduanal estricto ni eficiente.

Matienzo asomó del escondite y se fijó en las sombras lejanas que parecían andar envueltas en sombras. Sí, de ese lado se escuchaban voces, voces chillonas e ininteligibles. Ochoa se arrojó tras el subcomandante, a quien tenía por valiente, dejando al cabo Yáñez al lado de los otros miedosos. Al cesar el viento, las voces se apagaron, pero en cambio una luz chisporroteó en las sombras.

—¡Los negros! —exclamó el guardia Ochoa de viva voz.

Matienzo le tiró un codazo en las costillas para advertirle que no gritara y allá, a lo lejos, la luz se apagó.

Allá a lo lejos, alguien por su cuenta dijo:

—¡Idiota, no es hora de marearnos con tu chamal!

El aludido había encendido una pajueta con toda la intención de prender una hojita de papel retacada de tabaco de humo, y el dueño de la voz que reclamaba tan airadamente se la había apagado.

—Si no es ahora, Diego, ¿cuándo?

Diego.



Sí, era él, en compañía de los otros muchachos que conocemos.

Se habían detenido quinientas varas atrás en medio de la calle; sin precaución alguna hasta entonces. Adelante, la suave neblina que flotaba en las aguas reptaba en tramos del camino. Era mejor detenerse y guardarse en un baldío al costado de la barda de una casa abandonada.

—Aquí esperamos, ¿te parece, Cándido?

—¿Ahí me puedo echar mi cigarro? —era Mateo, a quien apodaban Gitanillo.

—¿Cigarrón, dices? —pronunció burlón Camilo— ¿Vas a chupar un saltamontes o una cigarra?

Mateo no respondió, sino que se apuró a encender la pajuela y con ella el cigarro.

La burla de Camilo se debía a que la palabra cigarro, en efecto se derivaba del cigarrón o saltamontes, debido a la semejanza en color y perfil entre el chamal y el saltamontes.

—Aléjate veinte pasos cuando menos —reclamaron Ernesto y Camilo juntos.

—Tontos —repuso el aludido—, deberían de probar un papeli-
llo; no saben de lo que se pierden.

—El tonto eres tú, acayete. No sé qué placer encuentras en esa práctica primitiva, propia de salvajes.

Contra esta opinión, cabe aclarar que fumar era ya una moda en todos los países, lo mismo en los bárbaros que en los civilizados, y, seguramente, más que una moda, un hábito o vicio difícil de abandonar.



El chamal era el original cigarro maya, tabaco envuelto en espata u hoja de maíz, en contraste con el *acayetl* azteca, en el que las hojas del tabaco secas y enrolladas o revueltas se metían en un canutillo hueco de caña, barro, plata, piedra, hueso o madera. Teódulo Margarito utilizaba a veces una pipa de barro para fumar su tabaco mezclado con liquidámbar y otras sustancias, pero la mayoría de los fumadores se inclinaba por el cigarro de maíz y por el cigarro puro que se envolvía en una hoja de tabaco en lugar de una de maíz. Según estas preferencias, a unos fumadores se llamaba acayetes y a los otros, poquetes, dos aztequismos de moda entonces. El chamal maya, por cierto, luego de compararse con el cigarrón y darle nombre, dio pie al cigarro de papel, invención novohispana de mediados del siglo XVI, y la típica forma mexicana de utilización del tabaco, recibiendo las designaciones abreviadas de papelote, papelete, papelillo o papelito.

—¡Qué placer! —se decía el muchacho mientras se dejaba envolver por el humo del tabaco.

Era difícil definir su gusto, el momento de contemplación interna, el deleite que le proporcionaba el cigarro, la tranquilidad que lo envolvía. La única explicación era esa que sentía: inexplicable con palabras. Era un momento de mirarse uno mismo, de sentirse, de comulgar con su esencia, aun cuando estuviese mirando la barda de adobes o contemplando en el cielo esas bolas de fuego que... ¡Cielos, las brujas!

En efecto, allá lejos, unos globos de fuego cruzaban el espacio dando saltos en el aire.



—¡Ahí están! —exclamó Ernesto— Véanlas, amigos, no son producto de mi imaginación ni de la histeria colectiva.

No se miraban tan brillantes como el muchacho decía que eran, tal vez porque palidecían ante la luz de la luna que alumbraba la noche. El caso es que los cinco mozalbetes fueron testigos de la aparición a lo lejos de unas bolas de fuego, y luego de un par de minutos, de su súbita desaparición. Pero apenas los globos de fuego se habían esfumado, algo muy cerca, casi encima de ellos, pasó volando raudo con un aleteo sincopado.

—Lechuza —señaló Camilo.

—Zopilote —corrigió Cándido.

—A mí me pareció un guajolote —dijo Mateo.

—Ya estás mareado con esa cosa —le contestaron, pese a que era él quien tenía razón.

El nahual de Teódulo Margarito iba como bólido al encuentro de los cerdos y a pesar de la rapidez con que volaba, los muchachos lograron ver su figura bañada por los rayos de luna. El plumaje relumbraba como si echara chispas tras de sí.

—En la primera luna llena posterior al equinoccio de primavera —había explicado Ernesto a sus amigos— se celebra siempre el Jueves Santo.

Teódulo Margarito, gracias a esa antigua previsión para mover en el calendario la Semana Santa, tenía una visibilidad perfecta y, tras dos horas circunvolando el perímetro de la ciudad, por fin había divisado los cerdos allá, no muy lejos ya, en el Camino Real. Cincuenta o sesenta cerdos gordos, bien cebados, cerdos grandes



de cinco, siete y nueve años, los mejores del rancho La Providencia. Los arreaban marraneros expertos en su conducción, algunos perros y unos gañanes.

En menos de media hora estarían entrando a las primeras calles de la ciudad.

Bien, ahora había que pensar qué hacer y cómo hacerlo. Tenía poco tiempo para tomar una decisión. Se posó en la rama de un árbol de colorines desnudo de hojas y cargado de flores y quedó a la espera del arribo de la piara.

El guardia Ochoa, por su parte, no se cansaba de rememorar la noche aquella en que el demonio sobrevoló sobre su cabeza.

—Era igualito al que aparece en el *Silabario de San Miguel* —contaba al guardia Vélez.

—Exacto, pero algo más gordo —precisaba el cabo Yáñez.

—Sí, al primer golpe de vista, pensé que era un pájaro gordo y feo...

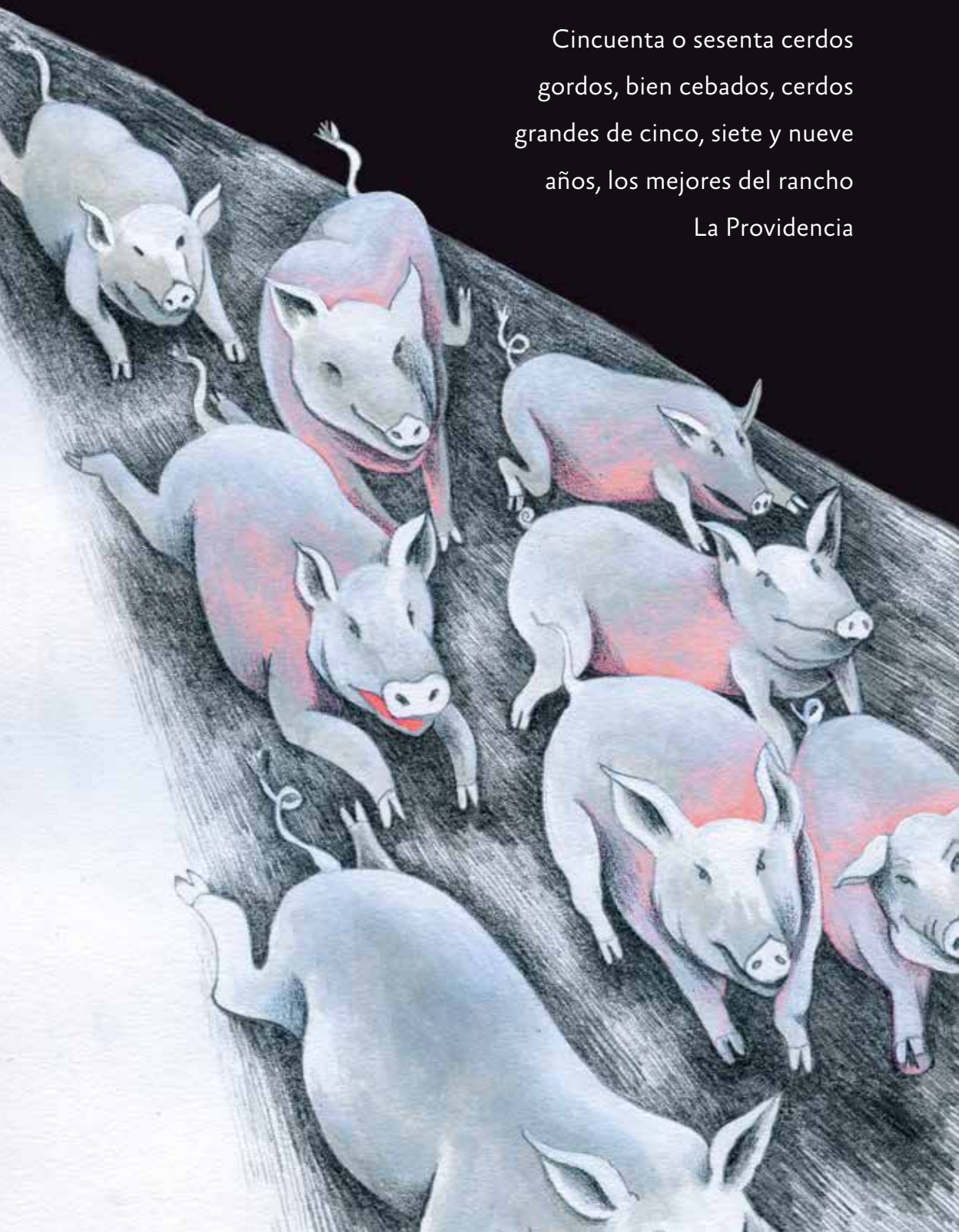
—Igual yo, pero luego luego comprendí que era el enemigo.

Los otros escuchaban en silencio. Acababan de ver las bolas de fuego y esa clase de relatos, a esas horas, en ese lugar, en tales circunstancias, y luego del avistamiento, a más de uno se les ponían los vellos chinitos. Lo peor era que a los dos se les había soltado la lengua y hablaban de lo mismo sin parar. De pronto, sin que soplara viento alguno, llegó un ruido retumbante, un ruido que hacía estremecer la tierra como si viniera un tropel de bestias salvajes.

—¡Los negros! —chilló el cabo Yáñez.

Cincuenta o sesenta cerdos
gordos, bien cebados, cerdos
grandes de cinco, siete y nueve
años, los mejores del rancho

La Providencia





—Hay que guardar la calma —pidió Matienzo—. Las armas listas, pero trataremos de no ser vistos. Si los dejamos pasar sin interceptarlos, les podremos caer por la espalda... en caso necesario.

Al rumor sordo que crecía, se agregaban chillidos, voces, lo que parecían ruidos de armas y, al poco tiempo, una nube de polvo que se levantaba al paso de la manada de cerdos se hizo visible a la buena vista de Matienzo. Ya lo tenían casi encima.

Teódulo Margarito tenía un plan bien meditado. A la entrada de las primeras calles, él se haría cargo de los animales de cuatro patas, de modo que su nahual alzó el vuelo y dejó la rama del árbol para adelantarse en el camino. Aterrizó sobre un muro de adobe y piedra que quedaba de las ruinas de una casa, el mismo tras el que se parapetaba la guardia secreta del virrey.

Huey Xólotl era un animalazo bien pesado, gordo, feo como son todos los guajolotes, con la particularidad de ser de mayor tamaño y resplandecer sus plumas en pleno vuelo; en ciertas condiciones atmosféricas saltaban chispas eléctricas a cada aleteo suyo, como ahora cuando el guardia Ochoa y sus compañeros lo vieron caer del cielo. Para mayor susto, el nahual hacía un ligero estruendo al golpear el aire con sus alas más violento al desplegarlas para aterrizar o para alzar el vuelo.

Ochoa ahogó en su garganta un grito y salió a la carrera, los otros lo siguieron con igual o mayor espanto. Ochoa, de por sí el más ligero de los seis, tomó la delantera y pronto dejó atrás a sus compañeros.





Quinientas varas adelante, la rama juvenil de la Sociedad de los Herméticos se hallaba alerta ante el tropel que parecía acercarse. Cándido hacía la guardia al lado de Mateo, que había apagado a la mitad su cigarro, y aguzaban la vista para distinguir algo en la lejana nube de polvo que se acercaba a todo tambor. De pronto, vieron a la guardia virreinal poner los pies en polvorosa; sin saber de quiénes se trataba, dieron por hecho que era una partida de exploradores del ejército sublevado.

—Uno se ha adelantado y un grupo pequeño viene atrás —comentó Cándido—. Podemos hacerles frente si caemos en montón.

—Sin prisioneros, muchachos —sugirió Diego—. Los apuñalamos y escondemos los cuerpos antes de que lleguen los demás.

—Déjenme a mí al adelantado —dijo Mateo—. Le caeré tan de sorpresa que no podrá decir ni pío y luego luego me uno a ustedes para atacar a los demás.

—¿Los negros dirán pío de otro modo? —preguntó Camilo sin recibir respuesta.

Permanecieron ocultos hasta el momento en que el guardia Ochoa estuvo a su alcance y Mateo le cayó encima. Con la carrera que llevaba, el golpe de sorpresa hizo que el guardia cobrara mayor impulso y saliera volando para caer algunos metros adelante con el muchacho prendido a su cintura. Al mismo tiempo sus compañeros salieron para enfrentar a los otros y caer contra el cabo Yáñez que casi pisaba los talones al guardia Ochoa.

Matienzo, con esa rapidez de pensamiento y acción que caracteriza a todo buen militar, ordenó a sus hombres hacer alto.



—¡Todos en posición de combate!

Y esto fue lo que salvó la vida del guardia Ochoa; Mateo había reconocido el uniforme de la guardia virreinal, pero pensó que era un negro disfrazado, y cuando tenía la punta del puñal punzando el pulmón izquierdo del uniformado caído, la voz que resonó muy castiza, con su seseo peninsular, le hizo comprender la grave equivocación.

—¿Quién vive? ¡Alto! ¡Santo y seña! —exclamó el oficial.

Ignorantes de los santos y señas que se usaban, Diego, que al igual que Mateo había reconocido a los guardias españoles, repuso:

—¡Viva España! Aquí, para arruinar la sublevación.

—Benditos sean —exclamó el guardia Vélez—, creí que eran de los insurrectos.

No hubo más tiempo para cuidar las formas e intercambiar saludos y parabienes, porque la tierra entera se estremeció con el retumbar de la manada que dejó el paso cortito que llevaba para emprender una verdadera carrera, provocada por el nahual. Apenas pudieron hacerse a un lado para dejarla pasar. Mateo, que estuvo a un tris de cortarle la vida al guardia Ochoa, lo retiró a ras-tras del camino para salvársela, cuanto que el guardia no había recobrado el conocimiento y aquellos marranos eran bestias enormes, de cinco años cuando menos.

Desde ese momento Teódulo Margarito se hizo cargo de azuzar y dirigir a los marranos por las calles de la ciudad. Los marraneros y gañanes con sus perros, sorprendidos primero por el guajolotote que tomó el mando de la piara, antes de recuperarse de



la sorpresa, se llevaron enseguida otro susto cuando fueron retenidos por la guardia virreinal. Matienzo amenazó con entregarlos a la justicia acusados de haber participado en la sublevación de los negros. Éstos, por obra y gracia de una Circe moderna, habían sido transformados en cerdos, mientras que ellos, por tener sangre española, india y mestiza, seguían siendo seres humanos. Y esto no era una broma para asustarlos, sino lo que pensaba en realidad el subcomandante del todo decidido a retenerlos prisioneros. Los buenos oficios de Diego, y las enredadas explicaciones que dio sobre hechizos y encantamientos, convencieron al oficial de perdonarlos y dejarlos en libertad.

Veinte minutos después, la pira de cerdos, a punto de reventar por el esfuerzo, entraba a uno de los patios de la Real Audiencia de Méjico, no lejos del gran salón donde se había realizado la última gran fiesta del palacio virreinal.





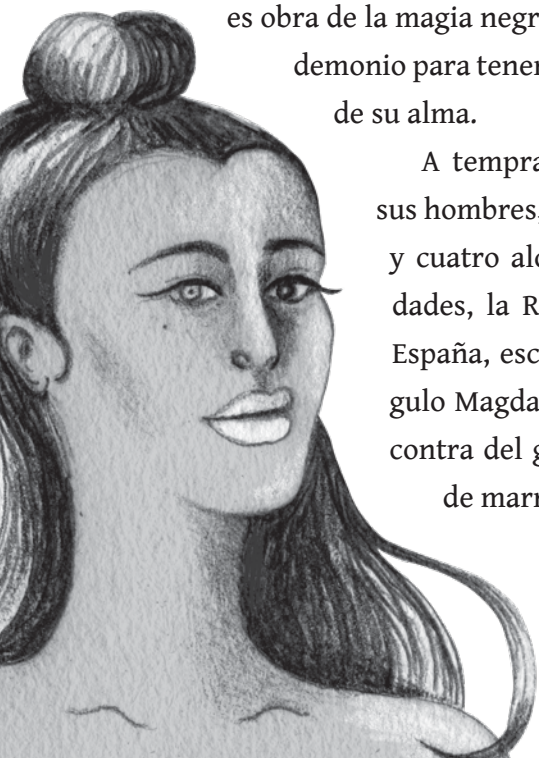
¡Dese presa!

No hay cosa más libre que
el entendimiento humano;
pues lo que Dios no violenta,
¿por qué yo he de violentarlo?

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ
“Estos versos, lector mío”

—¿Es posible lo que han visto nuestros ojos? ¿Existe poder humano en la Tierra, capaz de hacer este... prodigio? Que no milagro porque es obra de la magia negra, de una Circe que ha hecho pacto con el demonio para tener esos poderes a cambio de la condenación de su alma.

A temprana hora, el subcomandante Matienzo y sus hombres, tras rendir su informe a los ocho oidores y cuatro alcaldes que componían, con otras autoridades, la Real Audiencia gobernadora de la Nueva España, escuchaban despotricar al primer oidor Régulo Magdaleno Sarmiento, conde de Salvatierra, en contra del guajolote que vieron conducir la manada de marranos.





—¿No han sido nuestros ojos víctimas de una alucinación colectiva? Reflexionen, señores, ¿es lícito, es cristiano, es honrado el trato que hemos hecho con esa Circe encantadora? ¿Teníamos derecho de hacerlo? ¿No había otra forma de salvar al reino? Ya, ya sé que no; pero ¿no habremos abierto una caja de Pandora al demostrarse que las bolas de fuego que dicen las gentes haber visto aparecer en distintos rumbos de la ciudad son brujas, brujas de verdad, que pueden cobrar la figura de una guajolotota? Crecerá la creencia en semejantes embustes y aumentará el poder de esas brujas endemoniadas. ¿Lo vamos a permitir? Claro que no. Al contrario, debemos demostrar a los indios, a los negros, a los mestizos y a los propios castellanos qué poder es más poderoso que el poder de Satanás.

Fue una larga discusión entre los oidores. La guardia secreta del virrey, tuvo que soportarla toditita, de principio a fin, pese a que se caían de sueño y de cansancio y de tantas emociones acumuladas en el alma. Testigos de primera habían dado cuenta de que un enorme ejército estaba por entrar a la ciudad con gran estrépito; escuchaban un mar de voces, el rodar de carros tirados por bueyes, relinchos de caballos, tambores marciales, la marcha de una multitud, cuando de pronto, cuando ya se avizoraban los primeros contingentes, una bola de fuego cobró, ante ellos mismos, la forma de un guajolote. Al instante el enorme ejército quedó reducido a una piara de cerdos, que el mismo guajolote se encargó de conducir a los patios del palacio virreinal. La triunfal entrada del nahual en



el real recinto había contado con más de una docena de testigos de primera calidad.

—De los cincuenta o sesenta marranos, sólo llegaron treinta y tres al palacio, eso sí, los más gordos. Los otros o reventaron en el camino o se extraviaron en algún callejón.

—Que se difunda, sin dar detalles, la noticia de que ha sido aplastado el motín de los negros —concluyó el primer oidor.

Al contrario de la guardia, Teódulo Margarito descansó merecidamente hasta el mediodía cuando se despertó con un apetito feroz, sintiéndose capaz de almorzarse un lechón entero él solito.

—Y ahora, querida niña —decíale a la mulata a la hora del almuerzo—, cuando pensé que todo había acabado, entiendo que comienza la misión para la que nos hemos encontrado.

—¿Ayudar a ese pobre escritor meridiano, dice usted?

—No sé si es el caso, pero siento que viene algo gordo.

—¿Y usted lo dice?

Pues no acababa de decirlo cuando el señor alguacil y una docena de alabarderos se hizo presente en la puerta de la casa. Golpeó con insistencia la aldaba al tiempo que gritaba:

—En nombre del rey, abran paso a la justicia.

El negrito poeta corrió a abrir la puerta y del susto que se llevó al ver a la gente de armas, no pudo versar ni un dístico, pese a las consonancias que le vinieron a la cabeza para rey, paso y justicia.



Sí, el alguacil era un personaje bastante gordo y esta vez nadie se le iba a escapar, pues tomó la precaución de rodear la manzana con sus alabarderos.

En compañía de cuatro soldados, el alguacil pasó a la casa atropellándose en los corredores hasta que la propia mulata salió a su encuentro.

—¡Dese presa a la Santa Inquisición!

—Con gusto, no faltaba más —respondió la hermosa mujer.

Detuvo al alguacil con un gesto y se dirigió al asustado José Vasconcelos para decirle:

—Haz el favor de contratar unos hombres para que carguen con mis cosas al Santo Oficio. Cama, cobijas, el baúl grande y los trastes de la despensa, sin olvidar el soconusco. Yo me adelanto con el señor alguacil y los espero en mi celda.

El negrito poeta asintió más mudo que un pez de la laguna. No se extrañaba de la curiosa orden del ama a la que servía, ya que era público que los detenidos por el Santo Oficio debían llevar consigo la cama y el vestuario que utilizarían, sino que estaba temeroso de cuanto pudiera ocurrirle a la mulata y a él mismo por haberla servido.

Una carreta, una vulgar carreta descubierta con ruedas casi cuadradas, tirada por rocines flacos y sarnosos, dio la vuelta a la manzana y arribó a la plaza de Santo Domingo, llevando consigo a la hermosa mulata. De pie, garbosa como siempre, con un precioso vestido de seda, a su paso recogía flores y chuladas que las gentes le tiraban como si fuese en un carro alegórico.



En el palacio virreinal, Juana Inés, confidente y amiga de la virreina, supo de su parte desde muy temprano que la mulata sería llevada al Tribunal de la Inquisición y tan pronto pudo librarse de la marquesa de Mancera, mandó llamar a don Carlos de Sigüenza.

—No quiero ruidos con la Inquisición —había expresado la joven cuando ingresó a la Sociedad de los Herméticos. Don Carlos, rememorando aquella ocasión, llegó diciendo, en referencia a la decisión de la Real Audiencia de conducir a la mulata *ipso facto* al Tribunal del Santo Oficio:

—Los ruidos los tengo yo.

—En efecto —asumió Juana Inés, de pie en su estudio—, pero tiene la promesa...

—A ella me atengo, y si viene a mí tu dicho, es porque los ruidos los estás generando tú misma.

—¿Por qué lo dice, don Carlos?

—Porque debes tener más cuidado con lo que escribes; cada una de tus letras, las examinan tus críticos detalle por detalle, de ida y vuelta.

—¿A qué se refiere, don Carlos?

—Al villancico que preparas para representarse en la catedral...

—Ah, eso, ¿qué le ha parecido?

—Hermoso, ingenioso...

Sigüenza y Góngora sacó de entre sus ropas un folio arrugado, lo extendió, buscó algo en él y agregó:



—Pero he caído en la cuenta del sentido oculto que pones en labios del negro Heráclito: “Cantemo, Pilico, / que se va las Reina, / y dalemu turo / una noche buena”. Esto en el chapurreo de los negros, parece traducirse: Cantemos, Perico, que se va la Reina, y démosle todos una noche buena...

—Ya sabe, es un pseudolenguaje de moda en la comedia. Bien ha dicho Quevedo: “Si escribes comedias y eres poeta, sabrás guineo, en volviendo las RR, LL y al contrario, como Francisco, Flancisco, Primo, Plimo”.

—Si no estuviera fresco en mi memoria lo que me contaste sobre la fiestecita aquella, no lo hubiera entendido. Parece, como advertí, que hablas de nuestra señora Regina coeli, la reina del cielo, pero en verdad te refieres a las Reina, la familia de músicos negros que amenizó el escapulario, con sus bailarinas, bufones y cómicos. De modo que la noche buena a la que hace alusión, pudiera ser de otra clase. *Doubles entendres* vuestros. ¡Y eso se va a cantar y bailar en la catedral!

—¿Y si así fuera, don Carlos? ¿No se da cuenta que todo lo que parece que hago es un disimulo de lo que realmente hago? Sólo en la Sociedad de los Herméticos soy yo misma. En otras partes, la mujer no es libre, no se pertenece, sino que tiene dueño: padre, hermano, esposo, confesor que la representa y decide por ella. Me refugio en las ciencias y en la poesía y también ahí quieren hacer conmigo lo que ni Dios hace: sujetar mis pensamientos al pensamiento de los hombres. Entre los Herméticos estamos en plano de



igualdad, cierto; fuera de la sociedad no, en perjuicio de quien es mujer.

—Y lo peor es que no hay varones a tu medida ni dueño ni pretendiente ni confesor...

—Usted lo dice; ¿y no es lo mismo con todas las mujeres?

—¡Señora, por favor! —pese la protesta, esbozó una tímida sonrisa.

Hicieron una larga pausa, Sigüenza y Góngora guardó el manuscrito y Juana Inés se acomodó en un sillón y, con un gesto encantador, hizo la indicación para que el sabio se sentara junto a ella.

—¿Qué hacer, don Carlos?

—Es una misión para el brazo juvenil de la sociedad.

Juana Inés asintió y agregó pensativa:

—¿Le parece bien que la visite?

—¿Bajo qué pretexto?

—Hace unas lindas servilletas... ¿Si le encargara unas?

—Buena idea.

—Podría también pedirle algunas carpetitas para estos muebles; vea si no hacen falta.

—¿Y unas fundas para mis almohadas?

—Sí, haré una larga lista por si hace falta visitarla con frecuencia. ¿Cree que nos lo permitan?

—¿La visita? Sí, en ese sentido el Tribunal es muy laxo. Me cuentan que la alimentación es buena: incluye pan, leche, frutas, carne y vino, si bien corre a expensas del procesado. Las celdas son limpias, holgadas y provistas de ventilación y luz. Estará cómoda.



—Me tranquiliza al respecto, don Carlos. Espero que, disfrazados de criados, y con mis dos negras (no sé que haría sin ellas), puedan Camilo y Ernesto acompañarme.

—¿Por qué no Diego?

—Últimamente anda empalagoso; además, Camilo es mejor observador, y Mateo, buen actor, pasa fácilmente lo mismo como gran señor que como gente baja.

—Bueno, ahora es cuestión de esperar unos días, que pase lo que tiene preparada la justicia en contra de los alzados.

No menos preocupado que José Vasconcelos; el chamán quedó solo en la casona, ya que el poeta lo abandonó. No quiso el negrito quedar bajo las órdenes del indio, ni permanecer cerca de la casa de la mulata; prefería reanudar su vida ambulante y obtener unas monedas vendiendo flores y con el fruto de su ingenio.

Teódulo Margarito estuvo atento a los rumores y noticias de los días siguientes, temeroso de los hechos que sin control alguno se desencadenaban uno tras otro a partir de su vuelo de nahual. No había previsto la prisión de la mulata y ahora temía no sólo por ella, sino que todo hubiera sido inútil, y hasta contraproducente, y no se hubiera logrado cambiar la historia.

No transcurrieron muchos días antes de saberlo.

En efecto, “apenas pasó la Pascua, Méjico presenció una de las más horrosas ejecuciones de que haya memoria”.

Los treinta y tres cerdos fueron ejecutados; sus cabezas, cortadas con una hacha y luego fijadas en escarpías en la plaza mayor de la ciudad, como ornato digno de la grandeza de la Audiencia gobernadora.



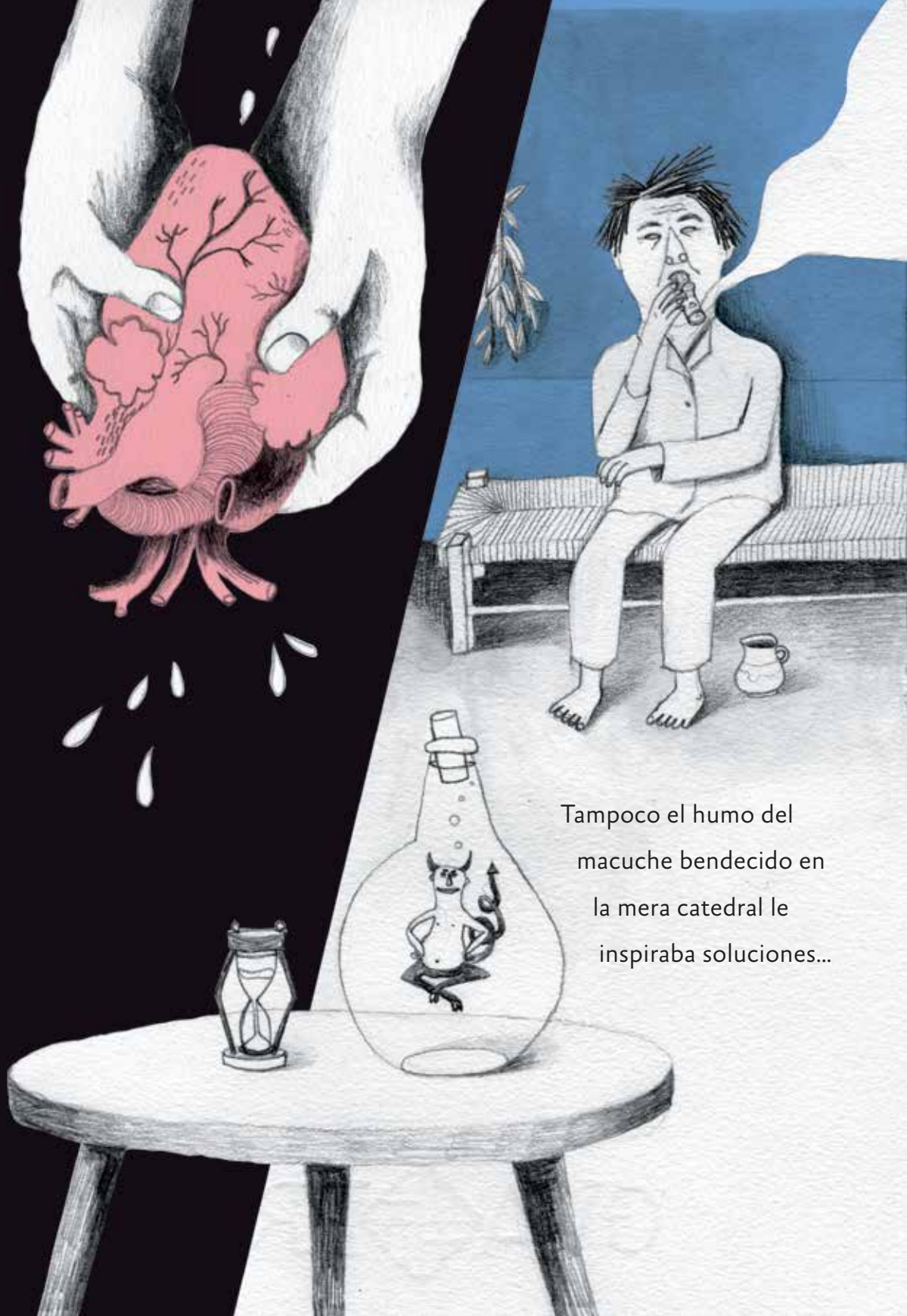
Al mismo tiempo, se sacó de la cárcel a tres docenas de negros que estaban presos por delitos del fuero común y se les llenó de azotes, para santo escarmiento de quien pensara en sublevarse contra la Corona.

Por si fuera poco, la Audiencia prohibió “a los dichos negros y mulatos libres y esclavos juntarse arriba de tres en ninguna parte pública ni secreta ni de día ni de noche”. Quedaron abolidas las cofradías y todas las juntas, asociaciones y reuniones de negros.

Y, finalmente, para rematar en la conciencia de las gentes, se anunció la pronta realización de un auto de fe, sin especificarse si sería un auto de fe general o un auto singular. En ambos casos, las sentencias del Tribunal de la Santa Inquisición se realizaban en una plaza pública, para matar dos pájaros de un tiro; por un lado, la ejecución de la sentencia y, por otra parte, un ejercicio didáctico para que las gentes se esforzaran en ser buenos cristianos.

Teódulo Margarito en su refugio apenas lo podía creer: el plan había resultado un éxito rotundo, pero la historia de cierta forma no cambió un ápice. Los dioses habían escrito en sus pinturas jeroglíficas los hechos que habrían de suceder con glifos de múltiple significación, para que el hombre pudiera dar a cada signo el sentido de sus actos.

Él que conocía lo que hubiera ocurrido de otra manera estaba profundamente agradecido con el Ser Supremo por haberlo iluminado, a través de la hierba del diablo, para evitar el horror que se avecinaba.



Tampoco el humo del
macuche bendecido en
la mera catedral le
inspiraba soluciones...



La propia ejecución de los cerdos había sido espantosa. Se les descuartizó entre horribles chillidos de las bestias, se les colgó y exhibió en la plaza del Volador por varios días, hasta que empezaron a apestar y tuvieron que retirarlos, ante la decepción de las gentes que esperaban que los cerdos recobraran a ojos vistas su condición humana.

Quedaron las cabezas ensartadas y la plaza se llenó de enjambres de moscas rabiosas cual si fueran una de las siete plagas, y el juego del volador, que en esa época colonial se representaba todos los meses sin interrupción, dejó de presentarse durante todo abril y mayo.

No faltaron los escépticos que dijeran que les habían dado cerdo por negro, opinión que también circuló entre los miembros más recalcitrantes de la Real Audiencia. Por fortuna, los sabios cirujanos del Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco hicieron un extraordinario y espantable descubrimiento al permitírseles estudiar los cadáveres: era verdad que los cerdos aquellos no se parecían a los esclavos por fuera, pero sí por dentro: conservaban el corazón de humano. Era una prueba contundente que dejó sin argumentos a los criticones de siempre.

Luego de la dramática ejecución de los cerdos, Teódulo Margarito echó una y otra vez a la suerte los granos de maíz pinto sobre un amate lleno de pinturas jeroglíficas.

En vano, no alcanzaba a vislumbrar una respuesta a sus inquietudes. Tampoco el humo del macuche bendecido en la mera catedral le inspiraba soluciones y, un tanto desesperado, pensando en la suerte de la hermosa mulata, se mesaba los cabellos por no

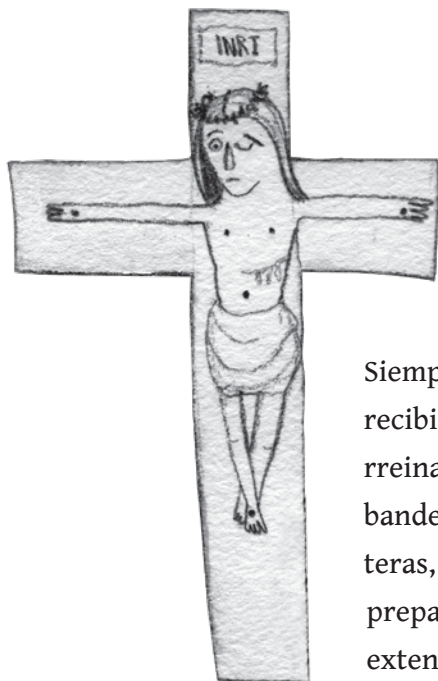


poder repetir tan pronto, por cuestiones de alta magia, la experiencia con la hierba del diablo.

Y hablando del diablo, sobre una mesa de recados que había en uno de los cuartos, el indio encontró uno de esos juguetes filosóficos que llamaban en Europa diablillo de Descartes, invento de un tal Raffaello Magiotti y entretenimiento de la mulata y tal vez de Juana Inés, que se procuraba todas las novedades de curiosa naturaleza. Consistía en una botella globular de cuello alto, llena de agua, con un tapón de corcho. En su interior flotaba una pequeña figura de vidrio soplado, con forma de diablillo, la cual, cuando se presionaba el tapón de corcho, subía o bajaba girando sobre sí misma, esto gracias a la cola retorcida en espiral. ¿Juguete filosófico porque llevaba el nombre de un gran pensador? ¿O porque, luego que uno está jugando con él, lo hace pensar acerca del por qué reacciona flotando y hundiéndose, si es el peso, la presión, el movimiento, el agua, la gravedad, las fuerzas, el vacío...? Y pensando pensando el chamán indio se dejó llevar por el sube y baja del ludión. Y acabó recordando otros juguetes filosóficos, otras máquinas filosóficas y curiosas, y llenose su cabeza de ideas extravagantes.



El Tribunal de la Santa Inquisición



Un santo crucifijo,
dos candeleros
y tres majaderos.

Dicho popular

Siempre bella, siempre elegante y propia, la mulata recibió en su celda a la dama de compañía de la virreina, quien llegó con sus sirvientes cargados de bandejas, pocillos, júcaras, molinillos, tazas chocolateras, cucharitas, fuentes y demás enseres para preparar un buen chocolate. Las dos esclavas negras extendieron los manteles y las servilletas y abrieron frascos y cajitas mientras humeaba el chocolate espumoso, llenando la celda de un aroma exquisito.

—Oh, querida, qué delicada deferencia la tuya de compartir un refrigerio con esta acusada.

—Ha sido sugerencia de la marquesa de Mancera; ya ves: también quiere unas servilletitas con hilo de oro y el escudo del virrey.

Acompañaron el chocolate con delicados panecitos elaborados por monjas clarisas, quienes se sustentaban de esta artesanía, y una conversación tan insustancial que no despertaría sospecha al-



guna de entre los celosos inquisidores si hubieran estado atentos; pero no lo estaban, confiaban plenamente en la joven dama de la virreina, reconocida en todas partes por el ingenio de su pluma y sus notables conocimientos.

La presencia de Camilo y Ernesto, ambos con librea de sirvientes de la virreina, se miraba necesaria por tener que cargar con todos esos enseres propios para armar el aparatoso refrigerio. Asistieron divertidos a la curiosa ceremonia de servir el chocolate y tomaron nota de cuanto les fue posible sobre la disposición de las celdas y el movimiento de los celadores.

El único incidente que se suscitó durante el refrigerio ocurrió en una celda vecina, donde un pobre hombre daba gritos asegurando que era un hereje de siete suelas. Camilo se asomó a conocer el drama y lejos de encontrar al tipo sujeto en el potro del tormento como suponía, lo vio en un rincón luchando contra dos energúmenos que trataban de sacarlo de la celda; hasta que intervino un tercero, con facha de rompehuesos, pudieron dominarlo.

—Vamos, Riverol, esta celda no es para ti —explicaba uno de ellos—, tendrás que alquilar otro lugar para hospedar tus huesos.

Era uno de esos casos extraños que ocurrieron en la Nueva España de un preso del fuero común que, harto de las malas condiciones de la prisión civil, simulaba herejía para ser trasladado al Tribunal de la Inquisición, cuyas celdas eran, con mucho, más confortables. Lo descubrieron por haberse ido de la lengua ante otro preso, verdadero hereje que, envidioso, denunció al farsante. Sus



gritos eran porque lo iban a devolver a la prisión de la que había salido poco antes.

Y mientras las damas tomaban chocolatito, en las calles no se hablaba de otra cosa que de la detención de la gran hechicera. Un golpe maestro del Santo Oficio, pues quien conocía, así fuera de oídas, a la mulata, apenas podía creer que, con todo el poder de que hacía gala, se hallara en la llamada casa chata en uno de los sombríos calabozos del patio de los naranjos.

Todo Méjico dio por sentado que el auto de fe anunciado se preparaba para juzgar a la mulata. ¿La razón? Muchos no la entendían, cuanto que un juicio se llevaba años y años de la vida de los condenados.

Las prisas que parecía tener el Santo Oficio las relacionaba el imaginario popular con el motín de los negros; pero no faltó “un atrevido que sostuviera que la Mulata no era hechicera, ni bruja, ni cosa parecida, que el haber caído en garras del Santo Tribunal lo debía a una inmensa fortuna, consistente en diez grandes barriles de barro llenos de polvo de oro”. Recordemos que lo primero que hacía el Santo Oficio cuando detenía a un cristiano o a un hereje era confiscar sus bienes. Si salía absuelto, se los devolvían a los cinco, diez o veinte años que duraba el proceso. También se tejieron otras razones, pero las más comentadas fueron siempre historias de brujería.

El mismo día del chocolatito, pero ya tarde, la hermosa mulata fue conducida por una bóveda subterránea que se encontraba debajo de la serie de calabozos del patio de los naranjos, a una estancia



llamada el calabozo del tormento. Era un cuarto cuadrado de veinte pasos por lado. Extrañamente había un par de pequeñas ventanas abocinadas por la que hubiera entrado un poco de luz de no encontrarse bajo la superficie.

—Restos de los primitivos edificios que se hundieron... —dedujo la hermosa mulata al reparar en las saeteras.

Iba tranquila, altiva como siempre, arrogante.

En el largo camino al calabozo atravesaron primero largos pasillos interiores y amplios corredores bajo los arcos volados y en una de las piezas que cruzaron, entre retratos de los señores inquisidores e imágenes santas, se podía leer, si no fueran de volada, la divisa de la Santa Inquisición: *Nolo mortem impii, sed ut convertatur impius a via sua, et vivat*, aquellos versículos de Ezequiel que podemos traducir trabajosamente de la siguiente manera: “No quiero la muerte del malvado, sino que cambie de conducta y viva”. Así de fácil, de alentadora se antojaba la promesa del Santo Oficio.

La iluminación la proporcionaban dos grandes candelabros. Por mobiliario había una mesa grande y otra pequeña y en la pared un enorme crucifijo. Tras la mesa tres frailes y en la mesa pequeña, con recado de escribir, fray Ruperto, nuestro viejo conocido. Ah, y un reloj de arena para marcar el tiempo que había de durar la tortura.

Presidía el interrogatorio el inquisidor Francisco Estrada y Escobedo, quien, seguro de que la acusada se fingiría una blanca palomita, negando todos los cargos que había en su contra, y ante



la proximidad del auto de fe, quiso abreviar las diligencias y adelantar el proceso lo más posible para obtener de una vez por todas la confesión de los pactos y hechizos de que se la acusaba. Esto se lograba casi siempre por medio del tormento y éste se aplicaba cuando el reo se obstinaba en negar los cargos. Hasta el más duro de pelar criptopecador acababa por confesar todos los delitos que se le achacaba y algunos otros.

El padre Estrada escogió el tormento de fuego para aplicarse a la mulata tan pronto en el interrogatorio preliminar empezara a negar sus pactos con el demonio.

Sin embargo, algo imprevisto alteró los planes del inquisidor.

En el calabozo del tormento se despojaba al reo de sus ropas y se le mantenía desnudo mientras se le interrogaba, listo para ser atado al potro, a la escalera, al cepo de la silla, al garrote o a algún otro de aquellos ingeniosos y perversos aparatos ideados para atormentar las carnes humanas.

Así que, apenas se fijó la mulata en la escasa iluminación de la estancia, cayeron sobre ella dos verdugos vestidos con ropaje largo y cubierta la cabeza con un capuchón de la misma tela que sólo descubría los ojos. La despojaron de la ropa y sin nada encima la sentaron frente a la mesa grande en una silla cuadrada con respaldo hasta la cabeza. Tocaba a los inquisidores exhortarla a que confesara sus crímenes y en caso de no hacerlo se le aplicaría el tormento del modo y por el tiempo que ellos juzgasen conveniente, para cuyo efecto asistía el médico de la Inquisición, el cual debía avisar si convenía o no detener el tormento.



Sí, era lo que procedía, pero el padre Estrada se quedó mudo largo rato mirando a la mujer. La pobre iluminación daba de lleno en ella, resaltando su cuerpo perfecto. No ocultaba nada a la imaginación, pero he aquí que la imaginación siempre vuela al menor intento y, en este caso, más que volar se desbocó en turbios senderos.

Aun así, en completa desgracia, la hermosa mulata parecía sonreírle seductora. A él o al padre Íñigo, el otro inquisidor que sentía en sí la mirada, o tal vez al escribano o al médico o al tercer inquisidor, si no es que a los propios verdugos. Todos estaban como hechizados.

Parecía pronunciar en silencio, quieta, con el cuerpo entero y el pensamiento íntegro, con sus negros ojos y sensual sonrisa, unos versos de Tablada:

*Mi cuerpo es una hamaca
tropical con vaivén de danzón;
mis labios tienen miel de níspero;
mi cuerpo es un jardín nocturno;
mis senos dos guanábanas;
mis ojos dos cocuyos..*

El inquisidor se limpió la garganta, tomó los quevedos y se los atoró en la nariz para leer el oficio de ley, pero los lentes se le nublaron con el vapor que despedía su rostro acalorado y mejor se los quitó. Empezaba a ponerse nervioso, sin atreverse a alzar la vista para clavarla en los ojos de la mulata, como solía hacer para imponer temor a los acusados. Lo consiguió al fin, pero no inspiró temor alguno, tal vez pena ajena, y soltó un profundo respiro.





—*Madame* —empezó a decir—, está registrado en nuestro libro de visitas de cárceles, que recibió usted a una gran señora, dama de la virreina, condesa de Mancera, a quien Dios guarde, ¿puede explicar a este Tribunal la razón de dicho acontecimiento?

Fray Ruperto apenas lo podía creer, el gran inquisidor estaba saliéndose del guión tantas veces practicado.

La mulata seguía versificando con su cuerpo perfecto y con el sonido provocativo que salía de su boca sensual.

Contestó lo que nosotros sabemos: que recibió el encargo de unas servilletitas bordadas con el escudo del virrey, unas carpetas para la dama de la virreina y unas fundas para las almohadas de un ilustre literato. Añadió que si le cayeran a menudo esa clase de trabajitos, podría sostenerse una cómoda estancia en prisión.

—¿Tiene para cuándo...? Lo de las servilletas, digo.

—Una semana a lo mucho.

—Bien, bien... Entonces mejor dejamos esta diligencia para dentro de ocho días, no vaya a ser que no pueda bordar esas servilletitas si pasa por lo que le tenemos preparado, y se disguste la virreina.

Fue todo. Le devolvieron las ropas a la mulata, la mandaron a su celda y los tres inquisidores dieron gracias a Dios de haberlos librado muy a tiempo de esa pecadora.

Repuestos del todo, los inquisidores se reunieron en la sala de audiencias para decretar la relajación del reo y programar el auto de fe en nueve días a partir de la firma de la sentencia. Ya podían anunciar el evento en carteles que mandarían pegar en las paredes de lugares públicos.



En efecto, en la noche siguiente, Matienzo se tropezó en varias calles con oscuros personajes que llevaban un rollo de papeles bajo el brazo y un cubo de engrudo colgado en una mano. Iban pegando los carteles anunciadores del auto de fe general, encima de otros carteles que anunciaban corridas de toros ya pasadas.

En la mañana temprano, tras leer el cartel puesto en la puerta de la casa que habitara la mulata, Teódulo Margarito se presentó nuevamente en el palacio virreinal.

Apenas lo anunciaron, Juana Inés lo recibió de inmediato.

—Dígame señor, ¿qué lo trae por aquí? —lo saludó cordialmente—; si bien adivino la causa, no imagino el propósito.

Tras las habituales cortesías, el hombre agregó:

—Conoces, de seguro, al diablillo de Descartes, ese juguete filosófico que contiene un buzo pequeño...

—Oh, sí, tan pronto tuve noticias de su invento, mandé hacer un artilugio parecido en un taller de vidrio soplado. ¿Quiere verlo?

—Me encantaría.

Cruzaron la estancia que era una prolongación de su estudio y pasaron a la biblioteca, llena no sólo de libros, sino también de instrumentos musicales, aparatos científicos y artilugios curiosos, como la linterna mágica de Kircher, el caleidoscopio de Brewster, pinturitas anamórficas, la eolípila de Herón, un aparato catóptrico de Euclides, una esfera armilar, un modelo del tornillo volante de Leonardo da Vinci, la clepsidra de Abbás Ibn Firnás y muchas más curiosidades, sin faltar el diablillo de Descartes artísticamente soplado en vidrio.



Ante el juguete filosófico, el indio se detuvo. Pulsó el corcho y el travieso diablillo se sumergió rotando sólo para volver a ascender entre graciosos giros.

—Si recuerdas las ideas de Arquímedes en relación a la densidad de los elementos —dijo el indio. Juana Inés asintió levemente, a la espera de seguir escuchando—, no te será difícil llegar a la conclusión de que si las personas pudieran construir una máquina que tuviese las características adecuadas, el aire podría soportar esa máquina, al igual que las aguas del mar soportan un navío.

—Bacon —repuso Juana Inés.

—¿Tocino?

—Roger Bacon; este sabio escribió lo que usted dice sobre el aire: que al igual que el agua, el aire tiene algunas características propias de los sólidos.

—Bueno, no he leído a Bacon, pero tiene razón, ¿no te parece?

—¿Una máquina como este modelo? —señaló Juana Inés la maquetita del tornillo volante de Leonardo da Vinci.

—Algo más simple y práctico, como las alas de Elmer de Malmesbury o las de Abbás Ibn Firnás.

—Usted, Teódulo Margarito, no deja de asombrarme.

—Y tú, niña, de deleitarme con tu ingenio.

—Ahora, déjese de cumplidos y dígame, ¿para qué nos servirían unas alas de pájaro?

—Para rescatar a nuestros amigos.

—¿En una máquina?



—Una especie de papalote gigante que logre sostenerse en vuelo, deslizándose en la densidad del aire, cual barca volante, cual la nave anunciadora del Juicio Final del profeta Elías... Si gustas llamar máquina a una simple estructura de carrizo forrada de tela...

—Excelente. Tengo en un viejo volumen un retrato de Elmer en un vitral de iglesia con un modelo de sus alas en las manos... ¿Servirá?

—No conozco pinturas de ese valiente hombre pájaro y sus alas, pero ya hice el diseño de una hoja voladora capaz de sostenerse en el aire unos instantes... Pasé tres noches imaginándola.

—¿Unos instantes, dice usted?

—Sola sí; si ponemos una fuerza adicional, volaría mucho más.

—¿Y existe esa fuerza?

—Existe, ya lo verás. Ahora hay que mandar a hacer el artificio; luego discutiremos el rescate. Tienen tres días, a lo mucho cuatro. Mira qué listo soy...

Del ayate que siempre cargaba con él, Teódulo Margarito sacó dos hojas de papel de corteza, limpio amate amarillo. En la primera dibujó el ala voladora en varios perfiles con sus medidas en pies y pulgadas; en otro amate se hallaba el plano que desde las alturas se mira de la casa chata con sus patios y asoleaderos.

—Ahora te explico cómo es mi papalote sin hilos. Quiero que veas primero el plano y me digas en qué celda se encuentra la señora Soledad. Éste de aquí, es el patio de los naranjos, circundado con veinte arcos, señalados con estas líneas que corresponden, ade-



más, a las diecinueve celdas... En una se encuentra el padre Rivas y en otra la señora Soledad, ¿en cuál de todas?

—Entramos de este lado y... llegamos acá. La tercera celda. Del padre Rivas no hemos tenido noticias de su ubicación.

—Bueno, bueno; a partir de mañana voy a vigilar los asoleaderos por si lo sacan a tomar el sol, para ver en qué celda se encuentra. Quédate con el plano para que lo estudien tus amigos si es que hay que entrar con el auxilio de ellos. Y ahora veamos cómo es mi ala voladora...





Nahual tenías que ser



Yo no he tenido, en verdad, bastante ingenio ni ciencia, para inventar esta manera de viajar, pero he sido el primero a quien se le ha ocurrido la idea de servirse de tan prodigioso invento para humillar a los titiriteros y bailarines ordinarios subiendo más alto que todos ellos.

GOTTFRIED A. BÜRGER

Las aventuras del barón de Münchhausen

Fray Ruperto cruzaba como rayo el patio de los naranjos en flor cuando lo vio. Allá arriba, asomando el moco sin prudencia, el guajolotote, ¿o guajolotota? Hasta se detuvo.

Fray Pedro que lo seguía a toda prisa, cuanto que no deseaban llegar con retraso al calabozo, dijo más tarde que era cosa de su imaginación porque él no vio nada, a pesar de que miró donde señalaba el hermano Ruperto.

Tanto habían escuchado acerca de los sucesos ocurridos la noche del Jueves Santo, que ellos dos se sentían confundidos de mente y espíritu. Todo era para no creerse, pero ahí estaba el testi-



monio de los altos prelados, de la meritita Real Audiencia, de la guardia virreinal y del primer oidor, tan celoso de la fe.

¿Qué clase de pacto diabólico habría celebrado esa mujer para manejar las fuerzas creadoras de la naturaleza a su capricho? Volver cerdos a los hombres, cobrar la forma de globo de fuego o de guajolote para trasladarse de un lugar a otro, por citar sólo aquello que constaba a la Real Audiencia, sin hacer caso de las acusaciones que pesaban sobre la mulata, como aquella de que encantaba a los hombres... ¡Oh!

Con estos antecedentes, lo que más le impresionó de esa salvaje historia, era lo ocurrido en el calabozo del tormento cuando todos los presentes parecían estar bajo un encantamiento. Él mismo sintió cosas que nunca había sentido y de no ser porque tenía que escribir los dichos, no hubiera podido librarse de los pensamientos que se atropellaron en su ser. Sí, pudiera ser su imaginación, pues el hermano Pedro no vio nada. Tampoco él cuando volvió a alzar la vista.

Y para acabarla de amolar, los juicios pendientes se estaban acelerando. El padre Estrada quería contar por lo menos con una veintena de ajusticiados, que no se dijera que nada más Lima y Sevilla eran celosas guardianas de la fe. Y eso creaba una presión extra. Los nervios se ponían de puntas, ya que estaban trabajando en unos días lo que no habían hecho en meses.

Teódulo Margarito en su forma nahual tomaba nota de los movimientos observables desde el techo. El nahual se concentraba en el patio de las prisiones, pero podía vigilar lo que pasaba en el patio



principal. En éste, mirando al sur, había una puertecilla que daba, bajando las escaleras, a un cuarto amplio. Aquí, pudo observar, había un torno que servía para dar comida a los carceleros para que la distribuyan entre los presos. El cuarto tenía dos puertas: una que daba a una prisión compuesta por tres o cuatro piezas y otra que se comunicaba al patio de las prisiones por medio de un callejón.

El patio que tenía en el centro una fuente y algunos naranjos era más largo que ancho, tenía veinte arcos y diecinueve calabozos, tras de los cuales se encontraban otros tantos jardincillos que se conocían con el nombre de asoleaderos. “adonde llevan algunas veces a los presos para que tomen el sol; pero contruidos de manera que es imposible que se vean los unos a los otros”.

Al mismo tiempo, el brazo juvenil de los Herméticos, trabajaba en las azoteas del palacio virreinal. Ahí, a pesar de que Juana Inés participaba de la hechura del ala voladora, era Diego la cabeza pensante y el brazo ejecutor; dejaba de ser empalagoso y Juana Inés seguía sus instrucciones con el mismo entusiasmo que los demás muchachos que jugueteaban a ratos con pequeños modelos de alas voladoras.

Podían trabajar en tan inusitado lugar gracias a la sociedad en pleno que ocupó el palacio virreinal a fin de obstruir cualquier intento de subir a las azoteas. Una puerta la obstruyó el pintor Echave, poniendo manos a la obra en un mural con estorbosos andamios; la otra entrada a la azotea la ocuparon don Carlos Sigüenza, don Enrico Martínez, el cura Cigorondo y otros ilustres miembros de la sociedad, en un fingido simposio de poesía bucóli-



ca, tan aburrido que los invitados de fuera no tardaron en retirarse apenas sirvieron el segundo plato del banquete. El simposio debía agotar el estudio de la poesía pastoril desde los tiempos de Homero a los de Cervantes y por lo tanto, tardaría muchos días, no se sabía cuantos.

Teódulo Margarito había tomado como modelo la semilla alada que dispersaba el viento de un árbol que se encontraba lo mismo en el valle de Méjico, por los llanos de Guadalupe, que en sus alrededores; un árbol de flores amarillas en forma de campana, trompeta o copa, de ahí el nombre antiguo de tecomaxóchitl.

Juana Inés, Diego y Mateo conocían la planta y la semilla; alas finísimas, aplanadas, rodeando la simiente. Sin embargo, al primer examen de esta pequeña maravilla de la naturaleza, saltaba a la vista que podía mejorarse la simetría y el ángulo de las alas... y así empezar a ensayar modificaciones. Si en manos de Teódulo Margarito, estuviera crear una nueva semilla del tecomaxóchitl que volara deslizándose suavemente al menor soplo del viento, terminaría curvando sus extremidades como un búmeran, situando su núcleo exactamente en el centro de gravedad y haciendo ultrafinas sus aletas. Así, después de muchos ensayos, había diseñado el papalote que construían los muchachos. Papalote era el nombre que se les ocurría por falta de otras referencias.

Ernesto hizo un modelo de papel, una miniatura de medio pie, y consiguió a los pocos intentos que el ala volara suavemente. Los otros empezaron a imitarlo y pronto hicieron volar pequeños objetos de papel por toda la azotea del palacio.



La armazón de carrizo quedó bastante sólida gracias a que se ensambló siguiendo el modelo de construcción de los castillos pirotécnicos, y cuando se forró con una manta resistente, tuvieron que voltearla patas arriba y ponerle unos pesos encima, porque la menor racha de viento amenazaba con volcarla y arrastrarla fuera de la azotea. Quedaron sumamente satisfechos con el resultado. Faltaba probar si realmente volaba. Ahora que si volaba, ¿para que iba a servir? ¿Cómo la iban a utilizar? Pensar en esto, los llenaba de dudas.

Al día siguiente, muy temprano, Mateo se abrió paso entre los andamios del pintor para revisar si el papalote no había sido volcado por el viento nocturno y se llevó el enorme susto de no encontrarlo. La gárgola que le habían puesto encima para que no volara se hallaba a un lado, igual los tabiques. ¿Qué había pasado? Bajó a la carrera y se presentó en la cámara de Juana Inés. Una de las esclavas negras le cerró la puerta en las narices.

—La niña duelme —explicó molesta porque ella también dormía y el muchacho la había obligado a levantarse.

—¡Por favor, es urgente!

—Voy, voy, pero no dé usted grito porque el alma se escapa a una...

Quince minutos después Juana Inés salió a tranquilizar a su amigo.

—Recibí un recado en la noche, ya recogida en mi aposento —explicó—; el papalote lo cambiaron de lugar. Hoy intentarán el rescate con Cándido y Diego. Tú y Camilo son ya conocidos por por-

teros, guardias y celadores del Santo Oficio. Tenemos la misión de esperar lejos de aquí a que todo resulte bien, con caballos y equipaje para que puedan huir.

—Si estás tú a mi lado, me parece la misión de honor.

—Cuando nos toque echar a correr, me lo repites.

Era cierto; quedaban tres días para el auto de fe, pero, de acuerdo a las observaciones de Teódulo Margarito, no habría otra oportunidad mejor de rescatar a la mulata que la de ese mediodía, ya que había deducido que tocaba a ella salir al asoleadero junto a otros tres reos de celdas alternadas.

Luego de vigilar noche y día y pensar en uno y otro plan para dominar a los celadores y guardias en un asalto sorpresa, comprendió que esto era imposible. Aquél era un bastión planeado militarmente para su defensa, y en caso de sorprender a la guardia y a los celadores, quedaba el obstáculo de las dos puertas gruesísimas que tenía cada prisión. No se abría una si la otra no se cerraba, excepto en el momento en que había seis o siete guardias en el patio, como ocurrió en las dos visitas que había hecho Juana Inés con sus trastes y criados. En cambio, los reos tomaban el sol en solitario en un jardincillo de cuatro altas paredes. Los iban sacando por turnos, nunca todos a la vez, en cierto





orden que hacía previsible el día que tocaba a cada reo tomar su baño de sol. No lograron averiguar cuál era la celda del padre Rivas. Lástima, no se podía hacer nada por él de todos modos.

El chamán indio vigilaba con todos los sentidos en la azotea de la casa chata, a la espera de mediar el día. Diego y Cándido se encontraban a su lado, callados, posiblemente espantados después de verlo transformarse en nahual y luego de haber volado sobre la plataforma volante la noche anterior. Pocas veces alguien se asomaba a las azoteas, tan seguras e inaccesibles, pero había el peligro, lo sentía en la piel, de un fraile flaco y alto que, cuando cruzaba el patio de los naranjos, se detenía siempre a echar un vistazo al sitio que el indio prefería como observatorio. Si se le ocurriera asomarse a la azotea, vería no sólo a los muchachos, sino un incomprensible armatoste de carrizo forrado de seda y manta. Tenían, pues, ocho horas allá arriba y todavía faltaban tres o cuatro.

Esa mañana la mulata se despertó de un humor excelente. Se había ganado la amistad de un joven carcelero que lo que más deseaba era una servilletita bordada por la mulata, así fuera con hilo corriente, para obsequiar a la novia. La prisionera, complaciente, dejó el día anterior los hilos de oro y plata de la virreina, para atender los deseos del carcelero y esa mañana ya tenía lista una preciosa servilleta bordada con brillantes hilos de seda.

—Ésta es una obra de arte —exclamó el carcelero—, para enmarcarse y tenerse en el mayor aprecio. ¿Cómo podría corresponderle, buena señora?



—Con las palabras que acabas de pronunciar me conformo. Ahora que si me traes un gis, uno sólo, eso daría descanso a mis manos de bordar, pero las mantendría ocupadas, que es lo que más necesito.

El gis lo tuvo en sus manos a los pocos minutos y cuando salió al asoleadero, se cuenta, y se seguiría diciendo siglos después, que dibujó una barca primorosa en una de las paredes, pero la verdad es que no tuvo tiempo de hacerlo, porque apenas se encontró sola, el nahual descendió volando al jardín para ayudarla a escapar.

Teódulo Margarito jamás había llevado a cuestas a una persona ni en su forma humana ni en su forma animal, de modo que no tenía idea de lo difícil que sería cargar con la mulata. La mujer se acomodó en su lomo, a horcajadas, pero el guajolote no podía desplegar las alas como era menester. Así que mejor echó a volar él solo y, suspendiéndose en el aire a cierta altura, la mulata se colgó de las patas del nahual y éste empezó a elevarse sí, pero con trabajos, armando gran revuelo, sacudiendo con violencia las alas, a punto de echar los bofes para remontarla, con tanto escándalo que al punto se armó otra escandalera en los pasillos y corredores del edificio.

La mulata fue depositada en la azotea, pero el guajolote estaba exhausto, sin fuerzas para volar por el momento, y quedó tirado en el piso, con las alas extendidas, resollando a todo pulmón.

—Déjenme reponer solo; ustedes prepárense ya para iniciar el vuelo —logró ordenar entre los glugluteos que se le escapaban.



Pocas personas vieron al guajolote alzarse con la mulata colgada de él; entre ellas estaban el joven carcelero y el padre Rivas que salió también a tomar el sol cinco jardincitos de por medio.

Fray Ruperto no vio nada, pero el escándalo llegó a la sala de audiencias donde escribía las resoluciones que se tomaban en ese momento. Los gritos llegaron informando de alguna manera lo que sucedía, de modo que adivinó que quien se llevaba a la mulata no era otro que el guajolote cuyo moco había visto asomar días atrás. Sí, el demonio en forma de guajolote.

—¡A la azotea! —chilló repetidas veces, lanzándose a buscar las escaleras.

Lo siguieron el padre Estrada con un crucifijo en la mano y el padre Íñigo que, sin saber por qué, de manera inconsciente se armó de una escoba al pasar de una escalera a otra y luego, muy a destiempo, acudieron algunos guardias armados.

Allá arriba, Diego y Cándido se preparaban para volar el papalote sin hilos, la plataforma voladora necesitaba de ellos dos para figurar ser el núcleo y centro de gravedad de la artificial semilla voladora del tecomaxóchitl, el árbol de las trompetas o campanas amarillas.

No tengo a la mano una descripción exacta de este artilugio volante, pero cuando veo que los muchachos suben al papalote para tomar asiento en la parte media, entiendo que hay dos huecos bajo el sitio donde irían sentados con las piernas al aire, pero que en tierra, o mejor dicho en la azotea, les permiten ponerse de pie y levantar la estructura con sus manos. Podrían incluso caminar o



correr sosteniéndola. ¡Sí, ahora caigo en la cuenta, de que ésa fue la manera en que iniciaron el vuelo que los transportó de la azotea del palacio virreinal al palacio de la Inquisición! Ellos estaban listos e indicaron a la mulata que le correspondía colocarse en el meritito centro, sentada en un pequeño banco fijo a la estructura y entre ellos dos que pesaban lo mismo (en realidad Cándido llevaba un kilo de piedras en las ropas para balancearse justamente con Diego). Sí, estaban listos para correr, tomar el viento en contra y elevarse. El que no estaba listo era el guajolote. El esfuerzo había sido demasiado para sus años.

Cuando fray Ruperto y los inquisidores salieron a la azotea, el nahual seguía tirado en el piso y su respiración seguía agitada, resonando de modo horrible para los oídos del inquisidor.

—¡Alto, dense presos a la Inquisición! ¡Alto!

Teódulo Margarito, muy a su pesar, tuvo que ponerse de pie, no tanto para obedecer al padre Estrada, sino para contradecirlo, pero antes de que pudiera hacer algo al respecto, el padre Íñigo ya estaba tirándole escobazos y persiguiéndolo por la azotea.

—¡Partan ya! —glugluteaba el guajolote mientras trataba de evitar los escobazos saltando y correteando con el padre Íñigo atrás de él.

No se le entendía bien, pero como la situación se estaba poniendo crítica con el arribo de una guardia armada de espadas, alabardas y pistolas, la mulata acabó por imaginar lo que el nahual trataba de decirles y animó a los muchachos a obedecer. Ella, al igual que nosotros, no tenía idea de cómo funcionaba el armatoste



aquel. El vuelo previo había sido un verdadero secreto en la oscura noche.

Pues bien, los muchachos se pusieron de pie, alzaron la plataforma con sus manos y echaron a correr a lo largo de la azotea, en dirección contraria de donde llegaban los guardias. Teódulo Margarito, o mejor dicho el guajolote, alzó entonces el vuelo, y el padre Íñigo, que lo seguía a todo correr, salió volando al vacío. Cayó horriblemente, pero ocurrió el milagro de que sólo se quebró las piernas y algunos otros huesos, que muchos meses después sanaron lo suficiente como para que siguiera reformando cristianos y herejes con igual dedicación que en sus años mozos.

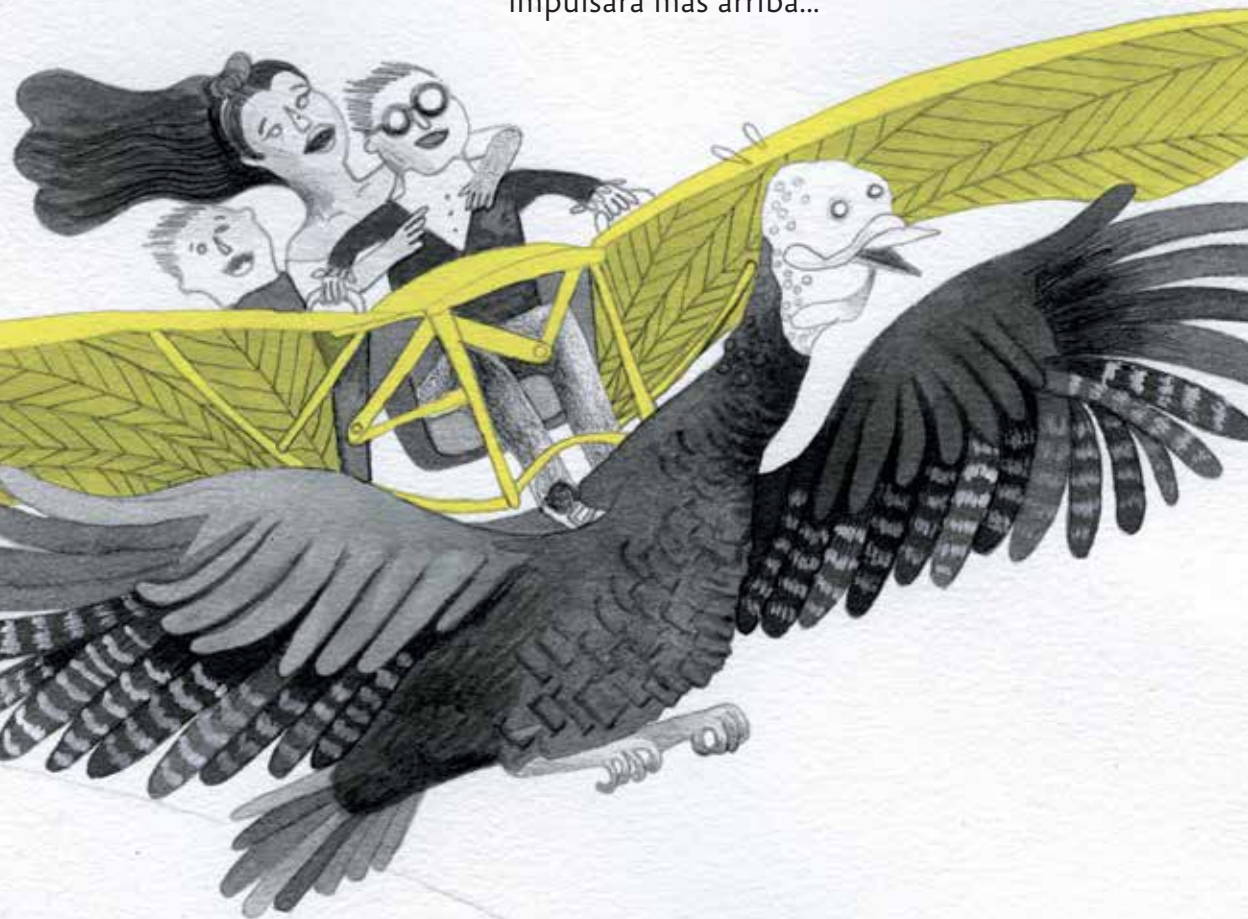
Y mientras el padre Íñigo iba derecho a estrellarse al patio de los naranjos, la enorme semilla voladora se elevaba un poco, lo suficiente para que el guajolote se metiera debajo de ella y la impulsara más arriba sobre sus lomos. ¡El nahual era la fuerza adicional que la mantendría volando! Cobró altura poco a poco, con ciertos trabajos, dando vueltas en redondo sobre la casa chata. A medida que se estabilizaba la nave aérea, el papalote planeaba más fácilmente, deslizándose con suavidad en el aire y con poco esfuerzo del nahual. La mulata entonces se puso de pie y saludó gentilmente a las gentes que en la plaza de Santo Domingo y la Perpetua alzaban la vista al cielo.

El padre Rivas, desde su celda llena de sol, pudo mirar en un pedazo de cielo la nave que seguía dando vueltas. Se persignó y clamó gozoso:





...la enorme semilla voladora se elevaba un poco, lo suficiente para que el guajolote se metiera debajo de ella y la impulsara más arriba...





—Ahí va mi bajel volante a la Luna. El carro instruido de dos alas y un timón, si bien lleva tres tripulantes y no uno.

Después de ver esto, no le importaría sufrir la vergüenza de llevar coraza y vela verde y subir al patíbulo por darle rienda suelta a su fantasía de poeta.

La nave, llamémosla así —se ha ganado el nombre—, volaba cada vez más alto y cada vez más rápido, hasta que tomó rumbo al sur y se le vio con horror y admiración cruzar la ciudad de Méjico y perderse en los llanos de tierra firme. Allá en una calesa esperaba Juana Inés con los otros muchachos y varios caballos.



Epílogo

Cuenta la tradición que, algunos años
Después de este suceso, hubo un hombre
En la casa de locos detenido,
Y que hablaba de un barco que una noche
Bajo el cielo de Méjico cruzaba
Llevando una mujer de altivo porte.
Era el inquisidor...

VICENTE RIVA PALACIO
“La mulata de Córdoba”

Juana Inés se fingió indispuesta para no asistir al auto de fe en compañía de los virreyes que tanto apreciaban su compañía.

—De veras —explicó—, el molito de guajolote me cayó mal.

—Qué pena —repuso la marquesa—, ahora todo el reino se queja del mole de guajolote. Alguna maldición le habrá echado esa mujer. ¡Y ni siquiera nos hizo las servilletas, se fue con todo y el hilo de oro!

—Y yo que pensé que era una costurera honrada —lamentó Juana Inés.

—Me hubiera gustado que vieras al padre Rivas desfilando montado en caballo blanco...



—Sí, gracias a Dios salió absuelto de todo. Si lo ves, lo saludas de mi parte.

—Claro que sí.

Juana Inés se metió a la biblioteca y se quedó mirando el diablillo de Descartes. Estaba preocupada por Teódulo Margarito.

Después de conducir la maravillosa máquina voladora, al sur de la ciudad, cayó gravemente enfermo. Lo llevaron a una casita que habían alquilado en Coyoacán, pero él rogó que lo dejaran irse a su choza que no estaba tan lejos. Si moría, quería hacerlo en su terruño. Mateo y la mulata lo llevaron a Valle Frío, que era por el rumbo de Texcoco, y la mulata se quedó a cuidarlo.

—Mala hierba, nunca muere —lo recibió Chacho Salastrosa.

Era buena señal un recibimiento así, se dijo la mulata. Sí, se quedaría con el chamán hasta que se repusiera y luego... a ver qué hacía de su vida. Tenía mil opciones.

El Santo Oficio no pudo celebrar el más espectacular auto de fe del planeta como había planeado, por ausencia del reo que daría brillo a esa ceremonia. A cambio, el evento preparado al principio con tanto entusiasmo sería recordado con más pena que gloria.

Nuestro cronista dice que fue ridículo y caricaturesco, para resumir pronto.

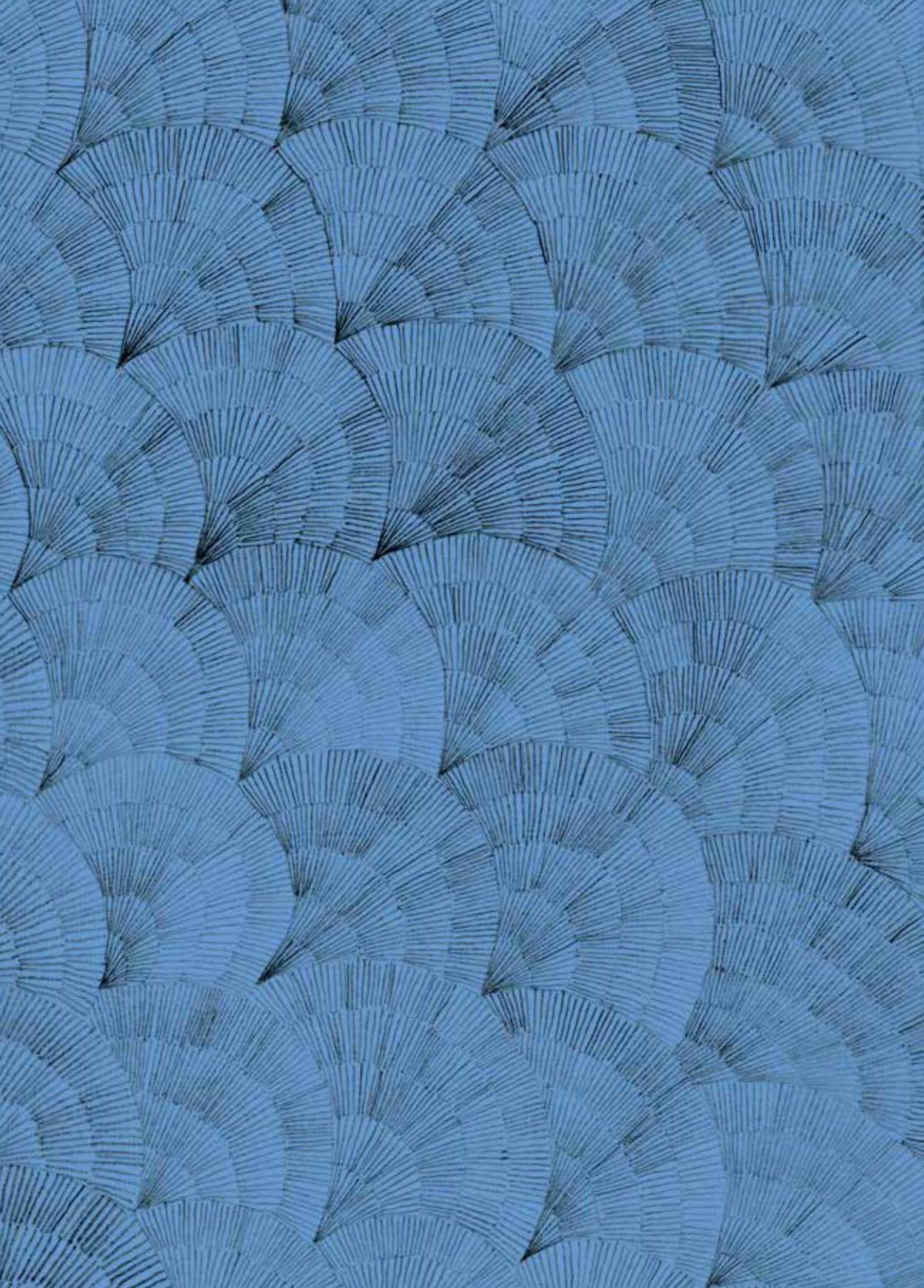
Se celebró en Santo Domingo con la presencia bajo las celosías del virrey Mancera y su esposa. Fueron diez los penitenciados y entre ellos uno que leída la sentencia fue sacado al patio del convento, y despojada la ropa de la cintura para arriba, subido en un tablado, dos indios

lo untaron de miel
y lo emplumaron, y
estuvo al sol y al
aire cuatro horas...

Basta, no tiene caso
transcribir más detalles.

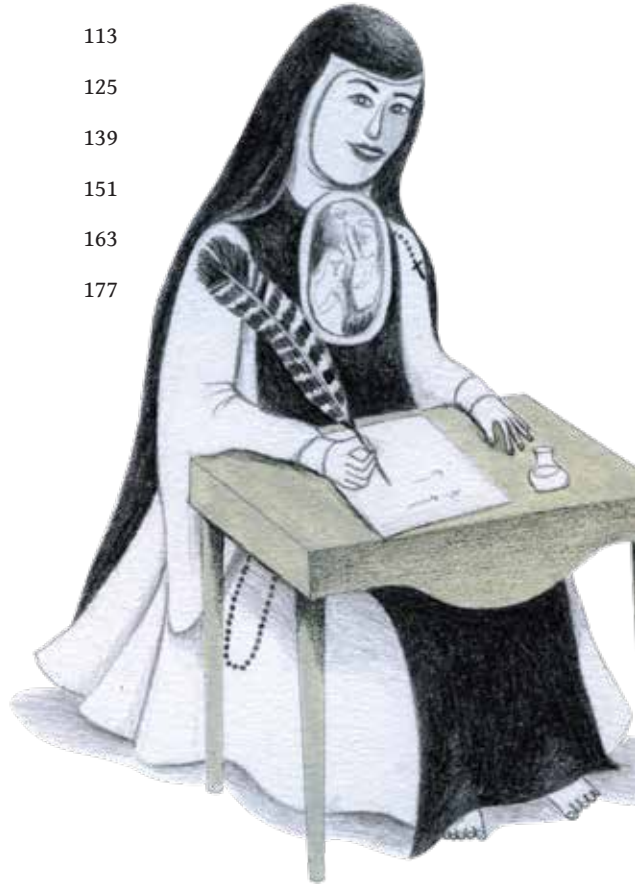
Lo que importa es mencionar que
la Sociedad de los Herméticos siguió traba-
jando durante muchos años. Un día Juana Inés
se refugió en un convento para dedicarse mejor a las letras y a sus
estudios; pero siguió recibiendo a sus amigos viejos y jóvenes y
con ellos vivió otras aventuras que han permanecido secretas por-
que era el modo de actuar de los Herméticos.



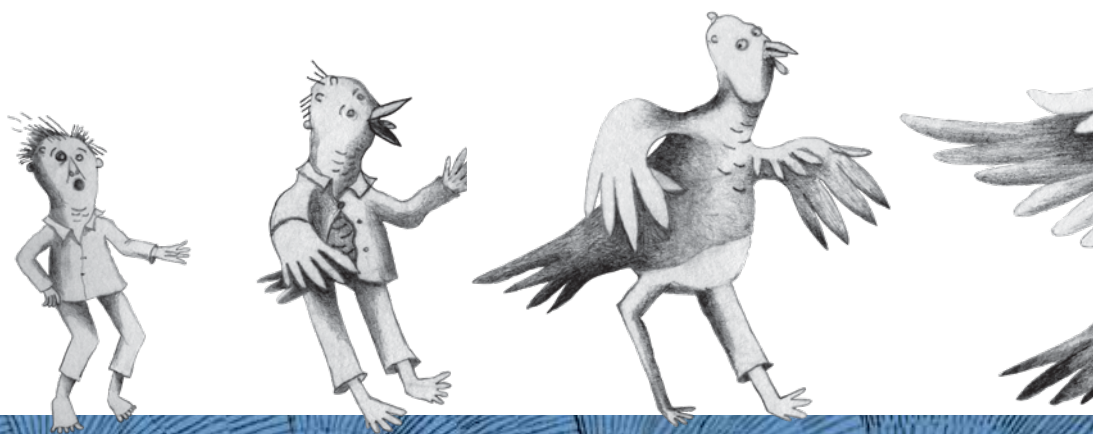


Índice

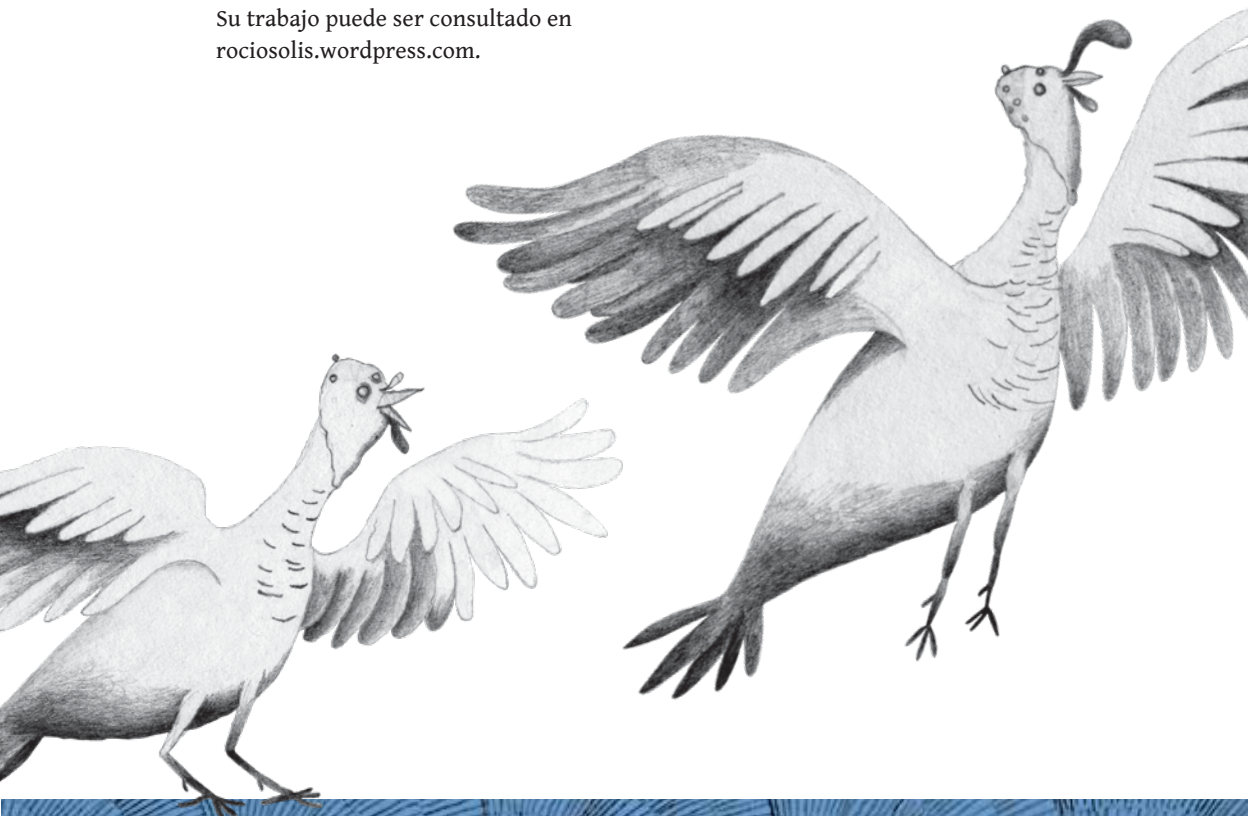
El fandango	9
Teódulo Margarito	23
La buena Física	35
La cosa en la noche	47
Mirones	61
Escribanos	79
Negros	91
Bolas de fuego	101
Cerdos	113
Jueves Santo	125
¡Dese presa!	139
El Tribunal de la Santa Inquisición	151
Nahual tenías que ser	163
Epílogo	177



Gilberto Rendón Ortiz ha publicado más de 70 títulos de narrativa, entre libros de cuentos, noveleta y novela. Ha obtenido numerosas distinciones por la calidad de su obra tanto en el país como en el extranjero: el Premio Bellas Artes de Cuento Infantil “Juan de la Cabada”, en 1981 y 1982; los premios Barco de Vapor y Gran Angular, en 1998; el Premio Casa de las Américas, en 1981; un diploma de honor del Congreso Internacional del IBBY, en 2000, y dos Mirlos Blancos de la Internationale Jugendbibliothek de München, en 1991 y 2000, entre otros. Su obra ha visto la luz en países como España, Ecuador, Estados Unidos, Cuba, la antigua Unión Soviética y Costa Rica, y ha sido seleccionada para formar parte de los acervos bibliotecarios de la Secretaría de Educación Pública (SEP), mientras que libros como *El misterio de la cajita de ópalo iridiscente*, *El códice del muchachito encantado*, *Tianguis de nombres* y *Tuiiiii el murciélago*, han sido adaptados al teatro.



Rocío Solís Cuevas estudió la maestría en diseño editorial del Centro de Estudios Gestalt y el diplomado en ilustración de la Academia de San Carlos; su trabajo ha sido seleccionado en el Cuarto Catálogo Iberoamericano de Ilustración (2013). Ha diseñado e ilustrado publicaciones para el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, el Consejo Estatal de Población del Estado de México, el Instituto Electoral del Estado de México, Amaquemecan y Editorial Aguilar. Su trabajo puede ser consultado en rociosolis.wordpress.com.



La misma historia de siempre,

de Gilberto Rendón Ortiz, se terminó de imprimir en noviembre de 2018, en los talleres gráficos de Diseño e Impresión, S. A. de C. V., ubicados en oficina de ventas Otumba núms. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, en Toluca, Estado de México, C. P. 50040. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se utilizó la familia tipográfica Gentium Book Basic, de J. Victor Gaultney, de la fundidora SIL International. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz e Irma Bastida Herrera. Formación y portada: Rocío Solís Cuevas. Cuidado de la edición: Ada Villanueva Ramírez y el autor. Supervisión en imprenta: Rocío Solís Cuevas. Editor responsable: Félix Suárez.

